SANTIAGO DE LINIERS

# LÍNEAS Y MANCHAS

APUNTES, RASGOS Y CONTORNOS

TOMADOS DEL NATURAL

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DUBRULL
*Flor Baja*, 22

1882

Subsea Ca
Q.38.T.5a bis
8214
4943

# LÍNEAS Y MANCHAS

SANTIAGO DE LINIERS

# LÍNEAS Y MANCHAS

## APUNTES, RASGOS Y CONTORNOS

TOMADOS DEL NATURAL

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DUBRULL
*Flor Baja, núm.* 22

1882

AL EXCMO. SR.

# CONDE DE ORGAZ

DE CASTRILLO Y DE SUMACARCEL, &, &, &.

*Mi respetable y muy querido amigo: Ofrezco á V., en recuerdo de la bondadosa amistad con que me honra, este librejo, que someto muy confiadamente á la fácil censura de su inagotable benevolencia.*

*Dignese V. aceptarle, atendiendo, más que al escaso mérito de sus páginas, á la buena voluntad con que se las dedica este su afectísimo y leal amigo Q. B. S. M.*

MADRID 1.º de Mayo de 1882.

SANTIAGO DE LINIERS.

# PERIÓDICOS Y PERIODISTAS

# CUADRO PRIMERO

EL NOTICIERO

Conque es V. el recomendado del amigo Mengánez, y quiere V. entrar en el periódico? ¡Bueno, bueno! ¿Y qué tal Mengánez? ¿Sigue vejetando en Cabeza del Buey?

—Sí, señor; allí está mi tío para servir á V.

—¡Hola! ¿Es tío de V.?

—Sí, señor; tío mío, y primo de D. Paco; ya sabe V., D. Paco el que fué subsecretario de....

—¡Mucho, mucho! De manera que ahora están Vds. debajo....

—Justamente; ahora quien es allí el amo es D. Pepe; ya le conocerá V. también.

—Mucho que sí; y vamos á ver. V., ¿qué quiere? Ya sabe V. que estoy muy ocupado. ¿V. prefiere la tijera ó la calle?....

—¡No entiendo! Yo quería ser redactor de....

—Pues por eso le pregunto á V. si le conviene la calle.... ¡Sí! V. es jóven, robusto, de buenas carnes.... ¿Qué tal el pulmón?

—Excelente; pero aunque estuviera en tercer grado de tisis, para escribir me parece que....

—¡Cómo para escribir! ¿Pues no dice V. que quiere ser redactor?

—Sí quiero, y aunque peque de inmodesto, diré á V. que tengo buenos principios literarios.

—¡Malo!

—Que soy licenciado en Jurisprudencia y me he dedicado á los estudios administrativos.

—¡Peor que peor!

—Que poseo el alemán y el inglés.

—¡Nada, lo dicho; no me sirve V.!

—¡Pero, señor mío, dice mi tío que un periódico!...

—¡Hombre, déjeme V. en paz! Su tío de V. era un buen periodista en su tiempo; sabía todo eso que V. dice, y mucho más; pero aquellos tiempos han cambiado: si hoy escribiese, saldría por esas calles publicando *El Eco del Comercio*, *El Heraldo* ó *El Avisador Ilustrado*, y lo que escribiese no lo leería nadie.

—Pero siempre se diría que lo había escrito una buena mano.

—Hoy los periódicos no se escriben con la mano.

—¿Pues con qué se escriben?

—Con los piés.

—¡Hombre!

—Sí, señor, con los piés. El redactor más listo que yo he tenido era manco; pero ¡qué talento el suyo! El pobre murió aplastado.

—¿Aplastado en una polémica?

—No, señor, en un derribo.

—¡Caramba! ¿Era albañil?

—Lo había sido; así es que el primer em-

pleo que tuvo aquí en la redacción, fué en incendios.

—¡Ah, vamos; en las bombas!

—No, hombre, no; estaba exclusivamente encargado de las noticias de incendios.

—¡Ya!

—¡No había otro como él! Las empresas de seguros le temblaban.

—¡Se comprende!

—Averiguaba los siniestros antes que los mismos vecinos, y ¡tenía un ojo para calcular los estragos!.... Pero, amigo, una vez fué víctima de su celo.

—¿Se le abrasarían las cejas, tal vez?

—No, señor; dió cuenta detallada de un incendio que no se había verificado, y tuvimos algunas quejas.

—Naturalmente.

—Le engañó el olfato.

—¡Aah! ¡También tenía buen olfato!

—Como un perdiguero; pero un día de verano, al salir de la redacción por la noche, le dió en la nariz el humo de una chimenea, y en seguida corrió á dar la noticia del incendio

de la casa, que era por cierto la de un personaje muy conocido.

—¡Y no hubo tal fuego!

—¡Nada! Era sencillamente que el personaje en cuestión, que era centralista, se entretenía en quemar los manifiestos electorales que había hecho en diferentes épocas de su vida: á consecuencia de esto pasó á cementerios.

—¿Quién, el centralista?

—No; el redactor: quiero decir, que le encomendamos la sección de entierros.

—¡Demonio!

—Y por cierto montó admirablemente este importantísimo servicio; sólo que allí también le ocurrió un percance.

—¿Con un muerto?

—No, señor, con un vivo, que le pegó una bofetada por haber dado la noticia de su muerte por error de imprenta. ¡Pobrecillo! Era una alhaja; y, mire V., hay que desengañarse; un periódico es ¡la noticia! y nada más que LA NOTICIA.

—Sí que es importante; pero, en fin, la doctrina.... las opiniones.... los juicios....

—¡Nada, nada! Lo importante es dar noticias.

—Para eso cualquiera sirve.

—Se equivoca V.; hay pocos noticieros buenos.

—Preguntando....

—¡Qué preguntar! Noticiero que pregunta, se acabó. Hombre al agua.

—Pues sin preguntar....

—El oído, hombre de Dios, el oído y los codos....

—¿También los codos?

—¡Claro está! Hay que meterse en apreturas, taladrar los corrillos, guardar buen sitio en las concurrencias más numerosas, y en vez de preguntar cándidamente á un hombre político lo que piensa, darle como averiguada la fórmula concreta en que se encierra su pensamiento, y una vez hecho esto, dejarle hablar.

—Pero ¿quién escribe los periódicos?

—Se escriben ellos solos, ó los escribe la gente de fuera de casa.

—Las discusiones.... las polémicas....

—Todo eso es ya viejo ; ya no se discute.

—Y hasta para dar noticias se necesita cierta discreción.

—¡Ninguna! Lo importante es darlas, sean de lo que sean.

—¿Y cuando no las hay ?

—Las hay siempre; á alguien le cae la lotería, ó algún albañil se cae de un andamio, ó á cualquier empleado le dejan cesante, ó alguna casa se hunde, ó algún comerciante quiebra, ó algún vecino se vuelve loco.

—¿Y todo eso divierte y entretiene al público?

—¡Mucho! El público moderno lo sabe ya todo; todo le ha cansado, y nada le conmueve; ni las ideas grandes y nobles, ni las empresas atrevidas, ni las opiniones extremas, ni los cataclismos sociales; pero quiere estar enterado.

—¿Para qué?

—Para estar en juego, para no enmohecerse, para tomar parte desde su casa en el movimiento de la humanidad.

—¿Y qué interés puede inspirarle una humanidad á quien desdeña?

—El interés que inspira á una vecina chismosa el vecino de al lado, á quien no ha visto en su vida.

—Al fin y al cabo, ¡si siquiera estuviera él solo en el secreto!

—Cada lector, al enterarse de un suceso, se figura que él solo lo sabe, y si se encuentra en la calle á cualquier amigo que está tan enterado como él del asunto, antes de que aquél se lo cuente, exclama satisfecho: «Yo ya lo sabía.»

—Así se suprimen las emociones de la vida, el interés de lo imprevisto, el placer de la observación individual.

—Justamente esos que V. cita como placeres ó distracciones, no divierten ya ni apasionan al hombre moderno, que sale á la calle á sus negocios, que va á paseo á sus negocios, y que en lo grave, en lo frívolo y en lo indiferente pasa por el mundo como un agente de comercio, y vive en su casa como un huésped.

—Entonces, los periódicos al uso no ense-

ñan, ni moralizan, ni apasionan, ni siquiera entretienen: son simplemente un aliciente de la curiosidad.

—Menos todavía: son un cordial de la indiferencia y un alimento para el egoismo.

3 de Enero de 1882.

## CUADRO II.

—

### EL REDACTOR DE PUNTA.

Por manera que V. es del oficio?

—Sí, señor; de los más antiguos.

—Pues su nombre de V. no me era conocido. ¡Juan López! ¡Juan López! Es sin duda un nombre muy honrado; pero hasta la fecha, que yo sepa al menos, no ha tenido gran resonancia.

—Diré á V.: Juan López es mi nombre de familia.

—Eso es otra cosa.

—Mi nombre casero; es decir....

—¡Ah! Vamos; un nombre con el que anda

V. cómodo y holgado como con zapatillas.

—Precisamente; pero yo soy *Anís*.

—¡Por muchos años! Eso ya me huele mejor.

—Recordará V. este nombre de guerra: el Anís de los martes de *La Bandera*.

—Sí, sí; ahora recuerdo unos martes muy *anisados* que publicaba ese excelente periódico. El mío también necesita un redactor de punta.

—Por eso precisamente me he presentado yo.

—El que tenía me lo han colocado en Hacienda, y estoy como sin sombra; ya sabe V. que en toda redacción hace falta un redactor de punta. No es preciso que tenga gran talento, ni que posea mucha instrucción.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

—No, señor; al contrario: muchas veces serían perjudiciales en él esas dotes.

—Así lo creo.

—Basta con que sea audaz y atrevido.

—¡Ah! ¡Pues lo que es por eso!....

—Y que tenga la pluma fácil, y la frase....

—Pronta.

—¡Eso es! De tenazón, como si dijéramos.

—Está V. comprendido.

—El trabajo es fácil.

—Le conozco.

—Se reduce á hablar gordo y mal de todo el mundo.

—Nada más de mi gusto.

—Cada periódico tiene uno, dos ó más personajes contra quienes suelta de cuando en cuando al redactor de punta, y la misión de éste consiste en hacer presa en ellos, y no soltarlos hasta que el Director se lo mande.

—Pues es muy sencillo: no encontrará V. otro como yo para este oficio.

—Mucho me alegraría que nos entendiéramos.

—Yo soy atroz cuando escribo. Á mí me teme todo el mundo.

—¡Vea V.! ¡Y tan joven!

—Pues á pesar de eso, al que tomo yo por mi cuenta, le destrozo en pocos días.

—Metafóricamente, supongo.

—Por supuesto, metafóricamente.

—Tendrá V. muchos enemigos.

—No, señor, ninguno: ¿por qué le he de decir á V. otra cosa? Á nadie quiero mal, ni tengo por qué quejarme de nadie.

—Sin embargo, esa sátira que V. maneja, esos chistes tan acerados, esa indignación tan pronta, esa frase tan incisiva, acusan, sin duda, un temperamento irritable y bilioso.

—Pues no, señor; precisamente soy linfático.

—Un carácter agriado.

—Soy una malva.

—Un humor negro y desapacible.

—No hay hombre más alegre que yo. Por las tardes doy un paseíto por el Retiro, y me entretengo en echar pan á los peces; las noches las paso jugando al dominó con mi suegra, y por las mañanas, antes de ir á la redacción, cuido los canarios de mis chicos y doy de comer á mis tórtolas.

—¡Canario! Nadie lo diría.

—¡Pues ahí verá V.!

—Y entonces, ¿cómo se compone V. para hacer esa provisión de vinagre con que rocía sus escritos? ¿En qué se inspira esa saña implaca-

ble y esa cáustica mordacidad con que juzga cosas y personas?

—Cuestión de costumbre. Á veces, lo confieso, me cuesta algún trabajo vencer mi natural benévolo; pero entonces acudo á mi segunda naturaleza, y acordándome de que también soy padre de familia y de que algo hay que hacer por los hijos, tomo la pluma, y corto y rajo cuanto se me presenta.

—¡Vamos! De manera que V. satiriza y flagela al prójimo como quien labra un campo ó explota una mina de carbón de piedra.

—Precisamente; y repito que algunas veces me cuesta mis trabajos. ¡Si viera V....! Salgo de casa muchos días dispuesto á confundir en un estrecho abrazo á todo el género humano. Los chicos me han despedido contentos como unas castañuelas; mi mujer no me ha pedido dinero para la plaza, á pesar de estar en los últimos días del mes; los canarios han despertado á toda la vecindad con sus alegres trinos; hasta mi suegra me ha sonreído amigablemente; nadie me ha ofendido; nadie me debe dinero; no detesto á nadie, y, sin embar-

go, al sentarme delante de las cuartillas me vuelvo otro hombre; yo mismo no me conozco, y la emprendo con éste ó con aquél, ó con aquello y con lo de más allá, sin saber lo que escribo ni importárseme un ardite de que el mundo vaya como Dios quiera.

—Pero eso no sucederá todos los días.

—No, señor; algunas veces estoy realmente furioso.

—¡Sí, es claro! Con los abusos, con la conducta y con los actos de los hombres públicos que....

—No, señor; si casi nunca los conozco, y si los conozco no me entero de lo que hacen, y si me entero no se me importa.

—Pues entonces, ¿contra quién está V. irritado?

—Pues unas veces contra la cocinera que se dejó pegar el chocolate, otras contra el zapatero que me *sacó*, ó, por mejor decir, que me *metió* apretadas las botas: algunas veces el nervio de mis escritos está relacionado con los dolores de muelas que periódicamente me acometen en los cuartos menguantes de la

luna, y mi mejor artículo le escribí una noche que estaba velando á mi mujer en un sobreparto laborioso.... ¡Qué! ¿Le parece á V. despreciable mi oficio? ¿Me juzga V. mal porque escribo contra mis convicciones y porque ataco al público por ganarme la vida?

—¡Ca! No, señor; ¡qué disparate! Hay otros mucho peores que V.

—Los compadezco; tendrán más hambre que yo: y si son redactores de punta....

—Lo son, no por necesidad.

—Eso sí que no lo entiendo. ¿Por qué lo son entonces?

—Por algo que es más fuerte que el hambre.

—¿Hay alguna cosa superior al hambre que exija que se hable mal del prójimo?

—Sí que la hay.

—Será la sed.

—No, señor: es la envidia.

26 de Febrero de 1882.

# CUADRO III.

EL REDACTOR TEÓLOGO.

Y dice V. que la doctrina de la Iglesia....?

—Es invariable: para la Iglesia un partido político puede ser indiferente, en cuanto es republicano ó monárquico; no lo puede ser en cuanto es *bueno*, y bueno es para la Iglesia, lo mismo que para nosotros, en cuanto es católico.

—Con efecto: así lo asienta V. con teológica precisión en su artículo publicado el miércoles último en *El Profeta*.

—De modo que toda la cuestión se reduce á saber qué partido es ó no bueno.

—Ó, lo qué es lo mismo, que partido es ó no católico. ¿Vds. ya tendrán formado su juicio sobre este punto?

—Naturalmente. En España, por ejemplo, no hay más partido bueno, es decir, no hay más partido católico que el partido de *El Profeta.*

—¿Como cuántos individuos calcula V.. . así, sobre poco más ó menos?

—Le diré á V. Mil suscritores á la edición grande, ¡justo!; mil suscritores á la grande, y.... tres mil quinientos á la chica.... ¡Espere V.! Son.... cuatro mil.... Justo, cuatro mil.... y treinta paquetes.... saque V. la cuenta.

—Lo de los paquetes no deja de complicar un tanto la operación.... pero, en fin, pongamos cinco mil.

—¡Justo! Cinco mil, poco más ó menos.

—¡Hombre! ¡Y no habrá en España más que cinco mil católicos!

—Eso sin contar las bajas.

—¡Bajas de católicos!

—Quiero decir.... de suscritores, que para el caso es lo mismo.

—Eso es otra cosa. Me había V. asustado. De todas maneras, que en una nación eminentemente católica, compuesta de diez y seis millones de habitantes, no haya más que cinco mil buenos católicos, no me parece mucho.

—Pues no hay más.

—¡Vamos! que los católicos que leen *La Cruzada*.... por ejemplo.

—Abominables: ó insensatos, ó pérfidos.

—Los de *El Católico*....

—Peor que peor: gálatas, arrianos, indignos ó ridículos, ó las cuatro cosas.

—Los de *La Verdad*....

—¡Frisando en la herejía!

—¡Hombre, por Dios! ¿En la herejía?

—Sí, señor; sí, señor; en la herejía. ¡Toma! Pues ¿qué creía V.? Ya lo ha dicho quien puede decirlo. ¿Qué otra cosa han de ser los que se revuelven impenitentes contra los sagrados textos?

—¿Eso han hecho?

—Sí, señor; contra San Pablo nada menos.

—Pues no sabía....

—¡Claro! ¿No ve V. que ellos nunca reproducen, como nosotros, los textos que les perjudican?

—Vamos: pues dígame V. qué texto es ese que ellos niegan con temeridad tan sospechosa.

—Aquel tan conocido de «*Obedite præpositis vestris....*»

—¿Y quién es aquí el prepósito?

—¡Pues quién ha de ser! ¿No recuerda V. el texto, «*Etiam discolis?....*» Aquí el prepósito, ello mismo lo dice, es el director de *El Profeta*.

—¡Ya, ya! no me diga V. más. ¡Caramba, y qué buen expositor hace V.! Sin duda que debe V. haber estudiado mucha teología.

—Estudiarla, no mucho; pero en cambio la enseño diariamente.

—Bien se conoce.

—Así es que no se me resiste ningún texto.

—Vea V. qué fortuna para ellos.

—Y aunque no soy más que teólogo de afición....

—Como si dijéramos.... de oído....

—Pocos maestros se atreven á discutir mis conclusiones.

—Mire V.; eso bien se explica: hay ciertas cosas que no se discuten. Pero dejando á un lado la teología, en la que me confieso vencido cuando V. la maneja, ¿cómo me explica V. eso de que en España, nación católica de diez y seis millones de habitantes, no tengamos más que cinco mil buenos católicos entre la edición grande, la chica y los paquetes?

—Pues muy sencillo.

—¡Á ver, á ver!

—El resto son.... de dudoso tinte.

—¡Ah!

—Ó lo que es igual, católico-liberales.

—¡No me diga V. más!

—Oportunistas.

—¡Qué horror!

—Partidarios de la detestable teoría del mal menor. Gente buena *per accidens;* pero mala *in esencia*, ó, lo que es igual, pecadora *in re* y virtuosa *in modo*.

—¡Vamos! una plaga.

—Sí, señor; una plaga, á la que sólo se la conoce en el olor.

—Vea V. qué fenómeno tan curioso. Y diga V.: esa gentecilla habrá aumentado mucho de algunos años á esta parte.

—¡Muchísimo!

—Sí; porque yo recuerdo que antes de fundarse *El Profeta* apenas había en España católico-liberales.

—¡Oh! porque entonces no estaban desenmascarados.

—Eso sería: pero ¿no se les ocurre á Vds. alguna vez que los van desenmascarando demasiado? Porque, en fin, ello es que los católicos, antes de que Vds. los contasen, eran muchos y buenos; tal vez no sabrían tanta teología como hoy aprenden en *El Profeta;* pero, ignorantes y todo, vivían en buena inteligencia, se juntaban y congregaban entre sí, se entendían en alguna cosa, y en lo esencial marchaban siempre acordes y compactos á la voz de sus pastores en tiempo de paz, y á la de sus prepósitos en tiempo de guerra. Así defendieron la integridad de su

fe, votando el año 54 contra la base segunda, que no prevaleció, gracias á su concordia; así, recordando pasadas glorias de tiempos antiguos, en los que no florecían comentaristas aficionados, ni teólogos de oído, acudieron á la guerra de África; así, protestaron unánimes contra el reconocimiento del reino de Italia; así, en fin, formaron contra la revolución de Setiembre una falange que, áun vencida, pudo contener en parte el invasor torrente que amenazaba borrar á España del mapa de Europa.

En aquel gloriosísimo renacimiento del espíritu católico y español, no se oían esas voces que hoy, en vez de congregar voluntades, tienden á separar corazones. Cuando se llamaba al combate, á nadie se excluía; cuando se ofrecía la victoria, no se la reservaba para sí ninguna agrupación, ningún conventículo, ninguna pandilla.

—Hoy es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque estamos vencidos? ¿Porque somos menos?

—¡No, señor! porque *no debemos contaminarnos*.

—¿Y es buena manera de no contaminarse manchar la honra del prójimo?

—El Evangelio....

—Lo que dice el Evangelio es que los escribas y fariseos, que habían decidido sacrificar al Justo, escrupulizaban de entrar en el Pretorio. En el Pretorio entraron, sin embargo, los discípulos predilectos del Salvador.

—Alguno se arrepintió de ello.

—¡Sí! Ya conozco, desde hace dos años, la irreverente chanza, muy propia de un teólogo de afición, con que convirtió V. á San Pedro, poco menos que en católico liberal.

—Dice el Evangelio que San Pedro no sabía entonces lo que se hizo....

—V. es el que no sabe lo que se dice. Lo que afirma el Evangelio, no una, sino muchas veces, es que el Hijo del hombre, Dios humanado, no vino á perder las almas, sino á salvarlas, y lo dice en una ocasión en que los discípulos de Jesucristo pedían que bajase fuego del cielo sobre el samaritano que no quiso recibirle en su castillo. *No sabéis de qué espíritu sois, cuando eso me pedís,*

añadió nuestro Divino Salvador; y eso es lo que yo, tomando ocasión de estas palabras de la Eterna Sabiduría, le repito á V., señor teólogo aficionado.

—Si se pone V. á interpretar textos....

—¡Este no necesita tan brava interpretación como el del prepósito, señor mío! No; no sabéis de qué espíritu sois, cuando decidís con temerario orgullo, sin autoridad y sin mandato competente, quién es buen católico, quién no lo es, ó quién lo es mediano: no; no sabéis de qué espíritu sois, cuando queréis hacer de la santa, hermosa, expansiva y universal doctrina católica, de que necia y vanidosamente os juzgáis únicos intérpretes, una á modo de congregación metodista, erizada de ñoñerías en la que son lícitas las cosas más enormes, y se escrupuliza respecto de las más inocentes: no; no sabéis de qué espíritu sois, cuando, en vez de llamar á todos los que no os pagan tributo ó en especie ó en espinazo, desconfiáis de todos; cuando, en lugar de convencer, insultáis ó afrentáis al prójimo; cuando, en vez de evangelizar á las gentes con la

Cruz del perdón en las manos pecadoras, sólo lleváis en ellas el libelo infamatorio ó la bula apócrifa de vuestras risibles excomuniones. ¡No, y mil veces no! Vuestro ingenio será excelente, vuestra intención recta, pero la violencia de vuestro carácter, ó la forzada y artificiosa exageración de vuestras ideas, os tienen convertidos en falsos apóstoles y en peligrosísimos teólogos.

## CUADRO IV.

EL DIRECTOR.

El *Director* (entra impetuosamente en la sala de la redacción, y dice): ¡Salud y fraternidad! ¡vivan los derechos del hombre!

*El redactor filósofo* (en voz alta y muy devotamente): Amén.

*El redactor de punta* (aparte): Para el pícaro que te crea. (Alto.) ¿Hay hoy artículo?

*El Director*: Traigo aquí uno.... preparado para V.

*El de punta* (aparte): ¡Á que no le trae escrito! (Alto.) V. dirá de qué se trata.

*El Director:* ¿No lo adivina V.?

*El filósofo*: ¿No sirve el que escribí yo ayer sobre el proceso histórico de la antinomia metafísica en las ciencias experimentales?

*El Director*: Ese vendrá en tiempo y sazón; pero hoy, la cuestión es más política que científica.

*El de punta* (aparte): Eso sucede diariamente. (Alto.) ¡Vamos! Hay que irse al bulto en la cuestión de imprenta. (Habla con el Director en voz baja.)

*El filósofo*: ¡Oh! ¡La imprenta! ¡la imprenta! ¡Cuestión importantísima, que encarna en lo íntimo del ser, y llega objetivamente hasta las últimas irradiaciones del no-yo racional! ¿No recuerdan Vds. cómo quedó planteada mi última tesis? Pues era contundente.

*El Director* (al de punta, y sin hacer caso al filósofo): Bueno.... eso es.... pero con tacto.... y nada de personalidades.

*El de punta* (aparte): Esto, en su lenguaje, quiere decir que zurre á todo bicho viviente.

*El Director*: La verdad siempre por delante.

*El de punta*: Entendido. (Aparte.) Cuanto más mienta, más contento le dejo.

*El Director*: Que los contrarios no puedan acusarnos de falta de lealtad en nuestra polémica.... Ya sabe V. quiénes son los contrarios.

*El filósofo*: Los eternos enemigos de nuestras grandes síntesis, los que en la ecuación de las eternas verdades de la democracia niegan en absoluto el nexo superior de la libertad individual, que á todas las compenetra y domina.

*El de punta* (guiñando el ojo al Director): Justamente: esos y.... y los otros.

*El Director:* Pero, ándese V. con cuidado, que ya sabe que el fiscal nos vigila y....

*El de punta*: Por supuesto.

*El Director:* Y cuidado también con no asustar á las autoridades de la iglesia democrática.

*El de punta:* ¡Cuando le digo á V. que no tema! (Aparte.) Decididamente esto quiere decir en plata, que suelte la caja de los truenos.

*El Director:* Si yo tuviese tiempo escribiría.

*El de punta* (aparte): Eso le falta siempre.

*El Director:* Porque V. es demasiado violento é irascible.

*El redactor de punta* (aparte): ¡Te veo!

*El Director:* Sí; es su defecto de V..... Acaso el único.... pero es su defecto.

*El filósofo* (aparte): Si no tuviera ese defecto, carecería en absoluto de toda otra cualidad subjetiva.

*El Director:* El otro día, por ejemplo, en esa sección que en su género es notable, y que V. se ha empeñado en abrir en nuestro periódico....

*El de punta* (aparte): ¡Porque tú me dijiste que la abriera, fariseo!

*El Director:* En eso que llamamos *menudencias* se insolentaba V., sin necesidad, con amigos queridísimos, aunque extraviados; con antiguos partidarios, cuyas ideas hay que combatir con razones, pero dejando á salvo su dignidad personal y su decoro.

*El de punta:* ¿Pero no me dijo V. que los pegara?

*El Director:* Bien, sí....; pero con método.

*El de punta:* Además, ya sabe V. que ellos no pegan nunca.

*El Director:* Esa no es mala tesis.

*El filósofo:* ¡Hipótesis!

*El de punta*: ¿Pero con qué método quiere V. que dijera que D. Julián es traidor á la causa, que D. Pedro recibe una subvención del gobierno, y que D. Camilo está vendido á los reaccionarios?

*El Director:* Pues ahí está el arte.

*El de punta* (aparte): ¡Qué arte querrá éste hombre que tengamos por treinta duros al mes! (Alto.) Quisiera verle á V. en mi lugar, á ver lo que hacía. (Aparte.) ¡Y que no te las haría yo pagar todas juntas si se cambiaran los papeles!

*El Director:* Pues muy sencillo. Un buen periodista nunca debe combatir de frente ni descubrir su juego, suceda lo que suceda. ¿Quiere V. llamar traidor á D. Julián? Lo primero que hay que hacer es no llamárselo.... Se habla en general de la traición, á la cual se la bautiza con un nombre cualquiera, en el

cual no resulte injuria ni para D. Julián ni para nadie, y con ese nombre se designa por unos días al aludido, para que el público se entere poco á poco.... El público, por lo común, es tardo.

*El redactor filósofo:* ¡Pero seguro!

*El Director*: Después.... pinta V. y decora ese nombre supuesto y prestado, con los colores que mejor le convengan: los de la traición —los de la apostasía, los del perjurio, etc.— Después, con ese mismo nombre, que al principio parecía inocente, califica V. á D. Julián; y ni puede ofenderse, ni padece la cultura de la polémica, ni V. ni nosotros nos exponemos á percances desagradables.

*El filósofo:* Yo condeno esas artes. Yo, cuando estoy seguro de una cosa, la afirmo objetivamente como segura.

*El Director* (en tono conciliador): Bien; porque V. es un hombre de oro para sentar las tesis (señalando al redactor de punta): el señor, por el contrario, es un hombre de antítesis.

*El de punta* (aparte): Y tú recoges la síntesis, ó, lo que es igual, las suscriciones.

*El filósofo* (muy satisfecho): Eso es ciertísimo.

*El Director:* Además, que un periodista siempre tiene recursos y medios para tratar de soslayo todo género de cuestiones; para decir y no decir lo que quiere; para publicar noticias callándolas, y callarlas al mismo tiempo que las publica.

*El de punta*: El ardid es trivial por lo sabido: hay maneras de desmentir una noticia, que equivalen á confirmarla: se puede también afirmar una cosa de tal modo, que ningún lector la preste crédito, y si además, como aquí es uso corriente, se dice en la edición de provincias lo que se suprime en la edición de Madrid, y vice versa, muy lince tiene que ser el que nos coja en un renuncio, y el que nos pruebe que hemos faltado á la verdad á sabiendas. En eso, fuerza es confesarlo, es V. maestro.

*El Director* (con modestia): Me he criado en muy buena escuela.

*El filósofo* (con énfasis): ¡La verdad es una idea puramente relativa, en cuanto á la fina-

lidad de las acciones! Estas se determinan, como voluntad y como esencia, por los principios absolutos, y éstos son, en definitiva, el verdadero noumeno de todo publicista periódico.

*El de punta:* En resumen: ¿se puede ó no mentir en este periódico en el momento histórico presente?

*El filósofo:* Distingo.

*El Director:* Según se mienta.

*El filósofo:* Una mentira filosóficamente fundada, es una hipótesis inocente.

*El Director:* ¡Ahí lo tiene V.!

*El de punta:* Eso ya lo sabía yo.... pero, en resumen, en esto de la reciente ley de imprenta, ¿qué hacemos?

*El filósofo:* Mantener la integridad de nuestros principios.

*El Director:* Arte... mucho arte.... y decir todo lo que sea preciso, como si la ley no existiera.

*El de punta:* Pero, en fin, ello es que la ley prohibe hablar de religión, que castiga las alusiones al ejercicio de la regia prerogativa,

que condena los ataques á los Cuerpos colegisladores.... Nosotros, además, en virtud del acuerdo de las autoridades de nuestro partido, no podemos trabar polémicas con nuestros compañeros, y nos está vedado discutir el último manifiesto de nuestro jefe.... Le aseguro á V. que no sé de qué hablar.

*El Director:* ¡Vaya! ¡Vaya! Al fin y al postre tendremos que jubilarle á V..... Lo que necesita hacerse con más tacto es discutir con los periódicos de la comunión, y no combatir de frente, como es nuestro deber, el último manifiesto de la respetable autoridad, á la cual hay que obedecer.... mientras duren las actuales circunstancias.... Pero áun para eso nos sobran recursos.

*El redactor de punta:* No sé cuáles.

*El Director:* Verá V., hombre; verá V.... Coja V. la pluma.

*El de punta:* La cojo.

*El Director* (dictando): Allá vá un modelo.

«Los pocos y mal avenidos individuos que los periódicos reaccionarios se obstinan en llamar disidentes, y que nosotros no considera-

mos como tales, porque en realidad han dejado hace tiempo de pertenecer á nuestro partido, se han refugiado en la redacción del periódico *El Cometa*, que, unas veces aludiendo directamente á ese exiguo grupo de aburridos, y otras por cuenta propia, pero siempre enseñando la oreja de sus inspiradores, dice.... esto, y esto otro, y lo de más allá....»

Aquí tiene V. cómo, sin nombrar á nuestros más temibles adversarios, puede V. zurrarlos cuanto quiera en la persona del periódico al que no nos está prohibido combatir. Enterados de esta maniobra los suscritores, sólo con oirnos discutir ó disputar con *El Cometa, órgano de los llamados disidentes*, saben ya lo que queremos decir....

Pues voy á lo del programa del jefe. Si á todas horas y á cada momento, *oportunè é inoportunè*, ponderamos los deberes á que nos sujeta, el respeto profundísimo que nos merece, la abnegación con que le obedecemos, y los actos, discursos y opiniones á que por cumplirle renunciamos, claro es que el público discreto ha de entender claramen-

te el profundo desprecio que se oculta detrás de nuestras fórmulas de acatamiento.

Y si á deshora nos viene en mientes romper la relativa obediencia que nos impone, ¿hay tampoco cosa más fácil, con tal que artísticamente se prepare? Podemos decir que «contra nuestra voluntad, una de las partes la ha infringido, y que, por lo tanto, nosotros haríamos, y diríamos, y argumentaríamos....» (y aquí colocamos en procesión todos nuestros argumentos....) «Si no nos detuviera—añadimos—el respeto profundo que nos inspira una decisión de nuestro amadísimo jefe y querido amigo.» «Podemos.... hipotéticamente, se entiende, hablar de los cientos y miles de adhesiones, de los miles y millares de firmas, de las docenas de volúmenes y de los millones de nombres que literalmente atestan los armarios, mesas, cajones, y hasta la escalera de nuestra redacción, testimonio elocuente, aunque mudo, de la aprobación que en nuestro partido, en España toda, en sus islas adyacentes y en sus posesiones de África, Asia y América, encuentran nuestras opiniones; de las

universales simpatías que despierta nuestra política especial. No las insertamos.... no, por cierto, porque, antes que hombres de partido, somos obedientes y disciplinados.... no queremos insertarlas.... pero hablamos de ellas, haciendo en aras de nuestro deber este nuevo y mal pagado sacrificio....» Podemos.... pero ¡á qué cansarme! Con estos datos y apuntes, bien puede V. dirigir por sí solo la campaña.

*El redactor de punta:* Algo repugna á mi conciencia....

*El filósofo:* La conciencia no es más que una idea refleja, que no encarna en la realidad del conocimiento.

*El Director:* ¿Y esa explicación no le tranquiliza?

*El de punta:* Hasta cierto punto.

*El Director:* Además, que eso lo hacemos, no en provecho propio, sino en beneficio del partido, de los grandes principios, de los ideales salvadores; y eso todo lo absuelve.

*El filósofo:* Eso es, amigo. Consultemos á la finalidad de nuestras acciones.

*El Director:* Ya lo oye V.: ¡de nuestras acciones!

*El de punta* (alto): Ya he oído que se trata de acciones.... y me resigno. (Aparte.) ¡Si siquiera me diesen participación en los dividendos!

21 de Abril de 1882.

# USOS Y COSTUMBRES.

# MODAS.

Mucho se ha hablado contra la costumbre de vestir con los colores de la poesía las tremendas hazañas de los foragidos, que, haciendo campo de batalla de los caminos reales y sitio de palenque de las encrucijadas y callejuelas, han pasado á la posteridad (que se abrió para ellos en lugar afrentoso, pero concurrido) con la aureola del mártir, con los laureles del héroe, ó siquiera con el prestigio que acompaña siempre, por desgracia, á los ojos del vulgo á cuantos declaran guerra á muerte á la sociedad y á sus leyes.

Pero si es cierto que la popularidad de Jaime el Barbudo, Los Niños de Écija, Candelas ó Pedro de la Cambra, han perjudicado más á la moral pública que las tristes proezas de aquellos vulgares malhechores, fuerza será aplicar con igual severidad la misma regla á cuantos ponen en el escaparate de su frivolidad ó pregonan con el vocerío infatigable de su garganta de anunciantes, todos los vicios, todas las flaquezas, todas las miserias de esta época culta y refinada, pero profundamente corrompida.

Mala es una jácara licenciosa que en metro popular extiende por el mundo de las tabernas la fama de las Ventas de Cárdenas, ó describe con animadas tintas las escenas picarescas de que son teatro los afamados barrios del Perchel ó de la Macarena; pero ¿qué diremos de esas otras jácaras, no groseras ni licenciosas, sino atildadas y elegantes, con que se enaltece y poetiza en periódicos y revistas el vicio corriente de la época, ó se ponen altares á la divinidad pagana de la moda, ó se entonan himnos al lujo corruptor, que poco á

poco va minando nuestras costumbres y robándonos paso á paso la fibra varonil de nuestro carácter y de nuestra raza?

*
**

Evítase con cuidado en las familias las malas compañías y las malas lecturas. El libro que desmoraliza, el periódico que corrompe, la relación ó la amistad que profanan la santidad del hogar, son irrevocablemente proscritos del hogar doméstico; mas ¿quién es capaz de cerrar las puertas de la casa cristiana á esa apacible y al parecer inofensiva deidad de la moda, que, llena de vistosos atavíos, solicita la curiosidad cuando no el deseo de nuestras esposas ó de nuestras hijas?

¿Quién intercepta el paso á la música elegante de una opereta bufa, al vals que ostenta en su primera página una estampa profana ó indecente, á la revista ilustrada, que con el mejor buril de sus grabadores ha fijado en sus

hojas y reparte por miles de ejemplares el retrato de la actriz ó de la mujer galante cosmopolita?

Nadie lee á *Zolla;* pero no respondemos de que no exista un peinado que lleve su nombre ó no haya algún *plissé*, algún *bulloné* ó algún *ruche* en el complicado edificio del atavío moderno, que las modistas no hayan bautizado con el nombre de cualquiera de sus novelas; y si, piadosamente pensando, las hijas de familia ignoraran la vida poco edificante de las desdichadas mujeres que se disputan en París el cetro de la moda, saben, al menos, que tal extravagancia elegante ó tal tipo de vestido se debe originalmente á la infatigable inventiva de tales personas.

*
* *

Algo hay en todo esto que es, por desgracia, permanente, y es el estrago que causa en las costumbres esa costumbre del lujo fácil

y de la elegancia barata que los periódicos y revistas de modas pregonan diariamente.

Ya que no á la perfección del original, las familias, áun las más modestas, tratan de acercarse lo más posible al modelo, y copian rabiosamente la receta que el periódico ó la revista les ofrece, para vestirse lo más ridículamente posible, gastando la mayor suma de dinero que encuentran á mano.

Si no el teatro Real, el teatro de segundo orden; si no el vestido de terciopelo, el de felpa; sino el raso, el moirée ó el glassé, la tela rica, ó por lo menos pretenciosa, absorben las dos terceras partes del presupuesto de nuestras familias de la clase media, y lo que falta en la parte que queda para satisfacer las múltiples atenciones de la costosa vida que llamamos culta, lo llenan.... el abandono, la usura ó la infamia.

*
**

¡Qué ha de suceder!

Á toda familia honrada, á la mujer más modesta, á la niña más inocente, les salen al paso todos los días ó todas las noches, desde el portal oscuro de un folletín de modas, párrafos como este:

«En sombreros se habla del sombrero *corona*, si puede llamarse sombrero un *echarpe* de faya blanca ó de color, ligeramente bullonado sobre una armadura de tul, y que sirve de base ó fundamento á otra corona de flores que rodea el sombrero.»

Corona se llama hoy á cualquier cosa; así es que no nos oponemos á que se dé ese nombre á la *echarpe* de faya, aunque sea blanca ó de color.

¡Pero qué fundamento pueden tener esa corona, esa *faya*, ese *bullonado*, esa *echarpe*, y, sobre todo, el autor de estas sandeces!

Y en otro lugar:

«Los *cuadrillés* en dos ó tres tonos de un mismo color, y los jaspeados de mucha confusión de colores, dan por resultado grata armonía.»

¡Vaya en gracia por esos *cuadrillés*, y por

la grata armonía que resulta de la confusión de sus colores! Debe ser ésta del mismo género que la que reina en ciertos ministerios de conciliación que nosotros conocemos y el país paga.

Oigamos ahora la descripción de un vestido:

«Hemos oído celebrar uno, azul marino y flor de tilo, con los delanteros de forma Princesa y la espalda de aldeta, que desde ella, por la parte de atrás, las dos telas se confundían y mezclaban de un modo caprichoso é *inexplicable.*»

¿Qué les parece á nuestros lectores de estas aldetas Princesas y de estas telas inexplicables?

*
**

Pero aún es más inexplicable este patrón de modas que, á no dudarlo, hemos tenido el disgusto de leer en un periódico formal y grave, y según el cual (y protestamos de nuestra

fidelidad de copistas), una cómica francesa llevaba en el primer acto de un drama: «Una falda de felpa azul BIZANTINO con redingote PRIMER CÓNSUL de igual color, adornado de pasamanerías mates, TRAJE SEVERO, *propio de la mujer que vive consagrada á sus negocios.*»

.....

¡Buena severidad, y buenos negocios serán los de una mujer que de tal manera se disfraza, haciendo de su atavío un muestrario, en el que campea un PRIMER CÓNSUL en consorcio amigable con la FELPA BIZANTINA.

Lo bizantino aquí es la sociedad en que esto se escribe, y la época en que esto se lee.

Época y sociedad que, para salvarse, necesitan á más no poder de una buena felpa.

## CUADRO II.

LOS ÁNGELES DEL DÍA.

DÓNDE tan de prisa, amigo Tález?

—¡Calle V., hombre, calle V.! ¿Á qué hora dirá V. que me he levantado hoy?

—¿Temprano ó tarde?

—Temprano, hombre, temprano; ¡estoy que me caigo de sueño!

—Pues á las seis de la mañana.

—¡Quiá, por Dios! Á las once y media.

—¡Vaya, pues no es cosa el madrugón!

—Para V., que se acuesta á la hora de las gallinas, no digo; pero para mí....

—Vamos, se conoce que V. se acuesta á la

hora de los pollos. Pues ya no lo es V., amigo mío; lo fuimos V. y yo cuando lo del bienio; pero desde entonces....

—¡Ay, amigo! Aquellos sí que eran buenos tiempos; era yo entonces abanderado de la segunda del tercero del cuarto de Ligeros, y con la bandera en la mano, como quien dice, me casé con ella.

—¿Con quién? ¿con la segunda del tercero?

—No, hombre, no; con mi mujer.

—¿Y qué tal le fué á V.?

—Bien y mal; bien, porque mi mujer, que esté en gloria, era un ángel, y me trajo á casa un caudal muy decente: ya sabe V. que mi difunto suegro fué administrador de Pósitos y de la renta del Excusado.

—Nunca me he metido en esas rentas.

—Pues sí.... lo pasábamos bien; sí, señor, muy bien, demasiado bien; pero, amigo, empezaron á venir....

—¿Disgustos?

—No, señor; hijas.

—¡Vea V.!

—Y hoy me encuentro con tres nada menos.

—¿Y qué tal?

—¡Ah! Unos ángeles.

—¿También ellas?

—¡Sí, señor! Y ¡tan bien educadas!

—Por V., por supuesto.

—No, hombre, no; yo no entiendo de eso: educadas en el extranjero las dos mayores, y la pequeña con una institutriz.

—De manera que tiene V. cuatro mujeres en casa.

—Tres, porque la institutriz no es mujer.

—Pues ¿qué es?

—Inglesa.

—¡Ah, vamos!

—Miss Rebeca Porter, ¿no la conoce V.? ¡Un portento, un verdadero portento; sabe inglés, por supuesto, y francés, alemán y húngaro!

—Y español.

—No, eso no: y á propósito la he tomado así, para que las niñas no perdieran la pronunciación; ¡pero es un ángel!

—Sea enhorabuena; y V. ¿cómo se da á entender?

—Perfectamente; por señas.

—¿Y las niñas?

—Ya lo van entendiendo; y sobre todo, por las noches, en los teatros, echan grandes párrafos.

—¡Ah! También van al teatro.

—¡Claro está! Pues allí es donde más aprenden las niñas.

—Y entonces, ¿qué hace en casa?

—En casa, se retira á su cuarto y escribe....

—¿Á quién?

—Hombre, escribe un diario; costumbre muy inglesa, que también ha inculcado á mis hijas.

—De manera que su casa de V. es una redacción de un periódico.

—Pero en eso se divierten las pobres.

—¡Siempre es algo!

—Luego, los días que se quedan en casa....

—¡Ah, un día se quedan en casa!

—Sí, señor; los viernes, de cuatro á cinco, reciben á sus amigas, y hablan....

—En inglés, por supuesto.

—Juegan al besigue y al piquet, y hacen música.

—¡Pues ya es hacer! Y V., entre tanto, ¿qué hace?

—Yo, nada; á esa hora voy al salón de conferencias.

—Muy bien hecho.

—Por las mañanas salgo á mis negocios: luego á la Bolsa.

—¿Y por las noches?

—Al teatro, eso sí, ó á bailes y tertulias: por la noche me dedico á mis hijas.

—Ya era hora.

—¡Y si viera V. cuánto me lo agradecen las pobres!—Papá, eres un ángel—suelen decirme.

—¿También V.?

—Eso dicen las pobres, y ¡ya ve V..... es natural!

—Sí, sí; ya veo que en su familia de V. todos son ángeles; pero llevan Vds. una vida de todos los demonios.

9 de Enero de 1882.

# LA CARIDAD EN BAILE

INGENUA y noblemente lo confesamos: no somos caritativos. Vemos la desgracia, lloramos con ella, la consolamos algunas veces; pero casi nunca la socorremos. Para ser caritativo á la moderna, lo que menos se necesita es dinero, y no hace más caridades quien da más, sino quien pide más á sus semejantes.

Y nosotros, ¿por qué no decirlo? aunque presentemos unos cuantos recibos de cuotas mensuales satisfechos á unas cuantas asociaciones filantrópicas, media docena de billetes

de bailes y teatros pagados todos los meses á las directoras de otros tantos espectáculos benéficos, es la triste verdad que nunca, nunca hemos organizado ningún baile de máscaras por suscrición á beneficio de ningún establecimiento de caridad, y profesamos además el triste principio de que, si es bueno que la mano izquierda ignore la limosna que da la derecha, es igualmente razonable que las piernas participen de la misma ignorancia, y no hagan piruetas mientras las manos hacen caridades.

Caritativo, por ejemplo, es el señor anciano del que contaba un periódico el otro día que, «á pesar de hacer muchos años que no pasaba una mala noche, había querido asistir al baile de máscaras celebrado en el teatro Real á beneficio del Hospital de Niños de que es fundadora la duquesa de S***.»

El caso de ese señor anciano nos enterneció profundamente.

—Vea V., dijimos para nuestro capote, un anciano que debe enorgullecer á cuantos por cualquier vínculo estén con él ligados. ¡Qué

satisfacción para sus hijos! ¡Qué alegría para sus nietos!

—Papá trasnocha,—dirán los primeros:—es que va á hacer á un baile la limosna de su presencia.

—¡El abuelito se pone de frac y corbata blanca!—exclamarán palmoteando los segundos:—es á beneficio de los pobres.

Regístrense, pensamos nosotros (compungidos de la dureza de nuestros corazones), regístrense los anales de la antigua caridad española, de la oscura caridad cristiana, ejercida por unos cuantos millares de frailes á través de unos cuantos centenares de años en nuestra patria, y en vano aparecerá en ellos un caso como el del anciano de *La Correspondencia*.

Próceres y magnates que vestían el humilde sayo del mercenario ó mendicante; grandes pecadores ó grandes criminales que se cubrían con la lepra del hospitalario; ilustres caballeros que asistían con San Amaro á los peregrinos del sepulcro de nuestro Apóstol, ó fundaban en compañía de Barrantes ó de don

Miguel de Mañara asilos y hospitales para las más inmundas dolencias.... todo esto es viejo, oscurantista y olvidado; pero un señor anciano que no contento con pagar dos duros por un billete para un baile, completa su limosna aprovechando el billete y asistiendo al espectáculo, confiesen nuestros lectores que eso sólo se ve en estos tiempos verdaderamente extraordinarios.

*
**

Y no olvidemos la circunstancia, agravante por decirlo así, que concurría en ese señor anciano; no olvidemos que, según el periódico que ha hecho con su relato justamente célebre su anónima memoria, ese anciano hacía muchos años «que no pasaba una mala noche.»

¡Oh dulce poder de la caridad moderna! ¡Llegar un hombre á la ancianidad pasando por una serie sucesivamente afortunada de buenas noches, es decir, de buenas camas, de

excelentes cenas, de tranquilos sueños y de amaneceres apacibles; llegar así á la senectud, y ante el anuncio de un baile dado por la duquesa de S.*** en unión con el empresario del teatro Real, á beneficio de un Hospital fundado por esa gran señora, y que, según todas las noticias, se encargará de sostener la caridad pública, adivinar de pronto el sacrificio que se le exige, y.... ponerse el frac, lanzándose á perder la noche en un baile de máscaras....!

¡Pobre anciano! ¡Á sus años, y no haber descubierto hasta el último domingo de Carnaval esa nueva manera de ser caritativo!

¡Cuántas noches perdidas! exclamaría al volver de madrugada á su casa. Desde hoy vida nueva; es tiempo ya de corregirse; de aquí en adelante prometo no faltar á ningún baile.

Y los empresarios y directores de éstos, al anunciar á los concurrentes el programa de los regocijos que preparan, no se contentarán con enumerar los ya conocidos de

«La orquesta tocará animados rigodones de Offenbach;

»El *buffet* estará espléndidamente servido por uno de nuestros primeros fondistas;

»El guardaropa contendrá todo género de disfraces nuevos y caprichosos;

»Y concluirá el espectáculo tocando la orquesta una brillante galop, é iluminándose el salón con luces de Bengala.»

Sino que añadirán, para dar más aliciente, y, por decirlo así, más picante á la fiesta:

«Y concurrirán ancianos que hasta ahora nunca habían pasado una mala noche.»

*
**

La verdad es que es tentadora para cualquier español de estos tiempos la empresa de fundar una obra caritativa.

Sueltos y gacetillas en los periódicos; *meetings* concurridos en que se celebra su nombre, se aplaude su celo y se patrocina su *noble idea;* llamamientos á la caridad pública para que la difunda y sostenga; teatros y casinos á

su disposición, y, si es preciso, una junta de patronos nombrada de real orden para que vigile y dirija sus trabajos.

Todo está perfectamente arreglado en las sociedades modernas, y singularmente en la actual sociedad española, para convertir ese puro impulso de los corazones cristianos, llamado caridad, en ese espíritu práctico del Estado, llamado filantropía.

Que una masa anónima de suscritores sostenga, bajo la dirección del Estado, con funcionarios asalariados por él, una masa de desgraciados, anónima para los suscritores, y anónima también algunas veces para los funcionarios del Estado.... perfectamente: á la prosperidad de esas obras debe dedicarse la actividad individual de los católicos (dirán los periódicos revolucionarios); esa es la noble misión del sacerdote cristiano (dirán los periódicos liberales).

Pero que esos católicos cuya iniciativa individual se aplaude, y esos sacerdotes cuyo celo cristiano se fomenta, se junten y concierten para una obra de caridad seria, formal y PER-

MANENTE; que, en vez de *iniciadores de una noble idea*, sean *fundadores* de alguna institución cristiana, tan útil como verdadera; que DOTEN Y FUNDEN, por ejemplo, un colegio de Jesuítas, una Universidad católica, un hospicio particular sin intervención alguna del Estado, ¿encontrarán el mismo eco, las mismas alabanzas, la misma atmósfera favorable en los periódicos, en la opinión pública y en la administración de los Estados modernos?

El que no lo prohiba en sus leyes, como el nuestro, procurará entorpecerlo con las interminables dilaciones de su expedienteo administrativo, los periódicos lo ignorarán perpetuamente, y la opinión pública sonreirá desdeñosa de la locura de sus iniciadores.

Nadie inicie, pues, una obra benéfica sin saber á ciencia cierta á lo que se expone.

¿Quiere hacer á los pobres una corta limosna por el amor de sí mismo, amor que ha de producirle encomios, alabanzas, aura popular, y acaso, acaso, alguna gran cruz? Pues ponga su dinero al tanto por ciento de su filantropía.

¿Pero desea hacer á sus semejantes un gran bien por el amor de Dios, amor desinteresado que no ha de poducirle (humanamente hablando) más que la íntima y no aplaudida satisfacción del que obra bien? Pues hágalo en secreto, muy en secreto, como si cometiera un crimen; sea caritativo de contrabando; haga el bien fraudulentamente, no sea que su caudal y su memoria vengan un día al banquillo de los acusados en el ex-convento de las Salesas Reales, por ejemplo, bajo la gravísima sospecha de haber premeditado, y acaso empezado á realizar una obra de misericordia sin permiso de la autoridad competente y sin el concurso de la prensa periódica, del empresario del teatro Real y de las pantorrillas de las bailarinas á la moda.

# EN COCHE

—

ESCENA CÓMICA.

SEÑOR, la orden!

—¿La orden de quién?

—La orden del coche.

—¡Ah! Sí.... ¿el coche?.... Pues, á las cuatro.... no, á las cinco.... Espere V..... á las.... no.... á.... tampoco; ¡vaya, déjeme V. en paz! Que la dé la señora.

—Lo que el señor disponga. *(Vase.)*

—¡El señor!....¡La señora!.... ¡El coche!.... ¿Para qué tendré yo coche? Ni me sirve para nada, ni me divierte, ni.... ¿Para qué? Por las mañanas no puede salir porque hace frío, y las yeguas.... Tengo dos yeguas alemanas,

que me han costado treinta mil reales.... un caudal.... Mi primo Lucas, el de Fuen-Labrada, se empeñaba en que le había de comprar dos mulas manchegas que me salían en siete mil; pero, ¿quién va á paseo con un par de mulas?.... Nada, yeguas, y alemanas. Pero, ¡es claro! las yeguas alemanas hay que cuidarlas....

—¡Señor!

—¡Dale! ¿Qué quiere V., hombre; ¿qué quiere V.?

—Dice la señora que si el señor quiere usar el coche, que la señora no le necesita, porque hoy va de tiendas.

—¡Bueno!

—Y que recuerde el señor que hace frío, y no tenga esperando mucho tiempo el coche á la puerta del Casino.

—¡Bueno! ¡está bien! Pues yo tampoco quiero el coche, ¡ea! Vaya V. á decirle á la señorita Enriqueta si le necesita.

—Como el señor quiera. *(Vase.)*

—Cualquiera diría que mi mujer y yo somos muy fastuosos, y que tenemos coche por

darnos importancia; y no hay nada de eso: al contrario; pero esos chicos....—Papá, que le ponga V.—Mamá, que la fulanita le tiene.—Que la menganita, mi compañera de colegio, va todos los días al Retiro en *duque*.—¿Y qué es *duque*?—Un coche en que no caben más que dos personas.—¿Dos duques?—No, papá, no seas vulgar; se llama *duque* un cochecito muy ligero, muy ligero.... de cuatro ruedas.—Duques conozco que tienen dos piés, y que son tan ligeros como si tuvieran cuatro.... quiero decir, ruedas.—¡Vaya! ¿No quieres darme un duque?—No, hija, no; no aspiro á tanto.—Se acabó: cuando tú te pones fastidioso, no hay cómo hacerte oir razones.—Y ahí tienen Vds. por qué he puesto coche. Transigió la niña en lo del duque, yo en lo de andar á pié, y compré las yeguas y el....

—¡Señor!

—¡Pero, hombre, otra vez! ¿Qué ocurre?

—La señorita Enriqueta dice que puede el señor disponer del coche esta tarde.

—Muchas gracias.

—Pero que si el señor quiere, puede ir á es-

perarla al anochecer á la salida de los cuartetos, á donde va con la señora baronesa del Coso. Si el señor tiene algún recado que mandarme....

—No...., sí...., es decir.... ¡Nada, hombre, nada! Que diga V. á la señorita Enriqueta que no puedo ir á buscarla....

—¿Me retiro?

—No...., sí.... ¡Caramba, hombre! ¿si acabaremos de arreglar lo del coche?.... Dígale V. al señorito Arturo que disponga de él. Ea, esta tarde no salgo, ó salgo á pié, ó.... Nada, lo dicho: al señorito Arturo.

—Como el señor disponga. *(Vase.)*

—¡Empezaba ya á ponerme nervioso! Para un aragonés como yo, un criado á la inglesa, y un cochero y unas yeguas alemanas, son un verdadero torcedor. ¡Cuidado con la tiranía! ¡Ya! ¡Pues lo que es á mí, no me hace la ley ningún cochero, ni ningún!.... ¡No faltaba más! Pero ¡es claro! También es fuerte cosa que costando tanto dinero no se aproveche ni.... Porque, cuidado que el tal cochecito sale caro.... Treinta reales el cochero;—

dicen que hay que darles treinta reales para que no roben.... Luego roban lo mismo; pero, en fin, así dicen.... Tres pesetas el mozo;—los cocheros que no roban y que cobran treinta reales de salario, necesitan mozo;—la cebada, veinte fanegas al mes; ¡cuidado que es comer cebada!.... la paja, cuatro carros; el salbado, el albeitar, el esquilador, y luego el alquiler de la cuadra, las composturas del coche.... el guarnicionero.... la luz.... la contribución.... el.... ¡Vamos! que no me baja, un día con otro, la broma, de seis duros.... Sí, señor; seis duros diarios viene á costarme, ó lo que es igual.... ¡Sí, justo! ¡treinta pesetas! con las cuales tenía para pagar treinta carreras.... peseteras. ¡Y qué he de hacer yo treinta carreras con mi coche! Ni tampoco cuatro. Así es que si no fuese por los chicos....

—¡Señor!

—(Este hombre va á perderme.) ¿Qué hay, hombre, qué hay? ¿No le he dicho á V. que se entendiera con el señorito Arturo? ¡Cuidado que es mucha pesadez!....

—No se enfade el señor; pero como el se-

ñor me dijo que preguntara al señorito Arturo.

—Bien; ¡y qué! ¿Por qué no se lo ha preguntado V.? ¿Por qué no me deja V. en paz?

—Porque no he podido preguntárselo.

—¿Ha salido?

—No, señor; pero no se ha levantado.

—¿No se ha levantado, y son las tres de la tarde? ¡Buen método! ¡Buen ejemplo! ¡Buen!.... Está bien, hombre; está bien. Pero, ¿qué hace V. ahí, mirándome como si me tuviera que comunicar alguna noticia interesante....?

—El señor dispense: estaba esperando que me diese el señor la orden del coche.

—¡Ah! el coche.... pues nada.... que no enganchen.... Aunque, espere V.....—¡Canario! Á mí sí que debían engancharme.—Á las cuatro, ¿lo oye V.?, á las cuatro, y diga V. á la señorita Enriqueta que iré á buscarla al concierto.

—¿Le traeré al señor la contestación?

—¡No, no, por Dios! No me traiga V. nada.

—Lo que quiera el señor. *(Vase.)*

.....

—Lo que el señor quiere es no verte la cara. Prefiero un criado zafio, y tonto, y puerco, á este demonio de hombre tan serio, tan espetado y tan.... Á veces se me ocurre si antes de venir á servirme ha sido introductor de embajadores, ó.... Y, nada, no ha sido nada de eso: un día traté de explorarle, y me dijo que había servido primero en casa de un dentista, luego en una empresa de carros fúnebres, y por último que había tenido un empleo en consumos.... Lo que es á mí bien me consume.... Mis hijos dicen que es un criado muy correcto; pero como no se corrija de tanta corrección, le planto correctamente en la calle.

Ya siento el coche.... Vamos.... y de prisa, porque si se constipan las yeguas.... y ¿á dónde? Al Retiro, ¡claro está!, al Retiro. ¡Hola! Y no habré de descuidarme al dar la orden al cochero, que me la pedirá sombrero en mano desde el pescante en una actitud sonriente y protectora, que siempre me impone también cierto respeto.... Nada, nada.... al Retiro.

.....

.....

¡Vamos andando! ... Eso sí, el coche es muy hermoso, y rueda bien por las calles.... muy bien.—¡Caramba! aquí faltan dos botones; y tres ayer, cinco; un coche recien forrado.... Yo creo que entre el cochero y el mozo se comen los botones.... Y el cordón roto. ¡Qué descuido!.... No hay medio de llamar al cochero, ni....; pero ¡qué bien rueda el coche! Eso sí, lo que es rodar.... Claro, no hay como Binder para los....—¿qué ruído es ese?—¡Si habrá saltado una ballesta!.... Suena á cascado.—No.... son los tornillos.... otro saltito.... ¡ah! los rails del tranvía.... Tenga V. un coche bueno en Madrid con tanto tranvía y tanto.... Una paradita: ¡qué calles, señor, qué calles!.... ¡Eh! buen hombre.... creí que le atropellaban.... No hay que enfadarse, hombre, no hay que enfadarse.... ¿Qué?.... Pues no es poco insolente.... Eso lo será V., amigo.... Vaya V. con Dios.... ¡Canario! que le pego.... Y V. más.... Sí, señor, V. más.... ¡Qué educación, y qué palabras, y qué falta de policía, y qué.... ¡Afortunadamente me coge de buen humor para venirme con insolencias! ¡Si acabaremos

de llegar al Retiro!.... ¡Ahora viene el carro de la carne! ¡Anda! ¡Y un carro de yeso! Pues esto nos faltaba.... y otro coche que llega de frente.... ¡Vamos, si esta calle de Peligros!.... Se van á enganchar.... pues ya se engancharon. —¿Que ceje?—¿Y por dónde?—¡Qué bárbaros! —No sea V. bruto, hombre; no sea V. bruto!.... ¡pues no mete la reata por la acera!.... ¡que no pasa!.... ¡qué terco!.... ¡Ay! si lo estaba viendo....: ya le pegó un restregón á la caja.... un desconchado.... al taller.... dos días de compostura, y quinientos reales de cuenta.... No.... ¡Frioleral.... ¡Y se marchan!.... ¡Guardia!.... que si quieres.... arree V., Juan; arree V.... Ya no tiene remedio..... ¡Gracias á Dios que salimos de las calles!.... Pero, señor, ¡cuánto coche!.... Y no conozco á nadie.... ¡Ah! —Para servir á V.—¿Quién es ese?.... yo conozco esa cara.... ¡toma! mi zapatero.... claro está; ya decía yo.... ¡vaya un lujo!....—Á los piés de V., señora....—Una duquesa, sin duda; pero, ¿quién puede ser?.... si yo no trato á.... ¡Qué tonto! ¡si es la modista de casa!; justo, la modista....—¡Juan, Juan!—¡Qué diablo! ¿por

qué corre V. tanto?—¡Ah, sí, hasta coger la fila; pero, hombre, ahora que empiezo á divertirme, vamos á escape, y luego.... ¡qué!.... si paso como una exhalación.... Ahí va Pérez, mi agente de bolsa, y Gómez, el cambiante de moneda.... García, el subsecretario.... ¡buen tronco!.... y López, el usurero, ¡á la Dumont!.... ¡amigo, eso es gusto!.... Las de Cucát, mis vecinas,—¡dos buenas mozas!....—La gente de siempre.... ¡justo! en eso precisamente consiste la diversión.... Ya estamos en fila.... ahora, despacio, y los de enfrente, á escape.... cierro las ventanillas.... la tarde está fresca.... Ahora me da el sol de lado.... y me deslumbra, y me.... Pues, ¿no me entra sueño?.... y si me duermo, ¡abur paseo!.... ¡canastos!.... ¡qué bien está el paseo!.... Hay.... mucha, sí señor, mucha.... gente *(bosteza)* conocida....; todo.... Maadrid.... distin.... guido, y.... *(Bosteza dos veces seguidas, y se duerme.)*

.....

.....

¡Demonio *(despertándose)!* ¿Pues no me he dormido? Y es ya casi de noche.... ¡Juan!

¡Juan!.... Voy á constiparme.... Pero, hombre, ¿cuántas vueltas hemos dado? ¿Cinco? ¡Qué atrocidad!.... Á escape, al concierto.... ¡Qué! ¡Ya habrán concluído! Un fósforo; ¡si son las siete! Juan, Juan: á casa. ¡Buena la hemos hecho! Maldito paseo.... No acabaremos nunca de llegar.... ¡Qué calles!.... Bien, bien; no arrime V. tanto; así.... hombre, basta; ¡gracias á Dios! *(Al cochero.)* ¿Que si se va V.? —No: espere á ver si hay que ir á buscar á las señoras, ó al señorito.... Se lo preguntaré al portero. *(Habla con este funcionario.)*

—¿Vino la señora?

—Sí, señor; ha vuelto en un coche de alquiler hace un momento.

—¡Bien! ¿Y el señorito?

—Salió hace poco en una berlina que fuí á buscarle:—por cierto que me debe tres coches de estos días pasados.

—¡Perfectamente! ¡Ponga V. coche para esto! ¿Y la señorita Enriqueta?

—También ha vuelto.

—Por supuesto, ¿en un coche?

—No, señor; en dos.

—¿Cómo en dos?

—Sí, señor; porque mientras la doncella, por orden de la señora, iba á buscarla en uno, ella se volvía en otro que tomó á la puerta del teatro; yo he pagado entrambos.

*(Hablando solo.)* ¡No hay más que pedir! ¡cinco coches para tres personas! *(Al cochero, que se acerca para pedirle la orden):*—¿Qué es eso?—¡ah! ¿para mañana?—¿Qué hacemos mañana? *(hablando):*—¡Ganas me dan de decirle que haremos almoneda! ¡Seamos prudentes! —Pues nada,—¡así se hundieran las calles!— —Mañana.... ¡qué despilfarro! ¡qué desórden! —Contengámonos.—Pues mañana *(al cochero)* haremos lo mismo, lo mismo que hoy Juan; exactamente lo mismo.

# LA TABERNA ELEGANTE

Todos los sucesos de la semana han quedado eclipsados en la imaginación de los madrileños por la solemne inauguración de un establecimiento cuyo influjo en las costumbres públicas, cuya importancia social, y hasta política, no se ha ponderado lo bastante.

Nos referimos á la apertura de una nueva taberna en la Carrera de San Jerónimo.

Que no se imaginen nuestros lectores de provincias un local reducido y mal alumbrado, sin más adornos que una media docena de pe-

llejos de Arganda y Valdepeñas, cuyas espitas, mal sujetas, dejan escurrir gota á gota en desportillados barreños el turbio mosto que contienen; una tabernera sucia y avinagrada; unas mesas por cuyas grietas y hendeduras corre y gotea el rojo líquido; unas paredes, que un calígrafo rudimentario ha convertido en libro de caja inscribiendo los créditos de los parroquianos; las jarras repartidas entre el mostrador y el suelo, el techo envuelto en humo de cigarro, y el ambiente saturado de alcohol y casi pestilente.

Esto es seguramente una taberna; pero no la taberna culta, artística y elegante que se ha abierto estos días en la Carrera de San Jerónimo.

*
**

El madrileño tenía, es verdad, antes de verse favorecido por este nuevo establecimiento, varios centros de solaz y recreo donde

le suministraban uno á uno y á sus horas casi todos los goces de la vida social moderna.

Podía almorzar en el café, comer en la fonda, merendar en la cervecería, cenar en los Andaluces, murmurar en el Casino, filosofar en el Ateneo, ir de tertulia al Veloz-Club, escurrirse en el club de patines, y citarse con sus amigos en el salon de conferencias. Pero si además de estos goces se le ocurría apetecer otro—el de echar unas copas con dos amigos—el madrileño no podía hacerlo decentemente, porque, fuerza es decirlo, no había en todo Madrid una sola taberna en que un hombre de gusto pudiera emborracharse con elegancia.

*
**

No sabemos el nombre del industrial que ha llenado con su *Cantina Americana* este sensible vacío en nuestros hábitos elegantes; pero, sea el que fuere, merece pasar á la pos-

teridad, haciéndose de su aparición una fecha memorable en los fastos báquicos, para que no pueda en lo porvenir algún nuevo Baltasar de Alcázar decir de la invención de un establecimiento tan lujoso:

> Si ha sido antigua ó moderna,
> Vive Dios que no lo sé.

¡Antigua! ¿Á quién puede ocurrírsele que pertenezca á los tiempos antiguos invención tan delicada y tan culta?

Basta entrar en aquel local, adornado expresamente para el objeto á que se destina, con pocos pero elegantes muebles, cubierto el suelo de mullida alfombra, donde hasta los traspiés del beodo han de ser graciosos, adornadas las paredes con cuadros alusivos, en los que si el pintor no ha trascrito al lienzo con clásico pincel los clásicos tipos de los *bebedores* de Velázquez (por ser sin duda género antiguo), ha sabido pintar la orgía moderna con triste pero exacto realismo; basta acercarse al mostrador, contemplar de cerca el aspecto solemne, digno y casi respetable con

que los mozos vestidos de frac sirven el vino á los parroquianos vestidos de chaqueta; el órden y concierto con que se rige la importante distribución de las bebidas; la acompasada tristeza con que se consumen; los huecos, ásperos y desconsoladores chistes que se oyen; la alegría ausente de todos los rostros, áun los más juveniles; la palabra ambiciosa y sarcástica desbordando de todos los labios, áun de los más severos; basta ver aquello, basta olerlo, para que el observador más vulgar no lo tome por invención antigua, sino por legítimo y genuino parto del *colosal espíritu* moderno.

*
**

Desde ahora lo anunciamos: en este Madrid, capital de un Estado católico, donde no ha sido posible la fundación de una gran catedral, donde no han podido vivir los Estudios católicos; en este Madrid, que no ha levan-

tado todavía un edificio para biblioteca, que no ha erigido á Cervantes un monumento digno de su fama; que, apoderándose del dinero de todo el reino, no enseña al provinciano que viene á preguntarle cómo le ha gastado, otras calles, ni otros monumentos, ni otros sitios públicos que los que conserva del *ominoso* absolutismo; en este Madrid, que pasea tranquilamente á sus mujeres y á sus hijas por la calle de Sevilla, que entre tahures, mujerzuelas y rufianes sale á tomar el sol á la Carrera de San Jerónimo, la *Cantina Americana* es una nueva institución, digna de pasar á la historia.

Es un sitio más en que el madrileño puede perder el tiempo que no consagra ni á su Dios, ni á su patria, ni á su familia; es una escuela más donde cursar el catecismo de la democracia, y es, en fin, un congreso más en donde puede proclamarse uno de los derechos más preciosos del hombre: el derecho á no andar derecho.

*
**

Hace poco tiempo, no hace cincuenta años, que el transeunte que quería dirigirse de la Puerta del Sol al Prado por la Carrera de San Jerónimo, se encontraba á cada paso con un monumento labrado por la fe, y á veces enriquecido por el arte. El Buen Suceso, la Soledad, los Italianos, Santa Catalina, el Espíritu Santo....; en el uno se estudiaba, se educaba en el otro, se rezaba en todos.

No se habrán perdido seguramente para el Altísimo aquellas oraciones; ni hoy, esparcidas á los cuatro vientos de la revolución las piadosas religiones que poblaban aquellos conventos, dejarán de pedirle por la prosperidad de España; pero los altos y nobles muros que protegían su patriótico *trabajo* han venido al suelo en nombre de la *laboriosidad* de este siglo, que tantos monumentos ha elevado después á la *holgazanería* más ó menos culta, precisamente en la misma Carrera de San Jerónimo.

Porque, díganos cualquiera si en la repostería de Lhardy, donde puede un desocupado emplear una hora de la tarde; en el café Im-

perial, en el de Madrid, en el de la Perla y en el de la Iberia, donde indudablemente se mata el tiempo todas la noches; en la Cervecería Inglesa y en la nueva Cantina Americana, donde el espíritu descansa de los anteriores trabajos al anochecer y por la mañana; y en el Casino, abierto para las necesidades del numeroso público que le frecuenta las veinticuatro horas del día; si en todos estos sitios, que casi totalmente ocupan la citada calle, se hace algo que eleve las inteligencias, que fortalezca el espíritu, y que, por consiguiente, forme mejores hijos para las familias, y para la patria mejores ciudadanos.

Pero no hay que enfadarse: los frailes se han ido, y es locura pedir que vuelvan; los hábitos monacales ofenderían la vista de los pulcros y atildados habitantes de esta culta villa. Es mejor espectáculo para ojos conservadores el que hoy ofrecen sus calles principales: cafés, fonduchos, cervecerías y tabernas, vomitando á todas horas sobre el acera su contingente de elegantes cretinos que, codeándose con sus mujeres y sus hijas, hacen

poco á poco, entre chistes obscenos y ojeadas indiscretas, la laboriosa absorción de los variados líquidos que han *consumido*.

¡No nos enfademos! ¡Seamos tolerantes una vez siquiera en nuestra vida! ¡No desdeñemos enteramente la forma!

Un establecimiento en que se copea Chambertin y Madera no puede ser una taberna, ó, si lo es, es una taberna *seria*, *respetable* y *decorosa;* en una palabra: una taberna de conciliación y de ancha base; una taberna, como si dijéramos, *fusionista*.

# LA CIENCIA DE NO CURAR

PARECE evidente que lo único que tiene que hacer un enfermo al sentirse aquejado de una grave dolencia, es encomendarse á Dios y llamar á un médico. Pues bien: este procedimiento tan sencillo, que era como síntesis y compendio del *Arte del enfermo* en los tiempos del oscurantismo, se ha complicado de tal suerte en los actuales, que nadie se encuentra satisfecho fiándole la curación de sus enfermedades propias ó las de los individuos de su familia.

Queremos suponer que en el caso hipotético

á que nos referimos, la familia es piadosa y pide devotamente al Dios de las misericordias la salud del enfermo; pero se trata, además, de proporcionarle los auxilios de la ciencia, y aquí empieza el conflicto.

¡Un médico! ¿Y cuál? Puede decirse que ya no existe el médico de cabecera. Aquel buen señor que todos conocimos, que era, después del sacerdote, el primer oráculo de las familias; amigo cariñoso más que funcionario, hombre amable en las crisis fuertes, é impávido y sereno en los momentos de peligro, rígido y duro en las convalecencias, que casi siempre se despedía, después de haber curado al enfermo, regañando con la familia porque sorprendió á la abuela sirviendo al nieto convaleciente una entrepechuga de gallina en vez de haberse limitado á darle á chupar un alón de pollo; hombre terrible, que entraba en las casas cerrando puertas, entornando balcones y reprendiendo ásperamente á las criadas, y al que, sin embargo, no era caso extraño verle recatándose en los oscuros pasadizos, para disimular las lágrimas que se

agolpaban á sus ojos cuando la ciencia, por uno de esos caprichos tan comunes en la esquiva deidad, había hecho traición en la persona del amigo, del protector ó del ahijado, á su solicitud y buenos deseos.

*
**

Hoy ya no se llama *al* médico, sino *á un* médico; y volvemos á preguntarlo: ¿Á cuál? No sólo hay homeópatas y alópatas, é hidrópatas, clasificación importante, y en la que muchas familias no se hallan de acuerdo, sino que además hay especialistas.

Unos se dedican á un ramo de la medicina, otros cultivan con predilección una rama especial de la cirugía. Este domina las enfermedades de la boca, aquél las de las piernas, su vecino no se ocupa más que de la garganta, y en tratándose del estómago, no hay que pensar sino en su cofrade el Dr. Húngaro, de la calle del Pozo.

¡ Figúrense nuestros lectores un consejo de familia, que tiene perentoriamente que decidirse entre todas estas especialidades, á la cabecera de un enfermo, que declara, entre los suspiros y sobresaltos de las primeras horas de fiebre, *que le duele todo el cuerpo!*

Se hace necesario un antejuicio de la enfermedad, en el que intervienen todos los individuos allí congregados, que al fin comisionan al más jóven, al más activo ó al más cuidadoso, para que corra en busca de uno de estos doctores famosísimos.

Los del día no guardan las horas como los antiguos; en su casa no es fácil sorprenderlos, y la variedad de empleos y áun de profesiones que acumulan hace igualmente difícil tropezarlos en la calle; pero, en fin, ó en la Bolsa, ó en el Congreso, ó al salir de un ministerio, ó al terminar su consulta, ó al entrar en su cátedra, se logra verlos al cabo de tres, cuatro ó cinco horas de buscarlos. Una vez conseguido este primer objeto, ya sólo tardan otras dos ó tres horas en presentarse en casa del enfermo.

La familia respira; no hay familia que al entrar un médico en su casa no juzgue que viene en su compañía la salud deseada, ni hay médico que no sonría majestuosamente, como dando pábulo á esta dulce esperanza.—Con efecto,—parece decir su apacible y sereno semblante:—la salud la tengo en el bolsillo, ó en la antesala en los del gabán que me he quitado, ó.... encima de mi mesa de despacho.... pero cerca.... muy cerca, y siempre al alcance de mis manos.... La cuestión es que Vds. y el enfermo me ayuden; que quieran Vds. comprenderme, y, sobre todo, que me expliquen la enfermedad.

*
**

Y aquí tenemos otra vez al enfermo y á la familia frente á frente, no sólo del problema natural de la enfermedad, sino del problema científico y técnico de la dolencia.

El famoso doctor, justo es confesarlo, se

presta de buen grado á acudir en su ayuda y á facilitarla el trabajo, dirigiendo con habilidad profesional el interrogatorio.

La ciencia moderna no es tan corta de alcances como la antigua, y en vez de preguntar llanamente al enfermo, como investigación preliminar:

—¿Dónde le duele á V., ó qué cenó V. anoche, ó desde cuándo siente V. esos mareos?— entabla con la familia estos ó parecidos diálogos, después de las primeras auscultaciones y tanteos:

—El paciente, señora ó señorita, ¿es su esposo de V. ó su papá?

—Es hermano.

—Bien, perfectamente.... ¿hermano mayor, supongo?

—Sí, señor; hermano mayor.

—Muy bien: ¿cuántos fueron Vds. de familia?

—Ocho.... ó siete.... ¡no, señor....! nueve, nueve.

—¡Bien! ¿Varones cuántos?

—Creo que cuatro.... Justo.... cuatro.

—¿Y hembras?

—Cinco.

—Eso es: cinco y cuatro, nueve. Perfectamente. Su mamá de V. era.... ¿de Madrid?

—No, señor; de Calanda.

—¿Aragonesa? ¡Muy bien!.... ¿Y su papá de V.?

—Extremeño.

—¿Militar?

—No, señor; propietario.

—¿Vivió mucho?

—No, señor; murió jóven.

—¿De qué enfermedad?

—De un golpe.

—¡Oiga! ¿De un golpe?.... ¡Bien! ¿Sería nervioso?

—No puedo decirle á V., porque no llegué á conocerle.

—Y su mamá de V., ¿qué temperamento tenía?.... ¿linfática?.... ¿sanguínea?....

—Sanguínea, sí, señor.... muy sanguínea; ¡tu madre era muy sanguínea!

—¡Conque sanguínea!.... ¿El señor es su esposo de V.?

—¡Servidor!

—¡Por muchos años! Lo había sospechado.... Conque íbamos diciendo que nueve hijos; el padre sanguíneo y de Calanda, y la madre extremeña y nerviosa....

—No, señor; al revés.

—Justo, al revés; pero la combinación resulta la misma. Y su señor hermano de V., ¿qué profesión ejerce?

—Militar.

—Militar, ¿eh? ¿Y en qué arma?

—En la de administración.

—Administración militar....; ¡muy bien! ¿Su graduación?....

—Comandante; creo que es comandante ó cosa así.

—¿Conque comandante? Como es natural, ¿habrá viajado mucho?

—Sí, señor.

—Y á la vuelta de sus viajes le habrán Vds. notado cierto cansancio, cierta displicencia, mal humor.... decaimiento.... modorra...., etc.?

—Sí.... no.... sí, sí, señor; generalmente,

al volver de sus viajes, venía cansado.... pero no lo atribuíamos á enfermedad, sino....

—¡Naturalmente.... naturalmente!.... Pues bien: con todos estos datos puedo establecer con cierta seguridad la naturaleza afectiva del paciente, y bosquejar un diagnóstico aproximado de su dolencia.—Su hermano de V., por efecto de su temperamento nervioso sanguíneo, sobrexcitado por las agitaciones de su profesión y de su empleo, experimenta en estos momentos una atonía parcial de los órganos circulatorios, que si bien no acusa por ahora ningún grave desorden cardíaco, debe atacarse con rigor por los medios terapéuticos que luego indicaré, y que considero eficacísimos.... Pero, además, en el actual momento histórico, adolece de una pneumonía; de una verdadera pneumonía ó catarro pulmonar agudo, de tipo franco y de marcha normal. Verdadera enfermedad intercurrente, que nada tiene que ver con su dolencia crónica, aunque ésta la complica algún tanto.

—¿Y V. le curará?

—Así que le curen la pneumonía.

—¡Pero cómo! ¿No puede V. asistirle?

—Imposible: mis ocupaciones no me permiten por ahora dedicarme á esa clase de dolencias; yo soy especialista en enfermedades del corazón; lo único que puedo hacer por Vds. y por el enfermo, es enviarles un especialista de los órganos respiratorios.

*
**

La familia no desmaya; á toda costa, áun á costa de la salud de su enfermo, ha decidido que le cure ó que le mate una celebridad médica.

Viene por fin un especialista en pulmonías. Éste desprecia las indicaciones que apuntó su colega, y después de oir otra vez la historia de la familia, decide que el enfermo padece una tuberculosis hereditaria de primer grado. La hermana protesta, su marido se alarma, y el doctor les tranquiliza, ofreciendo curarla á ella, al hermano y á todos los hijos que

empiecen á sentirse acometidos de esta dolencia.

Tiene un método infalible y un procedimiento seguro para el tratamiento de la tisis. La cal.... ¿No han oído Vds. hablar de la cal?—Marido y mujer responden que vagamente recuerdan sus aplicaciones más vulgares.—Pues bien: la cal está reconocida en Alemania como el primer reconstituyente....

Un poco de historia.... otro poco de biografía.... algo de conversación sobre asuntos sociales y políticos, y el doctor calcáreo se despide cortésmente, dejando las fórmulas precisas para que al interior y al exterior quede el enfermo perfectamente blanqueado.

Puede suceder que su admirable naturaleza resista la operación del científico jalbeo; pero aunque triunfe de ella, aún tiene que someterse á la terrible prueba de las aguas, de los chorros, de las pulverizaciones y de los baños rusos.

Ó se reconstituye, ó sucumbe.

Puede suceder que se muera.... En ese caso sus parientes, después de enterrarle, no tienen ya que ocuparse de otra cosa que de pagar la

cuenta que las dos especialidades que han llamado en consulta quieran pasarles.

Hay familias á quienes estos procedimientos son repulsivos.

Pero las hay en cambio que no comprenden dejar morir á un enfermo sin que á la cabecera de su cama se amontone lujosamente tal cantidad de ciencia.

4 de Mayo de 1882.

# LA SOCIEDAD Y EL TEATRO

# LOS CURSIS

*Comedia en tres actos y en verso, original de D. Juan José Herranz.*

Cuando una palabra de origen humilde toma en un idioma carta de naturaleza, se extiende desde el vocabulario del vulgo al lenguaje de la gente culta, y, sin variar de significación, continúa por largo espacio de tiempo expresando siempre la misma idea, es indudable que el idioma la necesitaba para calificar exactamente una cualidad ó un vicio, para designar con precisión una cosa, para pintar de una manera propia una acción cualquiera.

Las lenguas, en su período de fecundidad, han admitido así multitud de palabras, cuya

raíz no explica la tradición filológica, y que una agudeza del vulgo, un chiste de un desocupado, á veces una gallardía del lenguaje, engendran inopinadamente, y que el uso primero, los grandes escritores y las Academias más tarde, introducen en el idioma, fijando poco á poco su significación exacta.

Así ha sucedido en la nuestra con la palabra *cursi*; palabra hoy académica, y desconocida también en su origen, no obstante lo reciente de su introducción en el idioma.

Un escritor dramático de clarísimo talento y de reconocido buen gusto literario, D. Juan José Herranz, el autor de *Juana de Arco* y de *La mejor conquista*, ha escogido para asunto de su última comedia el vicio moral y social que vulgarmente se califica con esa palabra.

No es hoy nuestro propósito hacer un análisis detenido y minucioso de la última producción del Sr. Herranz, que en esta obra se ha propuesto sin duda demostrar al público (con más bellezas literarias de las que el público moderno puede soportar en una sola noche) que la ligereza y desenfado de la for-

ma no está reñida con la severidad de la lección moral que con esa forma se reviste, y que no es necesario que los galanes mueran á estocadas, ni que las damas desfallezcan de amor, ni que los barbas rabien de celos, para que el público salga del teatro lícitamente divertido y moralmente aleccionado.

*
**

Lo que más nos complace en la comedia del Sr. Herranz es su acierto en la elección del asunto, es el haber aplicado la saludable férula de su culta y enérgica sátira contra uno de los vicios más característicos de las modernas sociedades, contra «la afectación ridícula de cualidades ó de virtudes, de ilustración y hasta de vicios que *no se tienen*,» que todo esto es lo que expresa exacta y propiamente la palabra *cursi*.

El Sr. Herranz no ha querido salir con sus cursis de la modesta esfera de la comedia fa-

miliar. Aquellas buenas gentes que llegan de Cuenca con unos cuantos miles de duros, y que, sin inclinaciones ruinosas, sin gustos depravados, por el ejemplo de la inmoralidad cortesana, alucinados solamente por lo que de Madrid han oído contar á los periódicos, están á punto de comprometer su caudal, y comprometen, en efecto, su buen nombre y su respetabilidad modesta, en intrigas y en trazas propias de aventureros ó parásitos, sólo por el necio afán de imitar los hábitos y costumbres elegantes del gran mundo, son indudablemente unos apreciables conservadores liberales (acaso centralistas) de su ciudad natal, á quienes la rancia y averiada perfumería que destilan las revistas de salones de *La Época*, de *El Liberal* ó de *El Tiempo*, se les ha subido á la cabeza. Contra ellos, la sociedad no decreta más castigos ni la moral impone más penas que las que la misma necedad de su conducta les impone. La vergüenza de parecer ridículos cuando quieren alardear de notables.

*
**

Pero si el Sr. Herranz, no contento con sacar á plaza las inocentes flaquezas de estos cursis, por decirlo así, de buena fe, hubiera pretendido satirizar á costa de los cursis en literatura y en artes, de los cursis de la ciencia ó de los cursis de la política, su comedia, sin perder en gracia, hubiera indudablemente ganado en profundidad, y la lección moral que de ella resultase tendría un carácter más general y un alcance mucho mayor del que hoy consigue.

Como nosotros no sabemos hacer comedias, no tenemos ni autoridad ni competencia para decir al autor de *Los Cursis* la mejor manera de ampliar el cuadro de la suya; pero sí podemos indicarle ligeramente dónde ha de buscar sus nuevos personajes el día en que su talento de escritor dramático le lleve de nuevo á presentar en escena las ridiculeces y extravíos del siglo singular en que vivimos.

¿No ha caído nunca en manos del Sr. Herranz uno de esos periódicos cuyos redactores son mayores en número que los suscritores; que el capricho de un advenedizo enriquecido

ó las oscuras artes de un intrigante sostienen de su bolsillo particular, ó de los bolsillos de otros particulares; que, sin embargo, y tal vez á causa de su misma soledad y de su escasa representación en la opinión pública, siempre la están representando, interpretando y socorriendo, sin que la pobre de la opinión conozca siquiera su existencia? Pues aunque no le digamos sus nombres, habrá de convenir con nosotros en que esos tales periódicos son unos periódicos cursis.

Que hay partidos políticos esencialmente cursis, nadie que haya vivido en el bienio ó durante la revolución de Setiembre puede negarlo.

La Milicia nacional, cuyos coroneles y comandantes eran sólo una vez á la semana guerreros esforzados, y los seis días restantes honrados tenderos de ultramarinos; la repre-

sentación diplomática en las cortes extranjeras entregada á oscuros periodistas ó á notabilidades de campanario; los bailes de la corte de D. Amadeo, las circulares ministeriales, la política, las artes, la literatura y las costumbres de aquellas épocas, ofrecían una fisonomía tan cursi, que no fué este aspecto especialísimo una de las razones menos fuertes para que se hundieran en el concepto de las gentes del gran mundo, acordes acaso sólo en esto con la opinión mucho más unánime y compacta de las gentes honradas.

*
**

Y ese mismo gran mundo, cuyas pretensiones elegantes y exclusivistas tienen á cada paso que transigir con la notoriedad de la política, con el periodista en auge, con el ministro afortunado ó con el diputado influyente, de quien en secreto se burlan, y á quien rinden en público pleito-homenaje, ¿no es, en re-

sumen, áun pasada la revolución de Setiembre, un gran mundo mezclado con el pequeño ó el mediano, un gran mundo cursi en toda la extensión de esta novísima palabra?

El Sr. Herranz, que por su posición y sus aficiones ha de frecuentar precisamente los más altos círculos políticos y sociales, se habrá encontrado seguramente en tertulias ó conferencias con uno de esos personajes muy graves, muy serios, muy afectados, muy pretenciosos y muy.... cursis, que juegan en sus posesiones recién compradas, y parodian ridículamente al señor feudal ó al gran señor antiguo; que se pavonean orgullosos con sus títulos nobiliarios de Casa-Fulano ó Valle-Perengano, como si fueran Medinacelis ó Infantados; que hablan hueco y gordo de los intereses, de las necesidades, de los dogmas, y hasta de la historia *del gran partido conservador*, de ese partido en que tantos revolucionarios se han ingertado para procurarse una pingüe jubilación de sus aventuras.

Pues bien: esos conservadores, progresistas ayer, y anteayer descamisados; que son mo-

derados en el conservar lo mismo que fueron exaltados en adquirir; esos patriotas que predican la disciplina del ejército después de haber sido los instigadores de todos los motines; esos defensores del órden, que no ven en el orden más que el tricornio del guardia civil; esos monárquicos de todos los monarcas; esos aristócratas de todos los éxitos, medio marqueses, medio prestamistas, medio arrogantes, medio arrepentidos, ¿no le hacen al señor Herranz el efecto de unos solemnísimos cursis?

*
**

Si todo alarde injustificado, y por lo tanto ridículo, puede exactamente ser calificado de *cursi*, ¿qué empresa más cursi pueden acometer manos humanas que la de escribir un programa político?

Reunirse á media tarde, entre el almuerzo y la comida, dos ó tres abogados, un indus-

trial, algún periodista en activo servicio, y media docena de periodistas retirados, y entre todos, al lado de un buen fuego, contando chascarrillos alegres y fumando cigarros habanos, usurpar el puesto de la Providencia y enmendar la plana á la historia, dictando con cómica formalidad reglas y principios á que todo un pueblo ha de sujetarse, declarando sus derechos y decretando á perpetuidad sus instituciones *fundamentales*, es, ó uno de esos empeños dignos del perturbado cerebro de un orate, ó una vanidad que no puede calificarse más suavemente que con el epíteto de *cursi*.

*
**

Adonde quiera, en fin, que el orgulloso espíritu moderno, en artes como en ciencias, en política como en costumbres, lleva sus leyes, sus preocupaciones ó sus doctrinas, triunfando de la tradición y de la historia, allí, á vuelta de males de más trascendencia, la pre-

tensión ridícula, la necedad ambiciosa, la petulancia estúpida, lo *cursi*, en fin, aparece como un castigo providencial de los que no se contentan con ser poderosos, sino que quisieran además ser elegantes.

El mal gusto, como la mala fe, como la mala política, como la mala ciencia, es una plaga de este siglo de Cartas constitucionales, de exposiciones, de bazares, de velocípedos y de lámparas de petróleo.

Mirad al pueblo más moderno, más liberal y más democrático, á los Estados-Unidos, y os encontraréis con el pueblo más cursi de la tierra.

*
**

Si el Sr. Herranz se decidiera á apurar el tema que ha iniciado en su linda comedia, podría hacer con él una trilogia social y política; pero en ella, por mucho que fuese su mérito, sería el principal colaborador el atildado público que la coronara de aplausos.

# LOS BUFOS

Dos empresas se disputan los favores de la musa bufa, y, lo que es más notable y disculpa á los empresarios, una sociedad que nunca encuentra una peseta para comprar un libro, tiene dinero para sostener dos teatros.

No sé qué atmósfera propicia á todo lo trivial y desearado populariza á las dos noches de su estreno las payasadas y frialdades de unas farsas, cuyo único mérito consiste en poner en ridículo cuanto hay de grande y respetable en sentimientos, en tradiciones y en costumbres.

No sé qué dejo especial tiene esa música, cortada, estrecha y saltarina, música democrática, igualmente simpática á los oídos de la fregatriz que á los de la duquesa, que extiende desde los palacios hasta las tabernas las insulseces bufonescas del

¡Sable de papá!

del

Barba azul ¡chipé!

del

¡Yo soy civil!

y del novísimo

Pachá, Pachá, Pachá
Retolondrón.

No sé qué explicación decente pueden dar las madres honradas que llevan á sus hijas á estos espectáculos, de unos argumentos y unos chistes que supongo piadosamente que no comprenden; pero la explicación debe ser muy ingeniosa, pues observo que por lo común les divierten.

*
**

Y áun si lo bufo, que no es más que la caricatura, fuese una sátira de las costumbres, de los vicios ó de las ridiculeces nacionales,

por subido que fuera el tono, podría tener su disculpa. La tiene entre los franceses en la misma exuberancia de su producción literaria. Allí se han agotado los asuntos, sobran manos y faltan ideas, todos son artífices y nadie es poeta, y el oficio ha concluído por matar el arte en la pura acepción de la palabra.

Monstruo insaciable, el público francés lo ha devorado todo, la musa clásica y la romántica, el realismo y el idealismo: todo se lo sabe de memoria.

Hoy la escena, como la literatura francesa, están en un período de extravío; es la agonía de una grande época; es un siglo que se muere, y quiere morirse riendo. Risa forzada y triste, como la risa de un moribundo.

*
**

Pero al menos el pueblo francés tiene de qué reirse. Bien puede liquidar sus cuentas con los héroes que le son familiares; llamar á juicio á los grandes símbolos que hace algu-

nos años le entusiasmaron; convidar, como D. Juan al Comendador, á todas sus víctimas; santas ideas, creaciones poéticas, risueñas ilusiones que implacablemente ha devorado, destruído ó marchito: tiene de qué reirse, aunque su risa sea criminal y sacrílega; tiene á quien insultar en su último banquete, hasta que la estatua del Comendador le ahogue entre sus brazos; mas ¿qué significan en la escena española esas caricaturas innobles de héroes que no conocemos, de recursos dramáticos que nuestros autores no han utilizado, de costumbres que no son las nuestras?

Se comprende que una dama francesa, familiarizada con los clásicos, capaz de recitar la dramática genealogía de los Atridas como la suya propia, encuentre chistosa y divertida la farsa del robo de Elena y las angustias del rey Menelao; pero ¿dónde encuentra la gracia de la parodia la matrona honrada que nunca ha oído hablar de más Elena que de su vecina la viuda del intendente, y que ignora si Menelao reinaba en la Grecia ó en la Arabia Petrea?

Noviembre 1869.

# EL ARTE COSMOPOLITA

## LA COMEDIA ITALIANA

DURANTE *la representación:*

—¡Bravo, bravo! ¡otra! ¡que salga!

—¡Cállese V., hombre, que no me deja entender el final de la escena!

—¡Ah! ¿Pero V. ha entendido el principio?

—¡Digo!....

—Pues lo que es yo, sólo entiendo palabras sueltas.

—¿Y qué entiende V.?

—¡Oh! el italiano es sencillísimo de aprender: casi todas las palabras suenan lo mismo que en castellano.

—¡Ya se ve! Como que son lenguas hermanas.

—Mire V.; esa no es una gran razón, por-

que hay hermanas que maldito si se entienden.

—Pero, en fin, V. habrá estudiado la lengua.

—Sí, señor, en mis tiempos. Yo estudiaba en el Ollendorf reformado, y me sabía de memoria todos aquellos temas tan variados y que tanto ayudan á conocer á fondo un idioma:

«¿Tiene V. el martillo del carpintero?

»No, pero tengo las cacerolas del cocinero.

»¿Quiere V. tomar un baño caliente?

»Sí, señor; y después que me sirvan una chuleta con patatas....» Era yo entonces uno de los primeros de la clase, y me sabía de memoria todo el prontuario de la conversación; pero le confieso á V. que de esta Marini se me escapan muchas palabras: no debe tener muy buen acento; sólo ponuncia claramente *loro* y *caldo*, y como no veo ningún papagayo en escena, ni en las comedias que representa se toma otra cosa que te ó champagne, no sé.... á qué se refiere.... Recuerdo que el maestro que yo tuve decía siempre *lingua italiana in boca toscana*. ¿V. sabe de dónde es la Marini?

*Una voz irritada*: ¡Silencio!

—Vea V.; á ese sí que le entiendo.

—Nos van á echar del teatro.

—¿Por qué? Aquí viene uno á juzgar del mérito de las artistas.

*Varias voces:* ¡Brava, brava!

—Diga V.: ¿y por qué dicen ¡brava!?

—¡Vaya una pregunta! Porque es una señora; si fuera hombre, dirían ¡bravo!

*
**

*En el entreacto:*

—Magnífico.

—Delicioso.

—¡Qué acento!

—¡Qué pronunciación tan correcta!

—¡Qué frase tan pura!

—¿Ha notado V. el grito final?

—¡Ya lo creo!

—No puede darse mayor elocuencia.

—Y se la entiende muy bien.

—No se pierde ni una palabra.

—¡Y qué comedia!

—¡Digo! estas son comedias.

—¡Qué manera de abrazarse!

—Con qué delicadeza, ¿eh?

—Costumbres italianas.

—¡Ca, hombre! Si la comedia es francesa.

—¡Qué ha de ser francesa!

—No hay duda. ¿No recuerda V. que á cada paso hablan de París, y dicen: «Parichi,—¡oh Parichi!?»

—Es verdad; tiene V. razón. Parichi en italiano.... justo.... como lo de *La Traviata (tararea)*: «Parichi: ¡oh cara! noi lasciaremmo la vita uniti!....» ¡Justo! no recordaba.... ¡Como tiene uno tantas lenguas en la cabeza!

—¡Claro! Estamos como en la torre de Babel.

—Pues, mire V., aquí se aprende mucho.

—¡Ya lo creo!

—Y es una buena escuela para los actores españoles.

—No hay más sino que como no entienden el italiano.... no aprecian....

—Se les debía obligar á que le aprendieran por principios.

—Sí, señor; pero entonces corríamos el riesgo de que se les olvidara el poco español que saben.

—¡Y esto no es tan inmoral como decían!

—¡Qué ha de ser! Ya ve V.: en *Fernanda* sale una casa de juego.... pero no hay petardos; y luego, al fin y al cabo, se casan.

—¿Quiénes?

—Pues ¡quiénes han de ser! *Pomerol* y *Fernanda*.

—Calle V., hombre: ¡qué atrocidad! Fernanda y el marqués.

*Un tercer interlocutor.*—Están Vds. en un error: quienes están casados en secreto son el marqués y Clotilde.

*Otro concurrente.*—Pero, ¡hombre! ¿Fernanda no era la mujer de Roqueville?

*Uno que no entiende italiano.*—Pues, señor, en esta comedia todos los personajes eran bígamos; ¡y luego dicen que el arte moraliza!

*
**

*Á la salida:*

—¡Papá, por Dios! Es la última vez que *te traigo* á ver á la Marini. Toda la fila te estaba mirando: ¡y si al menos no roncases!

—¡Qué quieres, hija mía! Yo siquiera roncaba en castellano. En cuanto á los cómicos, serán lo que tú quieras; pero maldito si les he entendido una palabra.

—¡Calla, por Dios; no digas eso!

—¡Pues si es verdad!

—Pues por eso no debes decirlo.

—¡Acabáramos!.... ¿Á que tú tampoco los entiendes?

—¿Yo? ni jota.

—Vamos, más vale así; porque se me figura que lo mejor que puede suceder es no entender lo que dicen. La diversión es cara; pero al menos es inocente.

—Había mucha gente, papá; y muy distinguida, y muy *chic*.

—Si el *chic* consistiese en venir al teatro á no entender lo que se dice, convengamos en que el *chic* tiene muy mal gusto; y si entendiendo estas comedias las aplaude, convenga-

mos en que para tener *chic* hay que prescindir de tener otras muchas cosas.

LA COMEDIA FRANCESA.

*En el paraíso:*

—¿Y quién es la Bernar?

—¿Ves allá abajo.... más abajo.... allá en el fondo, una cosa que parece un fantasma muy delgadito, vestido de blanco.... con un fósforo en la cabeza?.... Pues esa es la actriz francesa; el fósforo es un diamante que la ha regalado Víctor Hugo por lo bien que representó *La Traviata* en San Petersburgo. Vale ochocientos mil reales, y un inglés estuvo persiguiéndola dos años seguidos, sólo por verle.

—Le debería algún dinero.

—¡Calla, mujer! ¡si es más rica que Manzanedo!

—Pues entonces, ¿cómo la persiguen los ingleses?

—Pues ahí verás.... Caprichos.

***

*En las butacas:*

—¡Es admirable, admirable!

—Á mí me gustó más en *La Traviata.*

—Dirá V. en *La Dama de las Camelias.*

—Eso es; en la traducción de *La Traviata.*

—Pues este *Hernani* está también muy bien traducido al francés.

—Sí: no está mal; pero los trajes los podían haber traducido de otro modo. Lo que está lo mismo.... lo mismo que en la ópera, es el sepulcro de Carlo-Magno: yo lo reconocí en seguida.

—¿Á quién? ¿á Carlo-Magno?

—¡Vaya! ¡qué gracia! No soy tan vieja como todo eso.

—¿Y V. oye?

—Diré á V.: ¡algo!.... El médico me ha aconsejado, para esta sordera que padezco, que viniese á oir á Sarah Bernhardt tres noches seguidas.... como dicen que *pronuncia* con tanta perfección.... á ver si me educa el oído.

—¿Y qué tal?

—¡Ya ve V.! Como estamos aún.... mi hija y yo....—¡Paquita, no te duermas!....—en la

segunda representación.... no puedo todavía apreciar; pero me parece que en el último acto he de oir perfectamente la trompa de Silva; en la ópera siempre oía los tres toques....; no sé si ahora, como la tocarán en francés, me pasará lo mismo.

*
**

*En los pasillos:*

—Adiós, general.

—Marqués, buenas noches.

—¿La ha visto V.?

—La he adivinado.

—¿Y qué tal?

—Buenas preseas, y buenas ropas, y buen trapío.

—¿Sabe V. cuánto gana?

—¡Qué se yo!.... un caudal.... y cogerá las pagas á toca teja.... y sin descuento.

—¡Ah!; ¡pero qué manera de pronunciar!

—¡Canario! Mejor pronuncio yo, que llevo

pronunciados tres regimientos, y no cobro en un mes lo que esa niña cobra en una noche.

*
**

*En el pórtico:*

—Pues, amigo, á mí me han costado seis duros cada butaca.

—Á mí dos mil reales el palco.

—¡Es un robo!

—Sí; pero al fin y al cabo esto no se ve aquí muchas veces.

—¡Qué ha de verse!

—Ni habría quien pagara esos sueldos.

—Sí.... ¡Con los presupuestos de Camacho!

—No me diga V..... ¡Qué embrollo, qué confusión y qué impuestos tan exorbitantes!.... La sal.... el vino.... la industria....

—¡Y el tratado!

—Horrible. ¡Ponernos á los piés de los franceses!

—¡No proteger la industria nacional!

—¡Hacernos tributarios de los extranjeros!

—Y luego, señor, lo que yo digo: ¿no hay fábricas en España? ¿No hay productos manufacturados, que con un poco que se les ayudara podrían competir con los de Francia é Inglaterra?

—¡Claro está!.... Y, hablando de otra cosa, ¿sabe V. que á Valero le han despedido del teatro de la Comedia?

—¡Pobre viejo!

—Y Vico también ha tenido que cerrar el teatro de la Alhambra, porque no tenía gente; ¡pobre hombre!

—¡Nada! ¡Si aquí el teatro es una cosa perdida!

—Y V., ¿viene mañana?

—Sí; estoy abonado á diario.... ¡Esta mujer pronuncia el francés tan deliciosamente!.... Y V., ¿vendrá?

—Sí; también me he hecho reservar localidades para todas las noches.... Porque, amigo, la verdad: estos dramas franceses me entretienen más que los españoles.

15 de Abril 1882.

# EL TESTAMENTO DEL INDIANO

# EL TESTAMENTO DEL INDIANO

CUENTO INOCENTE

Más de un año después de la muerte del Indiano Juan Luís de la Barga, acaecida en su palacio de Lanchedo, no se hablaba de otra cosa en todo el valle de Tolientes, el más extenso y poblado de la Montaña, que del testamento en virtud del cual su sobrino y ahijado Antón Colindres (de los Colindres de Pámanes) había entrado al goce y disfrute de su cuantiosa herencia.

Pero no había duda: el testamento estaba en regla; y aunque ciertas cláusulas y detalles fueron repetidamente consultados por los parientes desheredados del difunto, en Entrambas-aguas, en Santander y hasta en Búrgos, tanto los letrados rurales como los metropoli-

tanos, convinieron (cosa que honraba sobremanera la previsión del testador difunto) en que todo ello estaba sujeto á derecho, y que, realmente, bajo aquellas condiciones, todas lícitas y viables, Antonio Colindres era el legítimo dueño del palacio y huerta de Lanchedo, de los trescientos cuarenta y nueve carros de tierra, que tanto en maizales como en piezas sueltas y prados *cerrados sobre sí* le rodeaban, de la participación comanditaria por valor de medio millón de reales en las ferrerías de Bárcenas, de cuatrocientos mil más en préstamos hipotecarios y aparcerías, y de otras pertenencias, derechos y créditos que más al pormenor se detallaban en los inventarios de la testamentaría, y que hacían subir la hacienda relicta á la respetable, redonda y suculenta cifra de dos millones.

## I.

Á nadie, sin embargo, admiraba que Juan Luís de la Barga hubiera nombrado por su heredero á Antón Colindres, hijo de una

prima carnal suya; pues aunque el Indiano tenía parientes más próximos, y el boticario de Lanchedo, el médico de Bárcenas y el escribano de Tolientes asegurasen que repetidas veces le oyeron ponderar (copiamos las palabras de la declaración jurada con que estos personajes acompañaron la consulta escrita de los parientes desheredados) «*el fino afecto nacido de la fuerza de la sangre con que le tiraban todos los parientes de su línea paterna,*» el caso de un Indiano que proporciona á sus parientes de cualquier línea un desengaño de este género, no es raro ni en Tolientes ni en ningún otro valle de los infinitos en que se espacía y ensancha el sistema orográfico de nuestra accidentada Península.

Lo que daba pábulo á conversaciones y comentarios no era el hecho material de la institución de heredero que elevaba á Colindres el de Pámanes al rango de señorón acaudalado, caso para el que todo Montañés se encuentra siempre apercibido, sino las circunstancias y condiciones bajo las cuales había aceptado la herencia del Indiano.

Decíase de público que Antón Colindres había sabido captarse las simpatías de su tío por complacencias y acomodos con sus ideas y opiniones, más exageradas aún en sus labios juveniles que en los ya marchitos del avinagrado y enfermizo vejete que se las inspiraba.

Agregábase á esto que tío y sobrino, enamorados de sus millones, habían asegurado repetidas veces que todo se alcanza con dinero, y hecho juramento de parapetarse detrás de aquellas cifras respetables para disparar á mansalva contra las ideas y los afectos de la generalidad de los mortales; y áun se añadía que mutuamente habíanse jurado no hacer en su vida otras cosas que las que se encierran en el estrecho círculo de estas tres palabras, que formaban, digámoslo así, su credo filosófico, teológico y político:

«Vivir, tener y gozar.»

El pobre Indiano, que había pasado las tres cuartas partes de su vida afanándose por realizar la segunda de estas aspiraciones, consagró la que le quedaba á lograr la tercera; pero alcanzóle la muerte sin haber podido

conseguirlo, y deseando mejor suerte para su sobrino, que ya no tenía que ocuparse más que de la última cláusula del programa, dictó desde su lecho de muerte los preceptos, á su parecer, necesarios para que aquel montón de pesos duros fuesen para su heredero manantial de goces no turbados ni revueltos con lo que él llamaba *miserias de la vida.*

## II.

Pero un hombre como la Barga, que no vió nunca ni quiso ver en el mundo más que el lado práctico de las cosas, no era capaz de dejar las suyas á medio hacer, ni fiar á las palabras ó á las promesas (clasificadas también por él entre las miserias humanas) el cumplimiento ejecutivo y apremiante, como una letra á la vista, de su voluntad de cal y canto; y su testamento, hábilmente combinado, especie de contrato bilateral entre un muerto y un vivo, dejó, por una serie de cláusulas y condiciones, á falta de las cuales pasaba la herencia á otro heredero, fiscal celoso é

interesado de su cumplimiento, completamente atada la voluntad de Antón Colindres al programa fatal de su existencia.

Empezando por el caudal, Antón Colindres no podía ni alterar su distribución, ni disponer de otra cosa que de su renta. El 1.º de Enero de cada año recibiría cinco mil duros, y hasta el 1.º de Enero del siguiente, bajo ningún pretexto ni motivo, tenía derecho á reclamar ni una peseta.

Nadie le pediría cuentas del empleo de esta renta, siempre que la emplease exclusivamente en su persona, y le bastara para sus necesidades y placeres. Una limosna que excediera de cien reales, una deuda no saldada dentro del año que pasara de quinientos, la solicitud de un empleo, el desempeño de una función pública, un tráfico cualquiera ó el ejercicio de cualquier industria ó profesión, le incapacitaban para percibir esa renta que el previsor la Barga le había concedido con el exclusivo objeto de que *goţase de ella.*

Obedeciendo á idénticos motivos, otra cláusula del testamento le privaba de la herencia

el día que contrajese matrimonio; y fué cosa curiosa, al decir de sus enemigos, ver la cara que puso Antón Colindres al leer esta prohibición establecida por el testamento de su tío.

Era Antón hombre positivista (dudamos mucho de que en el Diccionario de Tolientes se conociera esta palabra; pero, en fin, ello es que Antón era positivista), y como tal creía que lo único positivo que hay en el mundo son las buenas rentas, las buenas tajadas y los buenos ratos.

Del ejemplo de sus parientes y convecinos, afligidos, cuál más, cuál menos, de las flaquezas y penalidades á la humana especie comunes, y que se presentaban, al uno bajo la forma de una mujer injusta, ó por lo menos caprichosa, asediaban al otro con el auxilio de una bandada de chiquillos gritones, destemplados ó enfermizos, dibujábanse á éste en el anguloso espectro de una suegra dominante, y á aquel en el fruncido entrecejo de un padre tiránico, había deducido la consecuencia de que el hombre que entrega á otros su voluntad no merece tenerla, y que

casarse y condenarse á un purgatorio en vida, equivale á la misma cosa; y, por tanto, de esta y de las demás condiciones del testamento de la Barga, que cuadraban todas perfectamente con su especial manera de considerar el mundo y apreciar los hombres, se le daba un ardite.

Era habitual frase en sus labios, ásperos y groseros como sus pensamientos, esta, que no responderemos no hubiese leído en el *Bertoldo*, su libro favorito, ó en *El Tío Conejo*, periódico de su especial predilección:

«Si tengo dinero, me reiré de todo el mundo.»

Antón Colindres entró, pues, en la vida, dispuesto á reirse de todo el mundo, ostentando á los concupiscentes ojos de la multitud el dinero de su tío el Indiano.

## III.

No ocuparse de nada; no pensar en nada; no imaginar ni intentar nada; no hacer feliz á nadie; no interesarse por ningún objeto; no

aspirar á ningún ideal; no asociarse á ninguna idea; no compartir con viviente alguno el lote de ventura ó de pena que á cada cuál le cabe: ser solo, vivir libre y tener, no ya el derecho, sino la precisa obligación de ser completamente egoista: ¿es esto ser completamente feliz, tan feliz como cualquiera puede serlo en la tierra?

Tal fué el problema de la vida de Antón Colindres, problema planteado en el testamento de la Barga, y que él tenía que resolver con datos irrefragables é indiscutibles.

Libre, feliz y egoista, vivió nuestro hombre unos cuantos años, si la felicidad consiste en satisfacer el cuerpo, acallar el alma y ahogar los gritos de la conciencia. Fué en su niñez y en los primeros tiempos de su juventud hombre necesitado y pobrísimo, y bastóle desatar un punto los nudos de la repleta bolsa de su tío, para creerse por algunos meses hombre opulentísimo, é hízose la ilusión de que esto le bastaba para ser dichoso.

Paseaba á caballo, mientras el mayor pudiente de Lanchedo iba á pié; comía y triun-

faba en su casa-palacio, gozándose de la penuria de sus convecinos; y de sus viajes frecuentes á Santander, á Valladolid, á Bilbao y á la corte, traía, ya que no el corazón, la cabeza, henchida de la necia vanidad de ciertos triunfos que, en sus conversaciones de sobremesa con el médico y el escribano, cuidaba de enaltecer ó sublimar, como debidos exclusivamente á la excelencia de sus prendas.

Cauto, como todo egoista, y avaro, como verdadero advenedizo, ni adquirió amistades peligrosas, ni comprometió sus ahorros en empresas aventuradas.

Vivir, tener, gozar, iba siendo, punto por punto, la letra y el espíritu de su programa. Si la Barga, después de muerto, veía á su sobrino en la tierra, cosa de que uno y otro no estaban muy seguros en vida, debía indudablemente estar satisfecho de su heredero.

## IV.

Pasáronse así algunos años; la gente, que á todo se acostumbra, se acostumbró á ver

á un hombre que no era como los demás; y aunque continuó mirándole con la singular indiferencia que guarda el mundo para los que ocupan situaciones excepcionales, ahorróle, por lo menos, el entretenimiento de su antipatía, demostrándole tranquila y cortésmente la frialdad de su desprecio.

En Lanchedo, en las vecinas aldeas y en todo el valle de Tolientes, se hablaba del Indiano del palacio (habíanle conservado las gentes, como una especie de galantería, el dictado vitalicio, que en rigor sólo correspondía á su tío) como de una curiosidad, hasta cierto punto inofensiva; como de un ente raro, de que hasta cierto punto se honraba la comarca. Un hombre, en fin, que, aunque quisiera, no podía hacer bien ni mal á nadie; que tenía, de orden superior, limadas las garras de sus pasiones y completamente implumes las alas de sus virtudes; un impotente, un tullido de espíritu, que disfrutaba, sin embargo, de un rozagante cuerpo, de una fisonomía rubicunda y de dos anchas y membrudas manos, que eternamente protestaban, en su exuberante

robustez, contra la forzada inacción á que se veían condenadas.

No sabemos si al cabo de ese tiempo él, con su pingüe renta, *seguiría riéndose del mundo;* pero es lo cierto que el mundo le pagaba con creces riéndose de él á carcajadas.

Los intereses de localidad, tan poderosos en las aldeas; los pleitos y disturbios de familia, que interesan y conmueven los corazones; la pasión política, que á unos arrastra y á otros ennoblece, pasaban por delante de la puerta del palacio de Lanchedo, sin rozar siquiera el aldabón de bronce, primorosamente frotado y pulcramente lustroso, que descansaba sobre las hojas de aquella puerta inexorable.

Pasaban las situaciones, se cambiaban las influencias; un vecino era alcalde, otro juez municipal, este diputado provincial, aquel secretario del ayuntamiento. Antón Colindres continuaba siendo «el Indiano del palacio,» ó, lo que es igual, Antón Colindres, ó, si se quiere, NADA.

Un amigo se enriquecía en un negocio; otro iba á América ó á Andalucía á probar

fortuna. Antón Colindres, que ya la tenía hecha, no se movía ni podía moverse de su palacio.

Por fin, las familias mudaban y variaban de forma: el pudiente de Lanchedo se casaba con la hija del boticario; el hijo del escribano con la hermana menor del pudiente; la que ayer, muchachuela inconsiderada, apedreaba las camuesas de la huerta del palacio, al poco tiempo (á Colindres se le figuraba que á los pocos días) pasaba insolentemente á su vista al lado de su esposo, llevando en brazos á un chiquillo colorado y frescote, con el que se reía con tan alegres carcajadas, que resonaban en el corazón de Colindres como sangrienta burla.

## V.

¿Qué pasó por el alma del heredero del Indiano en aquella serie de años en que vivió, por decirlo así, sofocada por su cuerpo? ¿Se rebeló contra el destino que la tenía como en estrecha cárcel sujeta, sin permitirla ni un aliento, ni una aspiración hacia el infinito, que en Lanchedo, como en cualquier otra

parte, atrae los espíritus, y los llama y conforta con voces celestiales y armoniosas?

¿Comprendió la vanidad de su egoismo, la necedad de las precauciones del testamento, la inutilidad de sus riquezas, lo estéril de su vida?

No lo sabemos; pero es lo cierto que Antón Colindres, ó, lo que es lo mismo, el conjunto de carne, sangre y músculos vulgarmente conocido con ese nombre, no había ganado gran cosa con la supresión de las facultades y potencias que sabiamente y en su obsequio le borró de una plumada el indiscreto Indiano.

Flaco, macilento, gruñón, envejecido y enfermizo, vagaba solo, aunque bien comido, por su huerta, por sus prados y por sus heredades, que apenas eran suyas; casi no salía del pueblo, con nadie hablaba, y las madres y las abuelas (bien pobres y harapientas) que cuidaban de los niños á las puertas de las casas, los ocultaban en su regazo ó los entraban adentro, según eran de terribles y amenazadoras las miradas con que Antón parecía devorarles.

De pronto una novedad singular observóse en sus costumbres. Él, que, aunque de cris-

tianos padres nacido, apenas cumplía, ó no cumplía de ninguna manera, con los preceptos de la Iglesia, comenzó á cumplirlos con asiduidad fervorosa.

Un día sorprendió al pueblo dando una limosna no despreciable para los pobres del valle.

—Mira que no puedes hacer eso, le dijo el co-heredero fideicomisario encargado por el Indiano de vigilar sus actos.

—Ya lo sé, le respondió bruscamente, y por eso que no puedo, quiero hacerlo, y lo haré.

—Pase por esta vez; pero si intentas otra, no te la perdono.

—Y me será igual que me la perdones ó que no: conque haz lo que quieras.

## VI.

Otro día corrió por el valle una noticia inverosímil. Antón Colindres se casaba.

Algunos dudaron; pero bien pronto la noticia adquirió todos los visos de certidumbre.

Antón Colindres se presentó una mañana pobremente vestido al coheredero, y le dijo:

—Sabrás que me caso: y como ya sé que esto me deshereda, según la voluntad de mi tío, tuya es la herencia, y buen provecho te haga.

—¡Qué! ¿te casas? ¿Pero por qué? ¿Con quién?

—Con quien me quiere pobre: con quien á mí no me importa vivir pobre, porque me he cansado de ser rico; porque el ser rico es ser infeliz; porque he vivido diez años en el infierno, y porque quiero probar si es verdad lo que dice el cura y lo que dijeron los PP. Misioneros de las Bárcenas, de que «es más difícil la felicidad en las riquezas que en la medianía.»

—Pero es que tú no te quedarás en la medianía; te quedarás pobre.

—¿Y estas manos? exclamó Colindres, mirando por primera vez en diez años con justificado orgullo aquellas robustas manoplas, que eran verdaderamente un capital.

—Pero, hombre, ¿y tu cuerpo?

—Pero, hombre, ¿y mi alma?

—¿Conque estás decidido?

—Á cavar, á acarrear piedra, á pedir limosna, mejor que á vivir como he vivido.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues dame un abrazo, dijo el coheredero, abrazándole con verdadera efusión. Hoy es el mejor día de mi vida.

—¡Ya, ya! ¡Lo dices porque te hago rico! exclamó Colindres, con un gesto de su pasada condición. Pues no sabes tú lo que te espera, añadió con acento más natural y cariñoso.

—No es eso, hombre; no seas bárbaro: la herencia es tuya ahora, pero tuya de verdad, para que hagas de ella lo que te dé la gana y para que vivas como se te antoje.

—¡Quiá! ¡Si conoceré yo á mi tío! exclamó sin pizca de aprensión y sin sombra ninguna de duda el arrepentido Colindres.

—Lo que te digo, Antón; mira, aquí tienes la memoria testamentaria, mejor dicho, el verdadero testamento (añadió enseñándole el documento), que dice, en sustancia, lo siguiente:

«Mis bienes pasarán libres de su condición de usufructuarios y de cualquier otra que impida á mi sobrino Antonio Colindres disponer libremente de ellos, el día en que éste renun-

cie á la herencia que le dejé en mi testamento.»

—¡Nunca lo hubiera creído! exclamó tranquilamente el heredero.

—¿Qué sabes tú, majadero; qué sabes tú, si tu pobrecito tío, después de hacer su primer testamento, habló con el señor cura, ó si oyó hablar á los PP. Misioneros de Bárcenas? Y si alguna duda tienes, mira esta carta, que escribió para tí, y me encargó que te entregara el día de tu arrepentimiento.

.....

Abrió la carta, no sin emoción, el arrepentido heredero, y apenas pasó por ella la vista, cayó de rodillas y rompió á llorar como un niño, elevando los ojos al cielo.

De la firme y valiente letra del difunto Indiano había en ella tres renglones, que decían lo siguiente:

«Antón: cuando leas esta te habrás ya convencido de que vivir es amar, tener es poder, y gozar es creer.»

Madrid 5 de Enero de 1879.

# LA PIEDAD CORRIENTE

# LO NUEVO

No he salido de Madrid esta Semana Santa; viajar esos días, si no por desacato, lo hubiera tenido por vanidad de sentimiento ó imaginación ambiciosa. No me parece la que ha pasado época de *ver*, sino de *sentir*, y mal se siente entre el movimiento de un viaje y entre la agitación de una caravana de viajeros. No es una imaginación distraída por objetos nuevos lo que necesita un corazón que quiere abrirse á tiernas emociones; más le conmueven los sitios que conoce, más simpatías despiertan en él los signos exteriores que hablaron á su corazón de niño,

que es el alma pequeña para abrazar en su amor muchas leguas, y la religión, como el amor mundano, se mantiene mas viva al dulce calor de los recuerdos.

Pero ¡qué remedio, si la época es agitada, inquieta y bulliciosa! ¡Qué remedio, si sentimientos, ideas y creencias necesitan para vivir una renovación continua; si la imaginación, insaciable en sus conquistas, estrecha poco á poco las fronteras del alma, y en donde antes vivía libre y confiado el amor irreflexivo y tierno, hoy sólo se guarda sitio para la admiración, agitada siempre y nunca satisfecha!

*
**

La grandeza de las cosas pequeñas no habla ya al corazón de esta raza de hombres medianos; la cariñosa voz de los recuerdos es débil eco que se estrella ante una generación devorada de deseos.

*Creer es amar*, decían los santos místicos que más cerca de Dios se elevaron por el vuelo de sus puras almas.

*Admirar es amar*, dicen los modernos Ícaros que revolotean sobre el mundo, menos por deseo del cielo que por desprecio hacia la tierra que ellos mismos secaron con la semilla de la indiferencia y del orgullo.

> Por admirar y amar diera mi vida;
> Para admirar y amar no encuentro nada,

dice una poetisa española y católica.

> Brise cette voute profonde
> Qui couvre la creation,
> Soulève les voiles du monde
> Et montre-toi, Dieu juste et bon,

exclama Musset, pobre alma que aspiraba al bien y la verdad suprema, en el lenguaje que debieron hablar los ángeles caídos, y hasta el vano orgullo de un retórico alemán, rompiendo con profana mano los lazos de toda religión positiva, y hasta de todo Dios personal, se atreve á pronunciar esta incomprensible blasfemia: «Lo que se dice de Dios no me

satisface; lo que está fuera de Dios es mi gloria y mi ley.»

Y véase cómo se confunden en una misma aspiración tres almas modernas, que se encuentran por cierto á diferente distancia de la verdad, adorándola una, pidiendo adorarla otra, rebelándose la última contra todo testimonio de vasallaje; pero pidiendo todas milagro, ofreciéndose las tres al amor divino y al transporte místico tan pronto como sientan caer sobre sus frentes marchitas las lenguas de fuego que necesitan para conmoverse.

*
**

Admirar es amar; de esta orgullosa pretensión del espíritu moderno nace esta otra afirmación no menos peregrina: ver es sentir.

Toman los más por latido de su gastado corazón el pasajero trasporte de una imaginación fácilmente excitable; quien no se conmueve con las suaves melodías de Bellini, pide á

Wagner los ecos más terribles de sus motines musicales; quien pasa dormido ó indiferente ante las bellezas de Somosierra ó Guadarrama, cree sentirse dominado por poesía extraña en los ventisqueros de los Alpes; el sonido de la zampoña del casero vizcaino no distrae la atención del bañista que lee LA ÉPOCA á la sombra de seculares árboles; es preciso que conceda á su alma el lujo de un viaje á Suiza, para que pueda contar en el Casino, en el Veloz Club, ó en el Círculo que una vez se sintió conmovido por el eco penetrante de la música, repetido por las montañas.

Los que no tienen alma, continúan creyendo en los nervios.

*Admirar, ver:* á estas dos sensaciones van poco á poco reduciéndose los afectos que antes confortaban al hombre desde la cuna al sepulcro; y si este tránsito penoso se ha hecho hasta ahora con el auxilio de esos piadosos guías que, estacionándose de parada en parada, templaban la irreflexion del niño con el amor del padre, el fuego de la edad viril con el amor de la esposa, y el desaliento de la vejez con el amor

del hijo, de tal modo van ordenándose las cosas, y á tal extremo va llevándose la independencia del individuo, que acaso muy pronto se juzgue suficiente viático para camino tan escabroso un almanaque de la *Vie parisienne* y una *Guía del viajero* en las cuatro partes del mundo.

*
* *

Sucede, sin embargo, que lo nuevo se agota; que la vista se cansa pronto, y que todos los espectáculos que sólo hablan á los sentidos, pierden en pocos años la fuerza que les presta su aparición imprevista.

Cierto que de vez en cuando las fuerzas permanentes de la vida, los instintos malos ó buenos del hombre (generalmente los malos), como si trataran de adular la curiosidad de sus semejantes, ofrecen á la imaginación escenas tan *frescas* de novedad como las que ensangrentaron el campo de Pantin, ó la sala

del infeliz paralítico del faubourg Saint-Honoré; pero hasta los crímenes se copian, y la novedad va poco á poco desapareciendo de la tierra.

Queda la extravagancia en ideas, en afectos y en pasiones; queda la corrupción del gusto en artes y ciencias, que aún puede ofrecer alguna cosa nueva, á pesar de los esfuerzos de esos *commis-voyageurs* de novedades literarias, que hoy se llaman poetas y escritores dramáticos; pero todo tiene un término; todo lo que se ve concluye; es una contrariedad, pero ¡qué le hemos de hacer!: todo se concluye.... ¡hasta la historia de Rocambole!

Pronto estaremos al corriente de todos los secretos, de los de *M. Auguste,* de los de *La Comtesse de Chalis*, de los de *Mlle. ma Femme;* pronto habremos devorado todas las extravagancias con que el arte se prostituye á la industria...., los estribos que se moldean para zarcillos, las Venus que se esculpen para palmatorias, las sillas de montar que se vacían en cobre para tinteros, y las telas en que se dibujan sombrillas, y los sombreros en que

se colocan lagartos, y las cadenas que figuran frenos y baticolas: ¿qué haremos entonces? ¿Qué haremos ¡Dios mío! el día en que lo *nuevo* haya desaparecido de la tierra?

Yo, por mi parte, ya tengo tomado mi partido: resignarme con las cosas viejas.

Resta saber si Dios perdonará á las cosas viejas el camino que han dejado tomar á las nuevas.

Marzo de 1870.

# EL AYUNO Y LA ANEMIA

CADA sociedad y cada época adolecen por moda, más que por influencia maléfica, por infección ó por contagio, de una enfermedad distinta.

Hemos conocido á nuestros abuelos morirse de pura robustez. Apenas si se conocían más enfermedades que las producidas por exceso de vida.

Eran de moda entonces conversaciones por este estilo:

—¿Á dónde bueno, D. Basilio?

—¡No me hable V., Sr. D. Maximiano! Con esta sequía, y la primavera que se nos ha ve-

nido encima de sopetón, tengo toda la sangre alborotada.

—Y yo lo mismo; esta robustez me vuelve loco. ¡Hola! ¡y gracias que me he hecho una sangría!

—¿Una nada más? Yo, ya se sabe, á la primavera y al otoño, mis dos sangrías no hay quien me las quite, una en cada brazo, para nivelar la sangre; pero este año, como apretaba la cosa, me he puesto además un golpe de sanguijuelas.

—¡La sangre! ¡Es mucho cuento!

—¡Oh, la sangre!

*
**

Y se separaban los dos amigos, convencido cada uno de que le sobraban por lo menos las nueve décimas partes de la que tenía.

Era una época sangrienta. El estado de sangrador producía mayores rendimientos que el de consejero de Castilla ; era en las casas

ocasión de regocijo ver á un niño echando sangre por las narices; las sanguijuelas estaban colocadas en la categoría de animales domésticos; había sanguijueleros de cámara, de casa y boca y de familia, y á nadie se le hubiera ocurrido llamar á las quintas contribución de sangre.

Se sangraban las gentes, no sólo en los otoños y primaveras, sino en cualquier ocasión y con cualquier motivo en que, racionalmente pensando, pudieran temer alteraciones en su organismo, ó sobresaltos de su espíritu.

Se sangraban al emprender un viaje y al terminarle; al darse un golpe, al pegar á un vecino una paliza, cuando les caía la lotería, cuando se casaban, y cuando se moría algún amigo íntimo.

Tales costumbres se conservan todavía en algunos pueblos, donde suelen oirse respuestas como la siguiente:

—¿De qué se ha muerto el tío Roque?

—¡Pues, hija! ¿de qué había de morirse sino de *rebustez*?

Y donde es costumbre que las familias se

conduelan profundamente de que sus individuos se hayan ido al otro mundo sin el auxilio de una buena sangría.

—¡Ay! ¡Si le hubieran sangrado á tiempo! era la expresión consagrada por el uso á la divinidad terapéutica de aquella edad en que, á pesar de las repetidas guerras, de las hambres y de las pestes, la sangre ahogaba literalmente á la humanidad apoplética.

*
**

No hay para qué decir si en aquella época se usaba la dieta, y si el ayuno, dieta piadosa y ordenada, era observado con rigor.

Cualquier familia ayunaba dos veces á la semana, y se consideraba como un mal cristiano, y además como un hombre imprevisor, imprudente, y casi suicida, al que no guardase abstinencia por lo menos los sábados.

Reinaba casi en absoluto en las comidas, y no reinaba en los almuerzos porque el almuerzo no era conocido de nuestros abuelos,

el régimen vegetal, y las ensaladas jugaban el principal papel en aquellas frugales cenas que reunían en torno de la mesa, á las diez de la noche en invierno, y á las once en verano, á todas las familias cristianas.

¿En qué consistía? No lo sé; pero es el hecho que este régimen alargaba la vida hasta un límite que hoy, por desgracia, no alcanzamos; que nuestros abuelos y bisabuelos, pintados por Goya, por López y por Esquivel, se nos presentan á la vista con frescos y lozanísimos colores, con entonación vigorosa, que no hay que atribuir á la adulación del pincel de aquellos renombrados y poco aduladores artistas; es el hecho que sin baños rusos, sin carne cruda, sin tónicos, sin reconstituyentes, sin *sport*, y áun sin gimnasia, gozaban aquellos señores de una salud envidiable y de un desarrollo muscular algo más que mediano.

*
**

¿Qué ha sucedido en la generación presente para que las enfermedades hayan variado de

asiento, y lo que antes sobraba hasta en los ancianos, ande hoy tan escasa y pobremente repartido, áun en los individuos de edad juvenil, ó de temperamento, al parecer, más robusto?

No lo sé tampoco. Pero al grito de una generación que se asfixiaba por exceso de sangre, sucede el lamento de una sociedad que se extingue por falta de vida.

Hoy no se sangra más que á los ríos, y el oficio de sangrador ha quedado, ó poco menos, al nivel del de verdugo, del de secuestrador, ó del de comisionado de apremio.

Todo el mundo está descolorido, vagaroso, intercadente.... anémico. Los niños y los viejos, los hombres y las mujeres, los flacos y los gordos.

¡Los gordos, sobre todo! Guárdese nadie en público de decir de una persona obesa que debe gozar de excelente salud.

—Al contrario, pobrecillo; ¡si viera V. cuánto sufre!—os responderán invariablemente.—¡Está muy débil!

—¡Cómo! ¿Con aquellas carnes tan hermosas?

—Precisamente.... Debilidad, pura debilidad.

—¿Y le medicinan?

—¡Higiene, pura higiene: baños fríos, duchas.... y hierro, mucho hierro. .. y carne cruda.... mucha carne cruda!

*
**

Esta enfermedad es ahora la de moda.

Todo es anemia: los constipados, las anginas, la hidropesía y los dolores de muelas.

Los jóvenes salen reprobados en los exámenes por padecer de anemia, y hay ministro que con la anemia disculpa sus disparates administrativos ó sus descalabros parlamentarios.

La gente anémica, eso sí, no se impone, para curarse, tantas privaciones como nuestros abuelos; pero, no hay que darle vueltas, la humanidad está muy grave.

Esta sociedad que asiste desaforadamente á bailes, á paseos y á teatros; estas señoritas y

estos jóvenes que cazan, patinan, juegan al crokett, bailan cotillones y acosan vacas ó becerros, están malos, muy malos; sólo que como su enfermedad consiste en la falta de vida, toman la vida ávidamente, como quien se toma una medicina.... como sus abuelos tomaban el crémor ó la canchalagua.

Están enfermos, muy enfermos; tanto, que sólo á fuerza de comidas, de *lunchs* y de meriendas pueden ir tirando.

La enfermedad es grave, no hay que dudarlo; pero el remedio en cambio no puede ser más agradable.

Se queja la gente; y las recetas de los médicos, más que recetas, son aguinaldos.

Hace ochenta años, así que se quejaba un hombre, venía un médico, y con adusto acento exclamaba:—¡Que le sangren!

Hoy se queja el paciente, y el moderno doctor se acerca sonriendo á su butaca, y dice compasivo:—¡Que se divierta!

*
* *

Júzguese de lo que será en nuestra época el ayuno.

No se trata ya de una modificación del régimen alimenticio, sino de una variación *sustancial* en su índole misma.

¿Cómo ha de acostumbrarse á las acelgas el que, á causa de su salud amenazada, acostumbra á devorar diariamente libra y media de solomillo?

—¡Qué legumbres, por variado que sea su condimento, bastan á satisfacer el apetito desfallecido del *gentlemen* que acaba de salir del baño, de la *lady* que acaba de llegar del baile, del hombre político que ha hablado tres horas seguidas en el Congreso!

No: la Cuaresma, poco observada ya en las costumbres, llegará á proscribirse por la medicina.

—Antes no tenía más que un enemigo conocido: la gula.

Ahora ese enemigo se disfraza tras de este otro nombre: LA ANEMIA.

28 de Febrero de 1882.

# LA MUJER Y EL MARIDO

El espectáculo que ofrece Madrid en estos días de la Santa Cuaresma es ciertamente consolador para todo corazón cristiano.

Los templos llenos de una piadosa concurrencia; los confesonarios cercados de penitentes arrepentidos; el Santo Sacramento de cielos y tierra reverentemente adorado en el sagrado ministerio de la Eucaristía, recuerdan todavía la antigua capital de un reino católico. Un aroma, por decirlo así, cristiano llena el ambiente y hace más respirable, menos asfixiante el aire cortesano. Tórnanse compasivos los corazones más duros, las cuerdas del enternecimiento vibran más blanda-

mente al menor impulso; el viento de la caridad llega hasta la conciencia del avaro; el perfume de la piedad penetra hasta en el alma del incrédulo.

Son hermosos estos días de la Cuaresma. La Iglesia nuestra Madre llama cariñosa á sus hijos para que rodeen el Tabernáculo, hogar sacrosanto de la inmensa familia cristiana, y, allí agrupados, conforta á los unos en su desfallecida fe, anima á los otros en sus buenas obras, perdona y bendice á todos.

En el movimiento cortesano, en el torbellino del gran mundo, en la atareada confusión de la política y del agiotaje, labran también estos santos días saludable huella.

Pero.... ¿es hoy la Cuaresma lo que debía ser? ¿Es siquiera lo que ha sido no hace muchos años? ¿Da este espectáculo consolador y piadoso ni áun idea remota de lo que deben ser, de lo que significan estos días? ¡UN PUEBLO ENTERO HACIENDO PENITENCIA POR SUS CULPAS!

*
**

No: la Revolución filosófica y social, representada en Europa desde hace mucho tiempo en repúblicas y monarquías por el Dios-Estado, ha ido poco á poco quebrantando ese vínculo misterioso con que solamente la unidad de la fe puede atar á los pueblos. Hay hoy católicos, muchos, excelentes católicos, católicos más fervientes, si se quiere, que los antiguos; pero ya no hay pueblos católicos, como apenas hay pueblos cristianos.

Una misma campana no llama hoy á la misma hora á todos los fieles á la misma iglesia. El Dios de los favores y el Dios de los castigos no es el mismo para todo un pueblo, y no hay tierra, ni imperio, ni república en que los súbditos sean hermanos. El progreso les ha convertido en asociados.

Y consecuencia forzosa de este progreso es este otro:

Que siendo la asociación, y no la fe, la que une á los pueblos, éstos no se conmuevan por afectos, sino que obren tan sólo á impulso de intereses.

*
**

Así vemos coexistir en estos días de Cuaresma, con la piedad individual del católico pueblo de Madrid, el indiferentismo anticristiano de la capital de un Estado libre-cultista; junto á los templos los salones de baile, y codeándose con la gente que asiste á la novena de las Calatravas, la gente que acude al teatro de Apolo.

Áun en el interior de las familias, ni el dulce calor del hogar doméstico, ni la investigadora mirada de un tierno niño, ávida de luz y de verdad para su inteligencia, puede á veces fundir en una sola aspiración ese hielo maldito de los intereses que separa lo que Dios ha unido con su poder divino.

La *señora*, puede ser piadosa: ¿quién sabe si el *señor* tiene interés en ser indiferente? El esposo puede consentir en que su mujer vaya á la iglesia, y los hay tan prudentes y tan tolerantes, que hasta aplauden y ponderan el fervor religioso de sus esposas; déjenles ellas, en cambio, pasar la tarde en el Casino, en el salón de conferencias ó en los estudios libres de Moret, Figuerola y compañía.

*
**

La oración, la penitencia, el ayuno, todos los obsequios que á la Divinidad se tributan en estos días, son buenos, todo lo más, para los corazones femeninos, dicen ó piensan los indiferentes tolerantes. Bueno, piadoso y hasta elegante es que mi mujer asista á las misiones y gane el jubileo, añaden sonriendo con estúpida sonrisa; pero eso no me obliga á mí á darme todas las tardes golpes de pecho.

Ciertamente que no, señores míos; ciertamente que no, orondos y sabiondos pensadores; pero decidnos: ¿qué significa entonces vuestra sorpresa cuando vuestras mujeres, aplicando á sí propias la peregrina teoría de «la piedad á ciertas horas» y de «la religión á cencerros tapados,» cansadas de pediros que las acompañéis á la novena, os ruegan que las llevéis al baile, y os citan á la salida de las Calatravas para ir desde allí, aunque sea un viernes de Cuaresma, á presenciar la vigésima representación de *Cómo empieza y cómo acaba?*

Si siquiera las persiguierais en su piedad, ó las combatierais en sus creencias; si, siendo malos, fueseis además lógicos, acaso, ¡qué digo

acaso! seguramente la virtud religiosa de la mujer, la entereza de los corazones femeniles se acrisolaría más al contacto de vuestra impiedad declarada; pero vuestro ejemplo, vuestra sonrisa entre tolerante y desdeñosa, vuestra helada indiferencia, que al mal como al bien pone la misma cara, ¿qué ha de hacer de ellas?

¡Cuántas veces las habéis acusado con estúpida burla de

*...faire avec le ciel des acommodements!*

Si no creéis en el cielo, ¿qué os importa? Si creéis en él, ¿por qué no procuráis ganarle al lado de vuestras esposas?

*
**

¡Son frívolas! decís. ¿Y qué frivolidad no es la vuestra, hombres superiores y eminentísimos, qué frivolidad tan criminal no es esa que os lleva á romper por burla la santa unidad del hogar doméstico, á arrancar jugando uno á uno todos los brotes, todos los tallos

de la mística azucena de la fe que una niña, una virgen, una santa trajo entre sus castos dedos á vuestra casa, contentándoos, cuando la véis ya deshojada y marchita, con quitaros hipócritamente el sombrero delante de ella y protestar de vuestro respeto hacia su aroma ya perdido?

¡Vuestro respeto!.... No es sino una frivolidad más esa pérfida y cortés ironía con que vuestra incredulidad, ó, mejor dicho, vuestra indiferencia, se acerca á las cosas santas. Ese respeto que, tributado á las cosas humanas, no sería más que una cobardía, es á los ojos del que ve la hueca vanidad de vuestros corazones una horrible blasfemia.

El Dios de los cristianos no necesita del excéptico homenaje de los impíos. Guardadle para los ídolos del mundo. Para el ministro á quien despreciáis adulándole; para el elector á quien protegéis, ocultando cuidadosamente de su vista la cadena de vuestro *remontoir* y vuestros candeleros de plata.

*
**

Hemos empezado complaciéndonos del espectáculo que Madrid presenta en estos días; pero es indudable que ese espectáculo, según por el lado que se le considere, ofrece, ó saludables consuelos, ó tristeza amarguísima á los corazones cristianos.

¿Es una aurora llena de esperanzas, es la aurora de la regeneración social de nuestra época en el bautismo de un Jordán nuevo, en la penitencia de pasadas culpas? ¡Benditos mil veces sean entonces los blandos y sonrosados celajes que descubren á trozos y velan misteriosamente el sol radiante de la fe cristiana, de la fé de las Catacumbas, de la fe de los Circos!

¿Es ¡ay! tal vez el triste crepúsculo de un sol que se oculta entre los negros nubarrones del escepticismo y de la duda? Tapémonos entonces los ojos; prosternémonos en tierra, y pidamos al Dios de las misericordias que nos conserve en su santo amor y no nos confunda con los impíos en su justa cólera.

*
**

Pero ¡bah! ¿qué somos nosotros ni qué valemos para aclarar estos misterios?

De todos los ángulos de la tierra, de todos los rincones de esta vieja Europa, salen, es verdad, voces lastimeras; pero también surgen himnos de inefable esperanza.

Quizás no está lejano el día en que esta hermosa tierra de Europa, tan querida de todo corazón cristiano, arroje, desde lo alto de sus sierras, á las turbulentas aguas de sus valles, los inmundos ropajes, las manchadas y sangrientas túnicas que, cual la famosa de Deyanira, han cubierto de lepra y de pústulas su tez inmaculada, encendiendo en su corazón el fuego criminal de todo linaje de vicios; y entonces, entonces, ¡la harpía espantable volverá á ser, por la misericordia divina, la casta y esforzada matrona á quien los siglos *bárbaros* (afrenta de los siglos *cultos)* pusieron el nombre expresivo y *católico* de ¡LA CRISTIANDAD!

*
**

¡Oh, sí! Volverá otra vez, ¡quién lo duda! volverá Europa á significar lo mismo y á ser lo mismo que LA CRISTIANDAD. El único problema que á los políticos debe preocuparnos es si tendrá ó no, para volver á serlo, que abrirse paso y destrozarse los piés por entre los escombros de la barbarie.

# EN FAMILIA

## I.

Yo soy católico; pero....

—Pero ¿qué?

—¡Nada! que hay en el Catolicismo ciertas prácticas, ciertas costumbres, con las cuales no acabo de familiarizarme, ni de....

—¿Es V. recien bautizado?

—¡Qué tontería, hombre! Á mí á católico no me gana nadie; pero ¡vamos á ver! ¿es de dogma, por ejemplo....—¡cuidado, que yo no falto al precepto! ¡sí, sí; buena es mi mujer para no obligarme á ayunar todos los viernes de Cuaresma y permitirme comer de carne el Jueves y Viernes Santo!....—pero cree V. que ganaría ni perdería nada la causa del Catoli-

cismo porque yo no ayunara ni comiera de vigilia en esos días?

—Ciertamente que el Catolicismo no perdería nada ; pero V. tampoco ganaría mucho, si además de faltar al precepto toda la Cuaresma....

—¿Cómo toda la Cuaresma? ¿Y quién es capaz de ayunar toda la Cuaresma?

—Hombre, todos los católicos que quieran cumplir con los mandamientos de la Iglesia.

—¡Bonito estómago tengo yo para almorzar cuarenta días seguidos pescado y huevos fritos!

—No, si no tenía V. que tomar pescado ni huevos fritos.

—¡Ah! ¿ Se puede ayunar almorzando chuletas?

—No, señor; no se puede almorzar sino legumbres ó verduras.

—¡Caracoles!

—No, ni caracoles tampoco.

—¡Pues le digo á V. que es imposible que nadie cumpla con esas exageradas abstinencias, que, después de todo, para nada sirven!....

¡Cuidado, que á mí á católico no me gana nadie!

—Le ganan á V. todos los que ayunan.

—¡Antiguallas!

—Más antigua es la cruz de Jesucristo, y á su sombra vive el mundo.

—Pero ¡hombre de Dios! le digo á V. que yo no tengo estómago para esas penitencias; que me desfallezco; que me lleno de histérico; que me....

—De manera que si no sufriera V. mortificación de ninguna especie, ayunaría.

—¡Claro está! ¡Mire V. si lo haré yo por terquedad! Yo no me rebelo contra el precepto.

—Sí, ya lo entiendo; contra lo que V. se rebela es contra el ayuno.

—Porque tengo un estómago muy débil.

—No, señor; lo que V. tiene débil es la conciencia.

## II.

—Muy de prisa iba V. la otra tarde por la plaza de Afligidos.

—¡Calle V.! ¡Domingo más aperreado que el que yo pasé anteayer! ¡Es tontería! Ponga V., además de todo lo que tiene uno que hacer esos días, el pié forzado de la Misa, y día perdido!

—¡Hombre! Eso de pié forzado, ¡ni que se tratara de ir á presidio!

—¡No! si es un decir.

—¡Ya lo veo!

—Pero, vamos á ver; figúrese V. que me levanto á una hora más que regular, á las diez...., que me parece....

—Las hay más regulares....; pero, en fin, siga V.

—Bien: me levanto, me lavo, etc., y.... tilín tilín.

—Llaman á Misa de once en el oratorio del Espíritu Santo, que tiene V. al lado de su casa.

—No, señor; llama á mi puerta el cajero del Banco de la Inocencia, de que, como V. sabe, soy interventor.

—¿Y por qué no echó V. con cajas destempladas al cajero de la Inocencia?

—¡Hombre! ¡Un compañero!.... ¡Y tratándose de una institución benéfica!

—Mire V., institución por institución, me parece que la de la Misa, en domingo, es la primera para un buen católico.

—Ya lo sabemos; figúrese V. si á mí á católico me gana nadie; pero....

—¿Pero qué? Va V. á explicarme que se quedó sin Misa.

—Á eso voy, hombre; á eso voy: no sea V. tan rigorista; pues, como iba diciendo, un rato de conversación, hacemos el balance, sacamos nuestras cuentas del mes; firmo unos cuantos recibos, y concluyo con el cajero.

—¡Pobre hombre!

—No sea V. pesado; voy á salir á escape á la Caja de Ahorros.

—¡Otra cajita!

—Sí, hombre, sí: ya sabe V. que todos los domingos consigno allí los fondos de la sección de huérfanos de aprendices de hojalateros y lampistas, de que soy tercer vicepresidente honorario.

—¡Adelante con los faroles! ¿Y qué le sucedió á V. al ir á llevar á la Caja de Ahorros los importantes caudales de los huérfanos de los

aprendices, tres ó cuatro pesetas á lo sumo, que lo mismo que en la Caja de Ahorros estarían en su bolsillo de V.?

—Bien, hombre, bien; pero las cosas hay que hacerlas con formalidad.

—Hay que hacer con formalidad las cosas formales; las demás no.

—¿Y no son formales los reglamentos de una sociedad....?

—Más formal es ir á Misa.

—Á eso voy.

—Hoy irá V. acaso; pero anteayer....

—Pues eso iba á explicar precisamente.

—No se canse V.: por explicado; ó mucho me engaño, ó cuando yo le vi el domingo en la plaza de Afligidos, iba V. al Buen Suceso.

—¡Justamente! Á Misa de dos.

—De tres, amigo mío, porque eran ya las tres menos cuarto.

—No ha querido V. oirme que mis atenciones, mis quehaceres, mis escritos, mis....

—¡Sí! Ya sé que es V. tesorero, y vicepresidente, y consiliario, y hermano mayor, y mayordomo de fábrica, y archicofrade, y ar-

chipámpano si me apura V. un poco, de las «Escuelas de la Inocencia,» del «Asilo de la Templanza,» del «Colegio de la Mansedumbre,» de la «Real y Primitiva Congregación de los tres clavos,» y de la «Inmemorial mayordomía de hermanos legos de la Doctrina cristiana;» pero no creí que fuese V. tan lego en los preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

—¡Amigo, la obligación es antes que la devoción!

—Justo y cabal; y como la primer obligación que en los días consagrados al Señor tiene un católico es la de honrarle....

—Mis obras....

—No le sirven á V. de maldita la cosa, si no las santifica.

—Soy católico; pero....

—Es V. católico como los abogados que se dan de baja en el Colegio.

—¡Señor mío!

—Lo que V. oye: es V. católico; pero no ejerce.

III.

—¿Y después del concierto?

—Á los toros.

—¿Y luego?

—Un ratito á paseo: una vuelta nada más, hasta llegar al Ángel caído.

—¡Angelito!

—La estatua aquella de bronce, á cuyo alrededor se están parados hora y media todos los coches de Madrid.

—Ya sé, ya sé; la escultura es hermosa; pero hora y media contemplando á un demonio poetizado....

—Contrastes del mundo.

—Ó afecciones de la carne.

—¡No sea V. rigorista! ¡El arte, el arte divino!

—Dejemos el arte, y dígame lo que piensa hacer después de los toros, y de la vueltecita por el Retiro.

—Pues los domingos ya sabe V. que como.... *en ville.*

—¿En dónde ha dicho V.?

—*En ville*, hombre, *en ville*.... ¡fuera de mi casa, en casa de la Cerroagudo!

—¡Vamos, lo que se decía en mis tiempos, que está V. de servilleta prendida!

—¡Qué locución tan cursi!

—Al contrario, muy expresiva; eso significaba que eran esos días tan extraordinarios, que para mayor compostura y pulcritud, se prendía con alfileres la servilleta.

—¡Vaya una ordinariez!

—Pues más ordinario es ponérsela, como ahora se pone, encima de las rodillas. Pero siga V. diciendo. Come V. con la Cerroagudo, y luego....

—Al teatro.

—¿Á la Ópera?

—No: á Variedades, con toda la tertulia de primera hora.

—¿De primera qué....?

—De primera hora. ¿También le choca á V. que llame primera hora de diez á doce de la noche?

—¡No! Chocarme, no; puede V. llamar las

horas como quiera, pero siempre serán las mismas: esto sí que no ha variado como lo de las servilletas. ¿Conque á Variedades, eh? Allí variarán mucho: cada noche una pieza, ó así....

—¡Ca, hombre! Hoy va la doscientas cincuenta y siete de *La Canción de la Lola.*

—¿Y la tertulia de primera hora la ha visto muchas veces?

—¡Figúrese V.! Pero lo de menos es la función.

—¿Pues qué es lo de más?

—El aspecto del teatro.

—¡Si es un teatrucho más antiguo....!

—¡No es eso!; es la concurrencia.

—¡Ya! Gente notable; la grandeza, la alta banca, literatos y así.

—Todo lo contrario: *guripas*, *suripantas*, *cocottes* muy *rococos*, muy *rococos*.

—¡Ah, vamos, extranjeros!

—¿Qué extranjeros? Al contrario: gente del bronce.

—¿De bronce, eh? Ahora lo entiendo.... Como el ángel caído.

—¡Justamente!

—¡Señor, y eso va V. á ver, y eso van á ver damas principales y cristianas señoras!

—¡Qué quiere V.! Divierte....

—¡Triste sociedad en que divierte el vicio en vez de asustar ó de causar lástima!.... Pero ¿no me dijo V. que antes del concierto había oído un sermón?

—¡Oir, oir!.... Le diré á V.: estuve, sí, en las Calatravas; pero ¡como había tanta gente!.... Mas no crea V. que voy á la iglesia por pasar el rato.

—Quiero suponer que no.

—No, señor; voy por acompañar á mi hermana.

—Más vale así. Y diga V.: ¿la acompañaría V. también á Variedades?

—Hombre, en una muchacha no están bien ciertas cosas; pero ¡qué diablo! otras van, y si se empeñara mucho....

—No se empeñará, si es, como yo creo, honrada y buena: no se empeñará, si V. no le habla de esas cosas, y no excita y despierta su inocente curiosidad de niña; y el mejor

medio de que V. no la hablase de esas cosas, sería sin duda que no las conociera tampoco. Si V. es cristiano....

—Si que lo soy; pero....

—No me venga V. con peros; ó lo es, ó no. V. tiene la desgracia de no tener padre ni madre; pero su hermana de V. tiene el derecho de que V. la trate como hija, y el primer deber de un padre es dar á sus hijos buenos ejemplos.

—El ser cristiano no impide....

—Impide muchas cosas; por eso hay pocos buenos.

—¡Vamos! Pues yo me tengo por buen cristiano, y, sin embargo, me divierto.

—¡Pues diviértase V., amiguito!

—¡Y le digo á V. que soy católico!

—Corriente; pero es V. un católico.... divertido.

## IV.

—Nada, nada; yo soy un católico íntegro, que no me meto en nada, ni salgo de mi paso

ni de mi casa por nada en el mundo, y mucho menos para esas manifestaciones que huelen á liberales y á revolucionarias; zapatero, á tus zapatos; católico, á las Cuarenta Horas, y se acabó.

—Pero dígame V., santo varón: ¿y si por no salir V. de su casa se acaban también las Cuarenta Horas?

—¡Bueno! pues cuando vayan á acabarse.... entonces veremos, amiguito; y á mí no me tiene V. que dar lecciones de Catolicismo, ¿lo entiende V.? Yo soy perro viejo, y sé dónde me aprieta el zapato, y conozco mi tierra; ¡esta hermosísima tierra del Catolicismo; esta nación eminentemente católica, que ha dado toda su sangre por la Iglesia en todas las epopeyas de su historia! Aquí brotarán siempre de debajo de las piedras soldados de la Fe y de la Religión.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Está V. seguro?

—Lo estoy, porque soy buen español y buen católico, y mis padres creyeron eso, y yo lo creo, y lo creerán mis hijos.... digo, mis

hijos no, porque no los tengo; pero si los tuviera....

—Si los tuviera V., ¿los daría cuando fuese ocasión de librar esas grandes batallas?

—Sí que los daría, sin titubear un momento, y sin condiciones....

—Con la condición de que ellos quisieran, por lo menos.

—Querrían.

—Algunos no quieren.

—Los míos sí.

—Bueno; pues concedo que quisieran. Pero ¿qué haría V. de ellos en tiempo de paz? Porque ello es que la sociedad moderna, aunque revuelta y agitada, y dividida entre el mal y el bien, no está siempre en lucha, y además de la revolución fiera....

—Tiene que luchar con la revolución mansa, que es mucho peor que la otra: en eso estamos de acuerdo.

—No tanto como V. se imagina, porque entre dos males....

—¡Vaya, vaya! doblemos la hoja: ¿también V. es partidario del mal menor?

—Entendámonos: yo soy, como V., partidario del bien.

—Sí, con la diferencia de que acepta V. el mal existente para llegar al bien.... y eso huele á liberalismo.

—¿Y V. cómo llega al bien?

—Destruyendo el mal.

—Pues destrúyale V., si puede, y me alegraré mucho.

—¡Ah, si pudiera!

—Y porque V. no pueda, á pesar de su noble ardimiento y de sus generosas ilusiones, ¿hemos de consentir los católicos que el mal se infiltre poco á poco en nuestra vida social y política, y áun en nuestra vida de familia? ¿Hemos de abandonar todas las posiciones que no sean emboscadas ó trincheras; hemos de arrojar toda arma que no cause estragos ni vierta sangre, y gloriándonos nada más que de ser soldados, hemos de avergonzarnos de ser ciudadanos?

—Vivamos de recuerdos.

—¡Pobre vida!

—Ó de esperanzas.

—¡Esperanzas!.... Hermoso es esperar al borde del sepulcro, y es dulce y suavísima aurora la que vislumbran los ojos del cristiano que contemplan á esa luz misteriosa inefables venturas; pero en la tierra no basta la esperanza, cuando la realidad agobia ó amenaza con males sin cuento. Cada hora tiene los suyos apremiantes y acerbos, y urge el remedio práctico, inmediato...., casero á veces, si el médico no acude á tiempo con el científico.

—Esta sociedad no tiene cura.

—¿Y V. opina que debemos dejarla morir?

—Acaso renazca después de un sacudimiento mortal.

—¿No cree V. que se ha sacudido bastante hace un siglo?

—Agoniza por falta de Fe; sólo la Fe puede salvarla.

—¿Y qué ganan la Fe ni la Religión con esos horribles y mortales trastornos en que triunfa el mal sin restaurarse nunca el bien? ¿Qué reacción favorable al bien ha visto V. en Europa igual á la acción del mal?

—Porque los malos se han mezclado siempre con los buenos.

—¡No, señor! Porque el mal engendra el mal en el mundo de la historia, como en el mundo del espíritu; porque esos que V. llama buenos, no son buenos, ni pueden serlo en una atmósfera viciada; porque ese bien ideal y abstracto que V. sueña se descompone y corrompe al aplicarlo á una sociedad corrompida.

—¡Hay que resignarse entonces!

—¡Hay que vivir!

—Pues yo soy católico; pero no me muevo, ni ando un paso, ni me asocio con nadie, ni acepto las formas nuevas, ni los procedimientos del día, ni las constituciones liberales ni áun para aprovecharme de ellas; ni quiero la libertad, ni me sirve el Estado, ni la patria, ni ninguna institución moderna absolutamente para nada; y ahora, ¿qué dice V., señor argumentante? Puede que por esta declaración se atreva V. á decir que no soy buen católico.

—¡Líbreme Dios de excomulgar á nadie!

—¡Ah! Oiga V.; y si viene el diluvio, que venga....

—Vendrá, si Dios quiere; y entonces....

—Entonces será ocasión de pensar en el arca.

—Bueno; pero permítame V. que le diga, continuando la comparación, que es locura insigne dejar que el rayo tronche, y arrase el viento, y los insectos roan todos los árboles que han de dar madera para fabricar esa arca, bajo pretexto de que no todos son igualmente gallardos y robustos.

Abril 20 de 1881.

# PRESUPUESTO

# PRESUPUESTO

## CAPÍTULO ÚNICO

## ¡NO ME SALE!

ESCENA DRAMÁTICA.

Cien veces he hecho ya esta cuenta, y otras tantas he vuelto á empezarla! ¡Nada! No me sale.... En qué consiste.... no lo sé; ¡y antes me salía! ¡Vaya! Y á mi padre que esté en gloria, á quien más de una vez servía de amanuense, también le salía redonda.... Y cuidado que el buen señor era descontentadizo y minucioso.... Pues á pesar de eso, al hacer mensualmente su pre-

supuesto.... ¡perfectamente! todavía le sobraba bastante....

El hecho es que entonces teníamos menos dinero que ahora, y sin embargo.... ¡Canastos! Es para desesperarse; porque ¡si yo fuese pobre! vamos, se comprende; pero el caso es que soy rico, es decir, puedo serlo... ¡dale! pero no lo soy.... ¡Vaya, que no lo entiendo, y que la cuenta no me sale!

Veamos otra vez. HABER: Tengo.... tres hijas.... ¡No es eso, qué diablo! Tengo un sueldo de veinticuatro mil reales.... ¡bien! Es decir, mal, porque yo debía tener treinta mil, si no hubiera sido por una intriga de.... ¡vamos!, pero el hecho es que no tengo más que veinticuatro; ¡tampoco!, porque el descuento.... ¡maldito descuento!; pero, en fin, con veinte.... veinte, y otros veinte que me produce la hacienda de Brihuega.... sí, pero no son veinte, porque la directa y los consumos.... y la sal.... ¡Mire V. que la sal en Brihuega! Y la administración, y las malas cosechas, y las inundaciones, y las sequías, y los Juanillones, y los incendios, y los.... ¡demonios!.... No son

veinte.—¡Qué han de ser veinte! ¡ni catorce tampoco!—Pues doce: ¿doce?.... ¡qué sé yo! ó diez.... ¡sí! ¡Caracoles! diez ya serán: pues son treinta justos; veinte y diez, treinta.

La casa de la Torrecilla del Leal.... casa de mayorazgo: ¿cuarenta? ¡Sí, que si quieres!.... huecos, reparos, retejos, blanqueos, reformas, empapelado, desahucios y pleitos de la medianería, del farol, del censo antiguo y de la alcantarilla nueva.... Diez y ocho.... y gracias.... Diez y ocho y treinta, cuarenta y ocho.

Y ahora el papel; sí, señor, el papel; aquí tengo la nota: tres millones trescientos mil reales.... nominales; pero millones.... Y lo que yo digo; si son millones, ¿por qué son nominales?; y si nominales, ¿por qué?.... Pero veamos lo que importa la renta.

Eso sí que es fácil. El uno por ciento de tres millones trescientos treinta y tres mil reales.... ¡el uno! y se llama tres; bien, pero el nombre es lo de menos; el uno por ciento de.... nada, no hay más que quitarle todos los ceros; ¡eso es!.... treinta y tres rea-

les justos; ¡qué desatino!.... Cuatro ceros.... trescientos treinta reales; ¡tampoco, hombre, tampoco!.... Se quitan dos ceros, y es bastante quitar; ¡uf! gracias á Dios; ¡maldita cuenta! Resultan treinta y tres mil reales, ¡eh! Me parece que es una bonita renta. Pues bien: treinta y tres mil y treinta mil, son sesenta y tres mil.... Digo.... me parece que con eso bien se puede vivir.... porque al mes.... dejemos los picos.... es decir, no dejarlos muy lejos.... por si acaso.... Sesenta entre doce.... ¿les coge?.... sí que les coge.... á cinco cada mes. Tengo, pues, cinco mil reales al mes.

*
**

¿Ven Vds. con qué facilidad los he sumado? Pues con la misma facilidad los resto; y, lo que decía al principio: ¡no me sale!; no, señor; no me sale la cuenta.

Vamos á ver.

Casa:

Ochocientos: y no basta; no, señor, no basta; por diez mil reales no se tiene en Madrid ningún palacio, ni mucho menos. Quite V. la sala, y el gabinete, y la pieza de noche, y el comedor...., ¡y á ver qué queda!....

Tres hijas, mi mujer, mi tía Ambrosia, y eso que bien poco ocupa la pobre tía; tres criados y yo, y luego los armarios, las jofainas, los baños, los mundos, y ¡es natural! yo me tengo que afeitar en el pasillo junto á la puerta del excusado, y mi mujer toma las cuentas encima de la tapa de la tinaja.... ¡Claro! yo podría suprimir la pieza de noche.... ¡Sí! Pero ¿en dónde recibíamos los jueves?

¡En la sala!.... eso es, en la sala, para que me manchen las sillas con el cigarro los oficialitos de la Princesa y el promotor fiscal sustituto que viene á hacernos la tertulia.... ¡No, señor!; á la pieza de noche. Conque lo dicho; ochocientos reales en casa.... y á afeitarse al pasillo.... Verán Vds. cómo no me sale.

¡Qué ha de salir! Ochocientos...., y tres criados á cien reales....; pero, ¿por qué tengo tres

criados? A ver á quién suprimo: ¿á la cocinera? ¡bribona! ¿Á la doncella?.... tampoco. ¿Quién viste, quién peina, quién plancha á mis tres hijas?.... ¡Canario!.... Ellas....

Sí, pero entonces, ¿cuándo aprenden alemán, cuándo cantan, cuándo bailan, cuándo salen á tiendas, cuándo?.... No, ¡pobrecillas!.... el criado....; ese sí que puedo despedirle.... ¡Tampoco!.... ¡Estaría bueno que saliese á abrir la puerta la cocinera!.... Nada, adelante.... ocho y tres once.... mil cien reales: ¡bien!.... pues no sale mal la cuenta.... ¡Ya!; pero ¿y la comida? Digo, ¡pues no falta nada que digamos! la comida, y luces, carbón.... composturas y menudencias, etc., etc..... Vaya, que se me van tres mil reales al mes.... tres mil reales, y uno, son cuatro.... dejemos el pico....; y eso que á veces estos picos cantan que se las pelan; pero, señor, ¡tres mil reales en garbanzos! ¿Pues ya lo creo!; y eso que fuera de mi convite de los viernes.... doce cubiertos.... vinos extra, helados.... y guantes blancos para el criado.... También podía suprimir estos viernes, y estos guantes.... ¡Ya! pero viene el jefe y la

jefa.... y eso siempre da tono.... ¡Ca! no los suprimo.... no, señor: pero ¡caramba! en los demás días de la semana, ya se sabe.... sota, caballo y rey, y para eso, al rey también muchas veces le doy capote...., y me quedo de republicano unitario.... Pues ¡ni por esas! los tres mil reales se van que es un gusto.... ¡Cuando les digo á Vds. que no me sale!

*
**

—Bueno; pues ahora viene lo gordo: teatros.... Hay que ir al teatro, no mucho; pero, en fin, dos veces á la semana por lo menos.... y á butacas.... ó á palco.... Somos cinco.... La tía Ambrosia se queda en casa. Pues cinco por treinta.... ¡digo! y no siempre están á treinta las butacas, son ciento cincuenta; ciento cincuenta por dos, trescientos; trescientos por cuatro, mil doscientos. ¡Eh! ¡ahora sí que multiplico de corrido!

¿Y las modistas de las niñas? Aunque *vayan*

sencillas, ¿cómo prescinden del sombrero? Son tres sombreros.... digo, son seis sombreros; uno para invierno, y otro para verano; seis entre doce....á medio sombrero al mes....; pero este *medio* no hay quien me le quite de encima; y como cada sombrero es veinte duros, ahí tiene V. doscientos reales sólo en sombreros.

¿Y los vestidos? Uno para calle, otro para teatro y otro para baile, en cada estación, y no es mucho. Pero las estaciones de los vestidos son cuatro....; ¡quiá! si no me sale; ¡qué me ha de salir! Cuatro por tres, doce; doce por tres, treinta y seis; treinta y seis por veinticinco.... Si les dicen á Vds. que hay vestidos por menos de veinticinco duros, digan Vds. que es mentira.... Pues bien, señores: treinta y seis por veinticinco son diez y seis mil reales al año, que al mes hacen mil trescientos reales próximamente.... ¡Nada, que no me sale!

Mil trescientos reales, y doscientos de un medio sombrero, mil quinientos reales en vestir á mis hijas.... ¡qué ha de salirme! No,

señor; porque mi mujer, y yo, y la tía Ambrosia, también hemos de vestirnos, aunque sea muy ligeramente, y que entre los tres gastemos quinientos reales.... la tercera parte que nuestras hijas, no será mucho; y áun así no me sale, porque falta el médico....; seis duros al mes, y le tomo joven, barato y por contrata....; y botas, que, buenas ó malas, son doce botas en juego; digo, once.... porque la tía Ambrosia es coja, la pobre. ¡Pero Vds. saben lo que son once botas! Lo menos once duros mensuales ... sólo en medias suelas, y eso sin contar las zapatillas.... Y yo fumo...., porque en algo he de entretenerme, aunque nada más que pitillos; pero seis duros al mes no hay quien me los quite.... ¿y cuánto llevábamos?.... ¡un dineral!

*
**

La casa, la mesa y los criados, cuatro: dos, las niñas y el matrimonio para ir decentitos;

uno, las diversiones, son siete, y las botas, el médico, los cigarros.... ¡Dios mío, qué ha de salirme, si me faltan al mes, sólo con eso, dos mil reales!.... ¿Y los viajes? ¿Y los regalos? ¿Y los días de campo, y el coche para visitas, y las tarjetas, y el correo, y las propinas, y los caprichos, y las rifas, y las limosnas, y los?.... Nada, nada; hay que suprimir algún gasto.... Sí; pero ¿qué suprimo?

¿La casa? ¿La mesa? ¿Las modistas?.... ¡Nada.... todo es necesario! ¡Ya! pero ¿cómo lo gasto sin tenerlo? No lo sé; pero no me cabe duda de que lo gasto.

Dos y uno, tres, y uno, cuatro, y uno cinco: este es el *Haber*.

Dos y uno, tres, y uno, cuatro, y tres, siete, y dos, nueve: este es el *Debe*. ¡Pues, señor, no me sale! ¡Ca! ¡Les digo á Vds. que no me sale!

# ALGO DE POLÍTICA

# LA PATRIA

ESCENA DE FAMILIA

ABUELITO, he leído en un periódico que aún podría el general Serrano salvar la patria: ¿qué es la patria?

—¿El general Serrano?.... Ese no es de mi tiempo; los míos se llaman Álava, Castaños, Manso, Merino....; ya deben estar algo cascados, porque eran.... ¡vaya! eran mucho mayores que yo. Ese que tú dices será, como ellos, un perro en los combates, un cordero en tiempo de paz; será pobre, porque, chiquito, todos los buenos soldados son pobres; y tan sencillo y llano, que no entenderá

de discursos, ni de escritos, ni de conferencias; ¡quiá! ¿Qué ha de entender?.... «Muchachos: *¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión, y adelante!*» ¡Naa, chiquito, naa! Los soldados no saben más que eso.

—Pero diga V., abuelito: ¿qué es la patria?

—Sí.... sí, espera; sí.... ya me acuerdo. La primera vez que oí yo ese nombre fué en Ávila. Ya había yo matao muchos franceses; pero, vamos, así.... de lejos, en cuanto que llegaban nuestras balas.... y algunas suyas, porque, eso sí, tiraban bien los malditos; pero, vamos, aún no me había yo peleao con ellos. Pero allí ya fué otra cosa: ¡como que teníamos artillería, y éramos más de quinientos hombres! Pues, señor, que venía una división francesa Cargamos un cañón muy majo que había hecho un carpintero de la ciudad, y todos querían descargarle. ¡Habías tú de ver aquella gente enredando con la mecha, como si fuera cosa de juego! «¡No tiréis, demonios!—dije yo entonces:—esperad que lleguen, que no tenemos municiones más que pa una vez.» Pues, señor, que ya se oían los tambores, que ya

veíamos á la gente, que empiezan á tirarnos.... ¡pim.... paf!; aquí cae uno, allá cae otro; pero nosotros aguantaos.... Pues, señor, «¡Fuego!» gritamos todos cuando estaban ya á boca de jarro: se prende la mecha, y ¡buuum!.... No se desperdició ni una astilla, porque cañón y todo salió echando demonios.... Yo, con el estampío y qué sé yo, me aturdo, y en lugar de echarme á un lado sigo para adelante; al pronto me vi envuelto por el enemigo, que pasaba y pasaba como si tal cosa.... Después recuerdo una confusión de bordados, de uniformes y de charreteras que me quitaban la vista.... Después todavía vi brillar sobre mi cabeza el sable de uno de aquellos moros que venían de escolta. Después.... ya no recuerdo nada, chiquito; cuando abrí los ojos estaba tendido en medio del campo, al lado de uno de los moros, que no sé si sería el del sable, porque no le había visto bien la cara.

—Pero.... ¿y la patria, abuelito?

—¡Ah! Sí: espera, espera. Parece que nos habían derrotado, porque de los quinientos que éramos apenas quedaban unos cincuenta, que,

apostados en un monte, todavía hacían fuego contra los franceses, gritando como unos condenados: *¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión!* Al oir esto, que era la primer palabra cristiana que yo oía en medio de la jerga de los que pasaron por encima de mí y de los que quedaban en el campo, trato de levantarme.... cuando oigo que uno de los moros se rebulle; me da lástima, y me arrastro como puedo hasta su lado: le digo que si se le ocurre algo; le pregunto si quiere confesarse.... ¡mia tú!, sin acordarme de que era moro; y entonces él, que vió que yo estaba de buenas, en vez de responderme ni nada, me mira, me mira fijamente.... Aún me parece que estoy viendo aquellos ojos: me coge la mano, y me dice en su lengua: *¡Viva la patria!*, y cae muerto. Le recé un Padre nuestro por si servía, y como yo estaba muy débil, ó qué sé yo, me desmayé otra vez, mientras que mis compañeros seguían haciendo descargas, gritando como unos energúmenos: *¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión!*

—¿Y la patria?

—Á eso voy, chiquito. Parece, según me explicó luego un sargento que teníamos, que había sido estudiante, que *patria* en francés venía á ser como en castellano Religión y Rey; por lo cual comprendí que aquel que me dió la mano era un cristiano como tú y como yo, y me alegré mucho de haberle rezado un Padre nuestro.

Pero si quieres saber más, porque yo creo que ya tengo trocadas las especies, pregúntaselo á tu padre.... digo, á tu abuelo.... ¿eh?.... Sí, justo, á tu abuelo; soy ya tan viejo, que ya no me acuerdo de los parentescos. Él, que es un muchacho de juicio, te lo explicará más claramente.

*
**

—Diga V., abuelo, ¿qué es la patria?

—¡Diablo de chicos! ¡De todo quieren enterarse!

—Abuelito dice que es lo mismo que Religión y Rey.

—¡Sí! en su tiempo no digo lo contrario, pero en el mío.... es diferente. Para unos era eso, y para otros.... yo no sé lo que era. La patria me dió dos ó tres cruces, y estuvo dos ó tres veces para fusilarme; en nombre de la patria llegaron á generales todos mis compañeros, y yo no pasé de teniente. Juré diez veces lo menos servir á la patria de una manera particular, y otras diez veces volví á jurar exactamente lo contrario, y siempre por la patria. Hubo tal confusión en esto de patria, que para tu tío Juan, mi hermano, la patria estaba del lado allá del Ebro, y para mí en Castilla y Andalucía. Desengañado de estas cosas, me retiré á este pueblo, y desde hace muchos años, patria llamo yo al gobierno que me paga; pero como pronto hará doce en los que no recibo un cuarto, empiezo á sospechar que se ha concluído la patria.

Pero pregúntaselo á tu padre, que ha hecho sus estudios por principios, y él te enterará mejor que yo.

*
**

—¡Padre! dice el abuelito que patria es lo mismo que Religión y Rey..... Se lo he dicho al abuelo, y me ha dado una explicación que no he entendido. ¿Quiere V. decirme qué es la patria?

—Tú no tienes patria, pobre niño. Tu abuelito hizo por ella el último esfuerzo; mi pobre padre se vió obligado á despedazarla; yo no la conozco; tú la has perdido.

Luchó el uno por su independencia cuando desde los Pirineos hasta Cádiz no había más que un aliento para combatir al extranjero; todavía el otro, valiente y generoso, peleó contra hermanos á nombre de una idea; yo sólo he recogido su herencia de recuerdos y de remordimientos: los de Madrid me han robado la fe y han confundido mis ideas. No tengo patria.

Si ves en los periódicos hablar de patria, esa no es la tuya; si oyes á alguno pronunciar ese nombre, el que lo pronuncie no es tu hermano.

Los que vivimos fuera de Madrid no tenemos patria; no hay España más que para la

gente de Madrid, y Madrid es.... nosotros mismos fuera de nuestros pueblos.

Allí se dispone de nuestra fortuna, y pagamos las contribuciones; allí se consumen nuestras contribuciones, y yo tengo que guardar mi campo con el arcabuz de tu abuelo, y á tu abuelo no le pagan los años que le llevó á la espalda en defensa de la patria; allí se insultan nuestras creencias, allí se prostituyen nuestras familias, allí se vive con nuestros sudores, allí se burlan de nuestra afrenta y se aprovechan de nuestra cobardía.

Los que aquí te ofrecen apoyo, allí se juntan con nuestros enemigos; los que prometen pagarte, te envían batallones que arrancan hasta las ropas de tu lecho.

Esa es la patria: dos mil intrigantes que gobiernan á quince millones de infelices; una democracia que vive del presupuesto; un gobierno que, á nombre del sufragio universal, oprime y tiraniza al mayor número.

Hoy la patria es la traición, la inmoralidad y la vergüenza, destruyendo poco á poco hasta los cimientos de una sociedad hidalga, hon-

rada y generosa, que sufre en silencio tamaña afrenta.

—¿Y esa es la patria que quiere salvar el general Serrano?

—¿Y qué otra patria quieres que tenga el vencedor de Alcolea?

*
**

—¡Padre, deme V. el arcabuz de mi abuelo, y vamos á Madrid á matar franceses!

Marzo de 1869.

# DE LA CONSTITUCIÓN

## ARTÍCULO ÚNICO.

Por qué se dice La Constitución inglesa, y no se dice La Constitución española? Porque la constitución definitiva, permanente y *constitutiva* de un país está en razón inversa del número de códigos fundamentales que escribe para llegar á constituirse.

*
**

Sólo en sentido muy limitado puede decirse que una Asamblea *constituye* á un país...., que

hay diputados *constituyentes*, que las *constituciones* se discuten, se votan, se decretan ó se imponen, y, sobre todo, que cuando ocurre cualquiera de estas cosas, un país queda constituído.

*
**

La palabra *constitución* (aplicada á carta de derechos políticos) nació de la frase tan en boga entre los revolucionarios franceses de *pacto constitucional*; pacto, por decirlo así, prehistórico, que aquellos partidarios del pacto social suponían inmanente entre el soberano y los súbditos; pacto «al que se había faltado por el primero,» y que los segundos reivindicaban, escribiéndole en gruesos caracteres á la cabeza de sus cuadernos, tirando de ellos multitud de ejemplares, con la pueril idea de que las palabras se las lleva el aire, y lo escrito desafía á la incertidumbre de los tiempos.

Y ¡véase lo que son las cosas! lo único que conservan los liberales franceses de tantos cua-

dernos escritos con tinta, es la tradición tristísima de los derechos del pueblo, escritos con sangre por Robespierre y otros legisladores poco aficionados á la escritura.

*
**

De la misma manera, nuestros revolucionarios de Cádiz invocaron también, al *constituir* al país, los recuerdos de la tradición de «un pacto, de un compromiso entre el Monarca y el pueblo; en una palabra, de una manera de ser *constitucional*, es decir, *constitutiva*, de estos reinos, que los Reyes con sus demasías, y con su abyección los pueblos, habían dejado caer en desuso, y que la nación reunida en Cortes se proponía restablecer.»

No hay duda en que ambos legisladores, los de la Asamblea francesa y los de las Cortes de Cádiz, partían de un principio falso y de una teoría naturalista y pagana, acerca del origen de la autoridad; pero áun así y todo, llenos del orgullo de ser los primeros legisla-

dores de sus respectivos países en materia *constitucional*, de buena fe y lógicamente creyeron que serían los últimos.

No ha sucedido así; el problema constitucional sigue en pié. El Sinaí político continúa vomitando llamas; no faltan los falsos profetas....; pero las tablas de la ley no acaban nunca de ponerse en limpio.

*
**

La Constitución, en esa infancia del sistema, era una especie de divinidad de aquellas generaciones sin Dios. De aquí el juramento, de aquí la apoteosis, de aquí el culto que se la tributaba.

No era un conjunto de artículos ni un decreto promulgado por labios humanos, corregido por la comisión de estilo y encuadernado en tafilete; era *la ley*, dictada entre el fragor de la tempestad por la diosa Razón; era el compromiso solemne en que el pueblo cedía

(con ciertas condiciones) los derechos de su *divina Naturaleza.*

La Constitución era entonces el único libro santo inspirado por la única divinidad de la época.

Todavía entre los liberales se habla con cierto respeto de los Legisladores de Cádiz....

Ningún nuevo prestigio ha añadido á la popularidad de ciertos políticos haber contribuído á la publicación de una media docena de Constituciones.

*
**

No basta ya decir *la Constitución*, con lo cual todo estaba dicho el año 20, sino que hay que añadir, para ser comprendidos, *la Constitución vigente*; y no están tan lejanos los tiempos en que hubiera parecido reaccionario, tratándose de la del 69, no llamarla *la Constitución democrática.*

Nosotros hemos oído á un periodista meti-

do á tribuno, gritar desde el balcón de una casa de ayuntamiento:

—¡Viva la Constitución monárquico-democrática de 1869!

Como la aclamación era tan larga, á los pocos años otro tribuno, desde el mismo sitio, la sustituyó por este otro grito más breve:

—¡Viva la república!

*
**

Una asamblea de locos puede á veces acertar á dar una ley que se apoye fuertemente en el sentimiento público. Todos los sabios de un país reunidos y acordes no podrían escribir ni una sola base política, realmente *constitutiva*, en contra del sentimiento público que se obstinara en rechazarla.

*
**

Un pueblo apegado á sus leyes tradicionales y en posesión de instituciones que, huma-

namente hablando, labran su felicidad, rara vez se entretiene en fabricar Códigos políticos.

*
**

Sólo hay un legislador y una Asamblea que sean capaces de constituir un país sobre bases permanentes. Los pueblos que no fían su Constitución á Dios y á la historia, estarán tanto más lejos de constituirse, cuantas más Constituciones escriban.

# LOS QUE VUELVEN

## Y LOS QUE SE VAN

### I.

Va volviendo la gente, y cada día un suelto de *La Correspondencia* ó una gacetilla de un periódico nos participa que tal ó cuál familia de la aristocracia, que tal ó cuál político, alejado de la corte durante el primer año de la revolución, viene otra vez á reanudar entre sus compatriotas la interrumpida cadena de sus ocupaciones ó placeres.

Cadena dije, y no me arrepiento, que es la patria una de las muchas esclavitudes en que Dios, poco seguro del hombre, ha encerrado la libertad de que éste suele mostrarse tan orgulloso.

Dulce esclavitud unas veces, otras tiranía inflexible, tenga para todos la indulgencia de una madre, ó reparta tan desigualmente su afecto, que sea madrastra para unos y abuela complacida para el menor número, la patria es nuestra segunda familia: el amor de la patria es el gran hogar, al que todos llevamos nuestras impresiones, nuestras esperanzas ó nuestros desengaños; al dulce amor de su lumbre lamenta el viejo sus ilusiones perdidas, y aprende el joven á huir los escollos en que se estrellaron; refiere el guerrero sus empresas; da cuenta el estadista de su administración, se inspira el artista y canta el poeta.

Las relaciones de estos hermanos de la actividad, del trabajo, del heroismo y de la fe entre sí mismos y para con su madre común, es la política.

La narración entusiasta y calurosa de lo que han hecho por su madre, es la historia.

*
**

Pero hay tristes períodos en la vida de esa gran familia, en que parece que nadie responde á la voz cariñosa que quiere reunir á todos sus hijos en torno del hogar frío y desierto. La actividad entonces no se inspira en el amor que une y concilia, sino en el odio que divide y separa, y así la política se convierte en lucha, y la historia en libelo; enmudece la poesía, y la sátira, su hermana bastarda, ofrece al poeta su lira, que sólo produce ásperos y rudos sonidos.

¡Vuelve la gente á Madrid!; unos cansados del extranjero, ansiosos otros de respirar esta suave atmósfera de España que tanto predispone al olvido y á la indulgencia.

¡Vuelve la gente! Este parece ser el alegre grito con que algunos optimistas saludan la reconstrucción de la patria.

¡Ah! no saben, ó fingen ignorar los que eso dicen, que no es la patria el miserable montón de tierra encerrado entre una cordillera de montañas ó bañado por un mar ó por un río, idea estrecha que debió inspirar á los que levantaron la muralla de la China, sino un cen-

tro común en que todos deben vivir en relación íntima y cariñosa; con ideas, con sentimientos, con aspiraciones comunes á todos.

*
**

¡Vuelve la gente! Un tren exprés deja en la estación de Madrid al grande de España ó al banquero que viene á buscar la tranquilidad de las dulces afecciones de la familia, y doce horas más tarde el mismo tren exprés arranca de los brazos de su esposa al inquieto agitador que ha conmovido los cimientos del edificio social por querer dar á su patria una nueva organización.

¡Vuelve la gente! Son españoles, y todos preguntan por la Religión, por el trono, por las tradiciones que durante tantos siglos han formado el credo común de la patria. ¿Vivirán satisfechos y contentos al saber que están llenas las cárceles de españoles que han apelado al terrible juicio de la guerra civil, por

creer en peligro la Religión, el trono y las tradiciones de sus mayores?

¡Vuelve la gente! Habrá en la Fuente Castellana media docena más de coches, y dos palcos más abonados en el que fué teatro Real, y en tanto seis mil españoles rompen voluntariamente los lazos de la familia, llenos de salud y de vida, se arrancan al trabajo reproductivo, y prestando á su patria un servicio que ni el dinero ni las lágrimas pueden pagar, marchan, atravesando los mares, á llevar á regiones apartadas la idea de patria que otros ingratos y desnaturalizados españoles quieren borrar de su seno.

*
**

Todo el mundo ha visto en Madrid el batallón ó los batallones de voluntarios de Cuba que aquí se han formado.

El reclutamiento se ha hecho en pocos días; primero paseaban solos ó en pequeños grupos,

vestidos con su blusa y pantalón azules; después, como si la disciplina fuera estrechándose, en pelotones ó compañías, precedidos de un corneta y mandados por un oficial; luego formados en columna y presentando el lleno de sus fuerzas en compactos batallones, con su equipo de campaña y perfectamente organizados.

Así los vi marchar; todos marciales, con ese aire suelto y elegante del soldado español, el oído atento á la alegre marcha que tocaba la música; el ademán libre, y saludando con la vista á los amigos y parientes que silenciosamente formados contemplaban su paso.

*
**

De entre los espectadores salía alguna vez una expresión cariñosa con que un amigo se despedía de un voluntario; alguno se adelantaba, é incorporándose con el batallón durante algunos segundos, estrechaba la mano

ó daba el último abrazo á un camarada ó á un hermano....; ó una pobre mujer rompía en sollozos al ver á su hijo que, al pasar, la sonreía por no desmentir el duro temple que la psicología popular exige en toda ocasión al alma de un soldado.

.....

.....

De todo había en los rostros de aquellos aventureros de todas edades, de todas procedencias, que, unidos bajo el amparo de nuestra bandera, iban á vivir como hermanos durante largo tiempo.

Leíase en uno el entusiasmo de los pocos años, el ardor irreflexivo, la sed de aventuras de la primera edad; retrataba el otro la impávida indiferencia del hombre hecho á todo y que en todo busca un oficio; en éste la tranquilidad y el aplomo revelaban al antiguo militar, que conoce el servicio y sabe aprovecharse de lo bueno y despreciar lo malo de la profesión; en aquél las arrugas del rostro, el mirar triste, el aire abatido, parecía indicar el desgraciado para quien la vida sólo ha sido una

serie de desengaños, que ha visto cerrados todos los caminos que ha emprendido, disipadas todas las ilusiones que ha soñado.

Pero todos llevaban aire marcial, marcando el paso al compás de la charanga, que tocaba una cuadrilla de Offenbach.

Y al verlos marchar, no obstante lo alegre de la música, y á pesar también de que por la mañana había leído en varios periódicos ministeriales que *la gente volvia á Madrid*, se me ocurría esta triste reflexión:

«¡Volverá la gente!; pero ¿cuántos volverán de estos voluntarios?»

«Volverá la gente á España; pero ¿cuántos sacrificios, cuánto tiempo y cuánta sangre ha de costarnos que la gente no sienta el deseo de marcharse?»

Noviembre 1869.

# POPULARIDAD É INCONSECUENCIA

Se habla mucho de la inconsecuencia de los políticos, y muy poco de la inconsecuencia de los partidos; y para ser justos con los hombres, hay que empezar por juzgar en justicia los sucesos en que intervienen.

*
**

Nada más injusto que acusar á la plebe de versatilidad é inconstancia. Obsérvese atentamente cada caso particular, y se verá que es

mucho más difícil que adquirir popularidad el perderla una vez adquirida.

*
**

De más torpezas y concusiones es culpable la debilidad y la tolerancia de los buenos, que las malas artes de los malos.

*
**

Guárdese nadie en política de los hombres obcecados de buena fe, de los que por buscarlos alguna disculpa dicen sus amigos que su buena intención les ciega y ofusca; generalmente estos tales tratan buenamente y con los más desinteresados propósitos de que todo el mundo se ciegue y se ofusque como ellos.

*
**

Un hombre popular no es generalmente aquel que mejores cosas ha hecho, sino aquel

otro que ha hecho más número de cosas á gusto de la multitud que le aplaude.

*
**

Hay una manera muy sencilla de ser consecuente, que es no hacer nada; pero en cambio hay muchos procedimientos para que pasen por consecuentes todos aquellos cuya inconsecuencia pueda ser útil de alguna manera á las pasiones de las muchedumbres.

*
**

Prudencio es popular; todo el mundo sabe su nombre; sus discursos son leídos con avidez por todo el pueblo; se citan sus frases, se comentan sus actos, su amistad se solicita, las oposiciones le festejan, el gobierno le teme.

En cambio, á Marcelo, más elocuente que Prudencio, más sabio y más profundo que su vecino, no le conoce nadie.

Prudencio no ha pagado su popularidad más que con sonrisas.

Marcelo es benéfico, y casi pródigo; ha fundado y dotado un asilo de huérfanos; ha escrito obras notables; ha defendido en el foro y en el Parlamento la causa popular.

¿Qué diferencia hay entre uno y otro? ¿Cómo se explica que el pueblo ame al retórico y desdeñe al sabio?

Muy sencillo: Prudencio ha sido ya ministro tres veces; Marcelo no ha llegado nunca más que á subsecretario.

*
**

Si los partidos, al ocupar el poder, no emplearan en perder su popularidad más tiempo que el que dedicaron en la oposición á alcanzarla, aún les quedaría mucho que consagrar á las necesarias atenciones de la administración del Estado.

El pueblo pide siempre á los partidos que practiquen en el poder aquellas mismas virtudes que eran á sus ojos otros tantos defectos cuando militaban en la oposición.

*
**

Las muchedumbres copian á los Reyes en escoger á sus favoritos, no entre los mejores de la corte, sino entre los mejores cortesanos de sus pasiones. En otra cosa también andan acordes el pueblo-rey y los Soberanos con corona: en mantener á sus favoritos contra la opinión general, y en despedirlos cuando la opinión general empezaba á tolerarlos.

*
**

El favorito de un Rey sólo se diferencia del favorito de un pueblo en que el segundo tiene que hacer muchas más cortesías que el primero.

*
**

Camilo ha comprometido su caudal, su posición y hasta su salud, por servir á *la causa:* ha consagrado su vida á su defensa; hoy es pobre, pero su pobreza le honra, porque de no serlo, *la causa* no hubiera tal vez obtenido el triunfo. La causa tiene, pues, que pagarle.

Nada más justo.... que presente la cuenta.... ¿Á cuánto asciende?

No figura en ella más que una sola partida, á cuyo pié Camilo ha extendido generosamente el recibí.

Camilo se da por bien pagado con que le nombren ministro.

*
**

La revolución de Setiembre fué para muchos de sus hombres lo que es el barrio de Salamanca para algunas familias. Una residencia transitoria, cuyas ventajas se proclaman con entusiasmo durante algunos meses, pero que, sin embargo, se abandona con júbilo así que las circunstancias les ofrecen una habitación en el centro de la corte.

*
**

No hay que confundir la entereza con la terquedad apasionada y sistemática; con ésta puede conquistarse fácilmente entre el vulgo

la fama de hombre recto y consecuente; pero la verdadera consecuencia política no se ostenta por lo común en las luchas populares; es, por el contrario, una virtud medrosa y asustadiza, que generalmente no sale á la calle ni gusta de ser aplaudida ni pregonada por la muchedumbre.

*
**

Mudar de opiniones cuando las que profesábamos eran vituperables, es un acto lícito y hasta digno de aplauso, siempre que el que lo realice no se obstine en obligar á que se despojen también de las suyas aquellos hombres que siempre las tuvieron buenas.

# LA PIQUETA [1]

¡GRAN instrumento, y fácil de manejar! Un albañil no lo es cualquiera; pero en cambio un demoledor se hace de cualquier revolucionario.

Lo importante es la piqueta.

Dádsela, y veréis qué pronto os convierte un templo, unas murallas ó un palacio en un montón de escombros.

La piqueta es tan esencial al revolucionario

[1] Este artículo se escribió en Diciembre de 1868, y fué publicado, como algunos otros que hoy por vez primera colecciona su autor, en el periódico satírico *La Gorda*.

como el fusil; y el olor de la pólvora no reanima tanto sus cansados pulmones como el olorcillo del yeso recien removido, que cae con estrépito desde lo alto de la pared en que trabaja, destruyendo en un día el trabajo de muchas generaciones.

¡Viva la piqueta!

¡Qué satisfacción tan grande, qué placer tan inmenso debe ser el del revolucionario concienzudo, al ver la obra de escombros que en un momento ha producido su piqueta!

¡Pensar que él solo, sin talento, sin fe, sin instinto artístico, sin más instrumentos que su mala intención y su piqueta, se adelanta al tiempo, y lucha con él cuerpo á cuerpo, y vence en la lucha al artista que levantó el edificio, al escultor que talló el retablo, al arquitecto que cerró la bóveda! ¿No es admirable?

*
**

La piqueta hace prodigios: donde antes cortaba el aire la majestuosa cúpula del templo,

deja una ancha plazuela donde las verduleras puedan insultarse al aire libre de la revolución triunfante. Es posible que, al pasar por ella, recuerden todavía la mujer piadosa ó la desconsolada hija el rincón donde rezaban en silencio ó la losa desgastada por sus rodillas; pero ¡qué importa! ¡La piedra que cubría los huesos de sus padres se ha partido en adoquines, que sirven alternativamente para empedrar la plazuela ó para hacer barricadas, desde las que se pide el derribo de nuevas iglesias!

*
**

Aquí me estorba una torre; pues la tiro.

Allí una iglesia quita las vistas á la casa de un banquero ó al palacio de un magnate revolucionario; pues la echo abajo.

Mas allá, unas murallas hacen desmerecer los terrenos comprados á plazo por un consecuente liberal; pues abajo las murallas.

¿Para qué sirven la murallas, los templos ni las torres, cuando cada revolucionario es

una torre de orgullo, un templo en que se rinde culto á sí propio, y un muro inexpugnable contra el que se estrellan todas las pasiones que no sean pequeñas, miserables y mezquinas como las suyas?

Quitadle á un revolucionario el derecho de demoler, y es como si quitarais al necio el derecho de murmurar y al envidioso el derecho de maldecir.

Os respondería justamente irritado:

«¡Pues si no hago eso, qué quereis que haga!»

Es claro que vosotros, hombres honrados, podríais decirle: «No hace falta que hagas nada:» pero él os volvería el argumento por pasiva, replicándoos: «Es que entonces no sería revolucionario.»

*
**

No hace mucho tiempo que un periódico describía con la minuciosidad democrática propia de un diario eminentemente popular, los despojos mortales de una ilustre familia,

hallados en las bóvedas de un sepulcro de la parroquia de Santa María.

El articulista, como que se complacía en detallar el número de los cadáveres, su estado de conservación y hasta las vestiduras que los cubrían.... y ¡vean Vds.! yo que reconozco las buenas intenciones de todo el mundo, hasta las de los periódicos populares, estoy seguro que el autor del suelto dijo para sí al escribirle:

«¡Qué gran cosa es la revolución! Estos pobres señores, que se habían hecho un templo para ellos solos, ahora se encuentran sin templo; pero en cambio se hallan con un suelto de nuestro periódico, y su memoria, casi por completo olvidada, se reparte en unos cuantos carros de escombros y en veinticinco mil ejemplares!»

*
**

¡Viva la piqueta!

¡Abajo la memoria de todos los hombres que de lejos parecen más grandes que los generales libertadores!

¡Abajo los monumentos que nos importunan con sus recuerdos y con sus tradiciones!

La revolución necesita escribir ella misma su historia, y para parecer todo lo grande que no es, necesita rasgar todas las páginas de la historia pasada.

Cuando no las puede arrancar, las arrasa; y si se le queda alguna olvidada, la fusila.

¡Viva la piqueta! Rueden por el suelo los santos, para que parezcan algo los hombres; caigan de sus pedestales las estatuas de los héroes tradicionales, para que quede sitio donde colocar la efigie del héroe de un día; rompa la clausura del tranquilo huerto anchurosa calle bien adoquinada, para que no se hunda al peso del coche que, con su cargamento de vicios, se dirige á exponerlos en el público paseo.

¡Abajo los templos! ¡Abajo las murallas! La revolución no quiere misterios, ni vallas, ni fronteras.

*
**

¡Viva la piqueta!

¡Demoled, demoled sin descanso! ¡Que no haya en esta tierra de igualdad ni un punto saliente que os recuerde á cada paso vuestra pequeñez! Dejadme al país mondo y limpio como la cabeza de un revolucionario.... arrasádmelo todo bien arrasado, y cuando ya no quede nada por demoler, entregaos tranquilamente al sueño de los triunfadores.... Pero tened cuidado con la piqueta; ocultadla si podéis, ó enterradla en las simas que habéis abierto, no sea que otros demoledores que vengan después de vosotros, no encontrando ya otros monumentos que echar abajo, la empleen en derribar vuestras cabezas.

# LA MUJER-FUNCIONARIO

---

MADRID no se conmueve fácilmente: acostumbrado á la febril agitación que es ley constante y diaria de su existencia, ensordecido con el bullicioso estrépito de sus calles y plazas, con el tumulto de sus regocijos favoritos, con el movimiento nunca interrumpido de sus ociosos y paseantes, no ha advertido que en la alta Cámara se discutía gravemente una cuestión importantísima, llamada á producir en sus costumbres hondas alteraciones, á variar la organización de su familia, á abrir en un momento nuevos horizontes á su imaginación desocupada, á su sensible corazón y á sus tradicionales hábitos de galantería.

Se ha tratado nada menos que de aumentar el número de pretendientes, sumándole con una falange de *pretendientas;* se ha tratado de proporcionar empleo á la mujer, como si no fueran bastante los hombres para ocupar todos los empleos, aunque éstos crecieran en la misma proporción que las necesidades de la época presente.

Graves al par que sensibles senadores han caído en la cuenta de que tan apta es la mujer para ingresar en el *cuerpo de comunicaciones* como para servir con distinción en un *cuerpo de baile*, ó en un *cuerpo de coros*, y que lo mismo que hay oficialas en los ramos mecánicos de zapatería, de corsetería ó de guantería, podía haber *oficialas* de telégrafos.

El razonamiento de estos protectores de la más bella mitad del género humano, no carece de lógica. Ellos han debido formularle allá en lo más recóndito de su cerebro reformista en estos ó parecidos términos:—«¿No está demostrada la habilidad de las mujeres para hacer telégrafos? Pues sabiendo hacerlos, es indudable que también han de saber manejarlos.»—

Y hé aquí justificada su petición de que se declare (previo examen), á las señoras y señoritas que lo soliciten, con opción á formar parte del cuerpo de comunicaciones en la categoría.... de ¡oficiales quintos!

*
**

Nótese que la proposición no dice *oficialas*, como parece exigir la gramática; y cuando no lo dice la proposición, sus razones tendrá para ello; acaso la de no confundir á estas *funcionarias públicas* con las oficialas de una modista ó de un guantero.

Oficial quinto es, á no dudarlo, una profesión honrosa para una señorita distinguida.

—¿Con quién te casas? podría preguntársele á un oficial de coraceros, ó á un oficial tercero de administración.

—Pues me caso con un *oficial quinto de telégrafos*, podría responder el preguntado.

Y si el matrimonio se efectuaba, los frutos de bendición que en él consiguieran los cónyuges, serían.... ¡quién lo duda! oficiales por

derecho propio, oficiales por entrambas líneas, oficiales de padre y madre, que casi desde la cuna podían considerarse con derecho á ser incluídos en cualquiera de los dos escalafones paterno ó materno.

*
**

No cabe duda, sin embargo, que la profesión de telegrafista está bien escogida para acostumbrar á la mujer al ejercicio de los empleos que hasta ahora han desempeñado los varones.

Ya nos figuremos al oficial quinto (hembra) trasmitiendo detrás del enverjado de la estación telegráfica la noticia mercantil, la relación infausta de una desgracia de familia, los últimos precios de la Bolsa, ó la última hora del Congreso; ya le veamos descifrando el telegrama que la estación convecina le comunica; ya le contemplemos manejando el manipulador ó traduciendo en caracteres cifrados el texto de un despacho ilegible que con mano trémula le alarga por el ventanillo un par-

roquiano tímido é inexperto, ninguna de estas inocentes funciones, desempeñadas, nos complacemos en creerlo, con notable habilidad y pericia por las señoras y señoritas *del cuerpo*, podrán sorprendernos ni escandalizarnos. ¿Qué oficio más propio de mujeres que comunicar noticias, divulgar secretos, formular preguntas, ofrecer contestaciones, saludar y recibir saludos, y estar á todas horas de palique?

Si es cierto que el telégrafo todo lo cuenta, todo lo sabe y lo desfigura todo, ¿qué mejor ocupación para una mujer que la de manejar día y noche esa poderosa máquina de murmuraciones? La que reciba un empleo en telégrafos, recibe algo más que una credencial; recibe una patente de perpetua habladora, y queda, además, autorizada para ser indiscreta de real orden.

*
**

Pero si la posición es halagüeña *para el oficial del género femenino*, para el oficial adjunto, para el compañero del telegrafista hem-

bra, para el oficial quinto-consorte se presenta erizada de dificultades.

¿Qué hace este, digámoslo así, funcionario, cuando su cónyuge esté de guardia? ¿Habrá de enviarle la comida á la oficina? ¿Habrá de arreglar él solo la casa? Y si las funciones administrativas á que su mujer se consagra no han impedido, como es natural, las funciones de la maternidad y las que en el orden de la naturaleza son subsiguientes á aquélla, ¿cómo podrá desempeñarlas la funcionaria pública á satisfacción de su inocente vástago, sin faltar al mismo tiempo á las exigencias del público, que acude impaciente y desatento á reclamar sus imprescriptibles derechos?

Y, por otra parte, ¿qué madre es capaz de enterarse de un despacho telegráfico con un niño en los brazos, ni qué niño es capaz de comprender que su madre se pertenece al público más que á sí misma, ni qué público consiente á un telegrafista que arrulle á una criatura en los momentos críticos en que le comunica un importantísimo telegrama?

Todo podría evitarse si, á imitación de lo

que sucede en la carrera militar, los *oficiales quintos*, *femeninos*, del cuerpo de telégrafos, no tuvieran autorización para contraer matrimonio hasta ascender, por ejemplo, á oficiales terceros; pero, aparte de que esto podría ofrecer graves inconvenientes, ¿á cuántos abusos administrativos no podría prestarse?

*
**

¿Ocuparían con el tiempo estos oficiales incipientes los empleos más elevados del cuerpo? Otro conflicto. ¿Qué consuelo le queda á un infeliz meritorio que tiene á su cuñada ó á su suegra de *director* del ramo? ¿Con qué cara se presenta en la oficina después de haber tenido con ellas en su casa un fuerte altercado? Y si un director femenino está en estado de merecer, y llega joven á tan importante posición, ¿cómo impedir que sus audiencias se conviertan en tertulias, cómo distinguir entre los memoriales y las declaraciones de amor, cómo tratar con idéntico desvío

á los pretendientes á empleos que á los pretendientes á su mano?

*
**

No sirve decir que la administración está mal servida por los hombres y que vale la pena de dedicar á ella á las mujeres, por ver si sale en ello gananciosa; ni es argumento sólido el que consiste en afirmar que la mujer es tan apta ó más que los hombres para el desempeño de ciertos cargos.

¿Quién duda que las mujeres pueden ser oficiales? Pero ¿quién es capaz de sostener que al tomar ese empleo no renuncian voluntariamente al suyo propio?

No es de temer que con la reforma discutida, y por fortuna desechada, se quedase el Estado sin telégrafos, sino que las familias se quedasen sin mujeres.

*
**

¿No les basta á los directores de la sociedad y á los legisladores á la moderna, con que la

política, la industria, el tráfico, la frívola y estéril agitación, propias de la época, alejen cada vez más al hombre del centro de su vida, de la esfera propia y natural de su existencia, haciéndole huésped, y no jefe de su casa; extranjero, y no habitante de su hogar; amigo, camarada y consocio, en vez de padre y director de sus hijos, de su mujer y de su familia?

¿Será preciso que también la mujer cierre la puerta de la casa y salga por calles y plazas, y suba jadeante á un ahumado escritorio, y allí, entre conversaciones peligrosas, más nocivas á su salud moral que lo que pueden serlo á su complexión delicada los viciados miasmas que respira; allí, entre murmuraciones malsanas y tropel de curiosos é indiscretos, olvide poco á poco sus santos deberes de mujer y de madre, y pierda lentamente, una á una, todas las galas y privilegios de la misión providencial á que por ley divina viene sujeta?

*
**

Pues si es eso lo que se quiere, vale más decirlo francamente. No se invoquen pretextos fútiles; no se arguya que aquí, en esta nación en que lo que sobra son brazos; en este Madrid, en el que vemos detrás de los mostradores de las tiendas de sedas verdaderas escuadras de mocetones robustos que sin duda se dedican á la afeminada ocupación de medir cintas y contar cientos de alfileres por no encontrar otra mejor á que dedicarse; que en esta época de los peluqueros, de los fabricantes de corsés y de los *modistos*, el equilibrio social reclama á las mujeres para sepultarlas en las oficinas ó darlas empleo en las administraciones de correos.

Empiécese por colocar á todos los cesantes del ramo, y cuando estén todos colocados hablaremos.

*
**

Y entre tanto, volvemos á repetirlo, dígase con franqueza que en esto de las oficialas de telégrafos, como en aquello de los títulos profesionales, no se busca ni la rehabilitación, ni

el bienestar, ni la independencia de la mujer, ni tampoco el mejor servicio del Estado, sino simplemente la creación de una nueva mujer, tan distinta en lo moral de la mujer cristiana, como en lo físico de la hembra; de una mujer sabionda, pretenciosa, culta y desabrida, sin creencias ni pasiones, sin entusiasmos ni candor, sin esperanza y sin fe, sin virtud en el alma, sin amor en el corazón, sin modestia, sin rubor y sin gracia en los modales.

De una mujer para quien los hijos sean una carga ó un capital, el hogar un taller ó una cárcel, y el marido un enemigo ó un socio.

De una mujer que juegue á la Bolsa su dote, ó pleitee con su esposo la dirección de una empresa.

De una mujer que vaya á los ateneos y academias, y no á la iglesia; que escriba crónicas políticas en los periódicos, y que frecuente las sesiones de Cortes.

De una mujer, en fin, que haya adquirido todos los defectos de los hombres, sin haber corregido ni uno tan siquiera de los que son propios de su sexo.

# CARACTERES.

## I.

Quién es capaz de disputar á Portio el lugar más preeminente entre las medianías de la ciudad? Si no fuera el peor de los grandes hombres, sería el mejor entre los medianos. Sus discursos no convencen al contrario, ni dejan satisfecho al cliente; sus libelos son, ó fríos como el hielo, ó agrios y picantes como la pimienta averiada; nunca elocuentes, ni áticos, ni correctos.

Como físico y como matemático, sus obras no le acreditan grandemente. Su famoso acueducto se hundió al peso exíguo de las primeras aguas que vinieron del monte á la ciudad.

Su trazado de la gran calzada serpentea inútilmente por entre los prados y las viñas, semejando las ondulaciones y vaivenes de un borracho; sube fatigoso las sierras y se despeña por los valles, sin arte, sin concierto y sin medida. Hace ya tiempo que los viajeros le abandonaron, y sólo las cabras y las ovejas trepan y triscan por sus inútiles encrucijadas.

Portio no es sabio, ni filósofo, ni siquiera gramático; la plebe no le ama, ni le escucha con gusto el Senado; rara vez se hace aplaudir en el foro: ni ha dado su nombre á leyes ni á decretos, ni enriquecido con nuevos documentos en el tiempo de su pretura las admirables sentencias de estos magistrados populares.

Portio, sin embargo, es cónsul este año, lo fué el pasado, y acaso será reelegido.

¿Es hombre popular? ¿Es valiente? ¿Es entendido en la elección de personas? ¿Es hábil y celoso en la administración de los caudales públicos? Nada de eso; mas en cambio Portio tiene amigos (buenos ó malos, nadie lo sabe), pero numerosos, decididos y fieles; tiene afi-

ción al mando, sabe obligar y quedar obligado; pueblo y Senado, aunque no le aman, tampoco le temen; reviste todas sus acciones, áun las más aviesas y taimadas, con una capa de falsa franqueza que áun á los más cautos deslumbra y seduce: ha sabido tener paciencia durante los seis años de consulado de sus enemigos, y esta necesidad, á que por fuerza vivió sujeto, le ha dado nombre y fama de prudente.

No es generoso, pero no crea descontentos; no reforma, pero no perturba; reparte con medida los cargos y mercedes, sin salir del estrecho círculo de sus parciales, clientes y parásitos.

¿Dónde está su fuerza? Pues sabedlo. El secreto de su fortuna consiste en haberse revestido de aparente debilidad. Creen sus enemigos que ella basta para hacerle caer, y no se cuidan de empujarle, y él, en tanto, vive, luce y triunfa, bien hallado y contento con su efímera y quebradiza popularidad, que le asegura el poder por largos años.

## II.

El nombre de Quinto Servilio, con que es conocido este famoso personaje y jurisconsulto eminente, no arguye bajeza de nacimiento, ni, como pretenden sus enemigos, quiere significar que haya vivido cinco veces bajo la sucesiva servidumbre y entre la clientela de Sila, de Mario, de Pompeyo, de César, y áun del mismo Antonio, de quien hoy es enemigo declarado.

Aunque estas circunstancias de su vida son ciertas y evidentes, no es costumbre entre los ciudadanos romanos que el nombre designe, como un mote, sus debilidades y flaquezas.

Quinto Servilio ama la ley, vive de ella y de sus interpretaciones y comentos.

Ama la patria y detesta toda sedición.... que no sea legal y patriótica. Fué partidario de Pompeyo hasta el mismo día de Farsalia; y si los idus de Marzo no hubieran sido testigos

del atroz asesinato de César, no hubiera habido en Roma voz más elocuente que la suya contra el crímen de Marco Bruto.

Es vario, inconstante y tornadizo; pero su voz es grave, reposada y seria: dícese que sus manos no son muy limpias, pues más de una vez han jurado lo que su voluntad no ha cumplido más tarde; pero nadie puede reprender la más pequeña mancha en los correctos pliegues de su toga.

Quinto Servilio es recto y probo, y de dulces y suavísimas costumbres. Como siempre marcha con la cabeza levantada, y mirando á los que están en alto, suele á veces tropezar con los caídos.

Es hombre legal; cuando quiere faltar á la ley, hace una nueva, y no hay quien le iguale en el arte de hacerlas. Muchas corren con nombres varios, y son suyas. Ha hecho tantas, que apenas las conoce, y aplica á las unas los comentarios de las otras.

No ha producido grandes estragos en la república, y más que sanguinario, es manso y de condición apacible. Ocupado siempre en

la tarea de ser inconsecuente, no ha tenido tiempo para ser cruel.

III.

¿Es la amistad de Lúculo el opulento, el trato con gladiadores, conductores de carros y domadores de fieras, ó su excelente estómago y su amable charla en los convites, lo que ha hecho de Lucio Pansa un hombre consular?

Cierto es que su fácil oratoria cautiva cuando se ejerce por breve espacio en asuntos triviales y ligeros; cierto que es perito en el arte de disponer un banquete, y que nadie como él sabe distinguir por el olfato el mar en que se pescó la langosta, ó el pago de viñas en que se cosechó el licor generoso que en copa cincelada le presentan sus numerosos anfitriones.

Pero ¿no puede un ciudadano ser un comensal excelente, y al mismo tiempo un político muy mediano?

La ordenación de los juegos olímpicos; la

pericia en escoger buenos gladiadores; el gusto y elegancia en el atavío y en el tocado, son prendas estimables seguramente, pero que no bastan para la gobernación de la república.

Se dice que Lucio Pansa es amigo de César, que le divierte, que le distrae, y que éste quiere además tenerle contento y satisfecho, pues se vino á buena hora todavía á su partido, desertando del campo de los pompeyanos. Añádese que la patria no puede abandonar á un hombre popular y que tanto la honra.

Nada más justo: que el Senado le vote una pensión anual sobre las cajas de la cuestura; que áun en vida le levanten una estatua; que le concedan los honores del triunfo; pero ¡por los dioses inmortales! que no le eleven al consulado, ni encomienden á su dirección las bibliotecas y las escuelas públicas.

## IV.

¿Queréis saber por qué Roscio Sulpicio, tan hábil ó tan afortunado como capitán, lleva

tantos reveses, disgustos, sobresaltos y desengaños como días de fecha cuentan sus dos breves y agitadísimos consulados?

Pues no se lo preguntéis si queréis saberlo, porque él mismo no lo sabe; y si lo supiera, lo olvidaría en el momento de aprenderlo.

Roscio, acaso por sus méritos propios, acaso por capricho providencial del destino, sin grandes esfuerzos, sin profundos cálculos, sin extraordinarias cavilaciones, ha triunfado una.... dos.... hasta tres veces, y, envanecido y orgulloso, cree que él y el triunfo son compañeros inseparables.

Cuando no acierta, ó cuando le derrotan, nunca se imagina achacarse á sí propio la derrota: ¿no es invencible? ¿Cómo ha de sucumbir, si siempre ha salido victorioso?

No es él, son sus colegas los que le han vendido; su caída no fué caída, sino celada.... todo lo tenía previsto: había preparado el juego con más detenimiento que otras veces.... ¿Ha perdido? Pues es claro que le han hecho trampas.

Nunca se convencerá Roscio Sulpicio de

que la fortuna ha hecho por él, si no todo lo que se merece, al menos mucho más de lo que un hombre tiene derecho á pedirla. La fortuna que, como ciega, es divinidad de mucho tacto, aunque á tientas y sin saber á dónde dirigirse, le ha vuelto bonitamente la espalda.

Roscio no la ha visto marcharse, y sigue creyendo que la tiene, como siempre, á su lado, dispuesta á sancionar todas sus locuras, y á poner á la firma del Destino todos sus decretos.

¡Pobre Roscio! ¡Sería un gran hombre de Estado, si no hubiera sido un capitán tan mimado por la fortuna! Pero si Roscio no hubiera sido un soldado de fortuna, ¿qué otra condición podría invocar con justicia para ser un grande hombre de Estado?

5 de Mayo de 1882.

# ENTRE ESCUDEROS DE ANTAÑO

ENTREMÉS QUE PUDO REPRESENTARSE DURANTE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

DE D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

## ENTRE ESCUDEROS DE ANTAÑO

---

*La calle Mayor al anochecer de uno de los días del Centenario.*

Salen *Coquín* y *Cosme*, cada uno por su lado; tropiézanse, y deja caer *Coquín* la capa y *Cosme* el sombrero.

COQUÍN.

¡Voto á tal!

COSME.

¡Eh, no juréis!
Que es pecado.

COQUÍN.

¡Por los cielos,
Del golpe perdí la capa!

COSME.

También yo perdí el sombrero,
Y un sombrero, aunque raído,
Es cosa de mejor pelo.

COQUÍN.

¡Sois argumentante!

COSME.

Y vos
Archisandio y archinecio,
Que movéis tan gran pendencia
Por capa más, capa menos.
¡Capitas hoy! ¿Pues no véis,
Descuidado majadero,
Cómo en calzas y justillos,
Largos y angostos aquéstos,
Y aquéllas de forma extraña,
Que por su tristeza y duelo
Parecen, Dios me perdone,
Desatacados gregüescos,
Bragas de ahorcado, ó calzones
Con el inmediato ascenso,
Pasean plazas y calles
Cien cumplidos caballeros?
¿No véis que la capa es lujo

Si no hay pantorrillas dentro,
Y hoy probar las pantorrillas
Es como probar abuelos?
¿No véis los lindos al uso?
¿No véis gentes?....

COQUÍN.

Sí que veo,
Que no hago sino mirar
Desde que en Madrid me encuentro.

COSME.

¿Venís hoy por vez primera?

COQUÍN.

Si fué primera no acuerdo,
Que aunque no lo dice el rostro,
Tengo viejo el *intelectum*.
Y á fe de Coquín, que es nombre
De mi alcurnia de Escudero....

COSME.

¿Coquín decís?

COQUÍN.

Sí que dije.

COSME.

¿Coquín sóis? ¡Pues por mi abuelo,
Que no lo dijerais antes!

COQUÍN.

¿Cómo antes? ¡Pues eso es bueno!
¿Cómo de decirlo había
Sin preguntar vos primero?

COSME.

Pues chocad, Coquín hermano,
Las palmas, y apretad recio,
Y venga conmigo, y tope,
Y déme un abrazo y ciento,
Que sóis mi hermano.

COQUÍN.

¿Su hermano?

COSME.

De escuderil nacimiento
Entrambos: y un mismo padre
Nos engendró hace ya tiempo.
¡Cosme soy!

COQUÍN.

¡No lo dijerais,
Cosmillo del alma!

COSME.

El mesmo.
Que don Pedro Calderón
Á entrambos nos diera empleos,

Á mí con mi don Manuel [1],
Enamorado mancebo,
Y con don Gutierre Alfonso [2],
El gran físico casero,
Á vos; no es gran maravilla
Que era mucho hombre el Don Pedro
En buscar colocaciones
Para hidalgos y plebeyos;
Pero, vamos, que el toparnos
De nuestra Mantua en el centro
Al cabo de tantos años
Como hace que estamos muertos,
Dígole á ucé, seor Coquín,
Que lo veo, y no lo creo.

COQUÍN.

Pues no hay sino creer.

COSME.

¡Creamos!
Y pues que estamos viviendo,
Sea en serio, sea en broma,
Sea en veras, sea en sueño,
Que me digáis, os conjure,

[1] Galán de la comedia *La dama Duende*.
[2] Protagonista de *El médico de su honra*.

Vos que del honor ajeno,
Ya que no del propio, sóis,
Si no juez, testigo al menos,
Á cómo andamos de honra
Por los tiempos que corremos.

COQUÍN.

¿Del honor me preguntáis
Que ahora se usa?

COSME.

¡Sí por cierto!
Que es grave cuestión.

COQUÍN.

¡Bobada!
Nuevo sóis, á lo que infiero,
Si no sabéis que las honras
Ya al honor sustituyeron,
Y hoy, sin honras el honrado
Es un honrado tan huero,
Que llamarse honrado, á secas,
Es como comer buñuelos,
Que si no hay con qué enjuagarlos
Nunca pasan del gargüero.

COSME.

¡Pues no habrá honor!

COQUÍN.

Sí hay honor;
«Tengo el honor,» dice un necio,
«De ofrecerme de usarcé
Con muy rendido respeto:»
Y ni sirve para nada,
Ni tiene honor, ni es atento.
«Tengo el honor,» dice esotro,
«De pedir á ucé un empleo,»
Cuando lo que tiene es hambre,
Que es sólo honor de puchero.
«Anoche tuve el honor,»
Dice un lindo barbiluengo,
«De hablar á Inés en el baile.»
Y el marido exclama: «Ernesto,
El honor ha sido suyo.»
¡Ha sido!.... Tiempo pretérito.
«Ya tendremos el honor
De verle á usted en el juego.»
«Tengo el honor de ser rojo.»
«Tengo el honor de ser negro.»
«Tuve el honor de llamarme
Diputado por Cintruénigo.»
¡Y uno me llegó á decir

El otro día muy fresco:
«Cuando yo tuve el honor
De estar en el Saladero!»
.....
Conque del honor, decidme
Si anda ó no anda por los suelos.

COSME.

¡Ayer la vida era la honra!

COQUÍN.

Pues hoy la vida es almuerzo,
Cena, comida ó merienda;
Y si sirve de aderezo,
Ó de ensalada, el honor,
Será lo más que concedo,
Y ha de estar muy desganado
Quien necesite tal cebo.

COSME.

¿No hay quien recate su dama?

COQUÍN.

No se usan recatamientos.

COSME.

¿No hay quien ame?

COQUÍN.

No hay amor.

COSME.

¿No hay quien cele?

COQUÍN.

Ya no hay celos.

COSME.

¿Qué hace un mozo?

COQUÍN.

No hacer nada.

COSME.

¿Y los viejos?

COQUÍN.

No ser viejos.

COSME.

¿Las esposas?....

COQUÍN.

Ir de bailes.

COSME.

¿Las niñas?....

COQUÍN.

Teñirse el pelo,
Martirizar los pianos,
Y romper á hablar en sueco.

COSME.

¿Pues cómo? La hermosa lengua....

COQUÍN.

No hay más lenguas que el flamenco,
El alemán y el inglés;
Lo demás es torpe y feo.

COSME.

¡Qué! ¿No se habla castellano?

COQUÍN.

Se habla.... sí, de tiempo en tiempo;
En el teatro, los lunes,
Ó los viernes, por ejemplo;
En el Congreso.... algún día;
En los saraos, ni por pienso;
Rara vez en los periódicos,
Y al otorgar testamento.

COSME.

Decid, ¿cómo leen entonces
Los maestros?

COQUÍN.

¿Qué maestros?

COSME.

Á Lope, y á Garcilaso,
Á Cervantes, á Moreto,
Á Tirso, Alarcón y Rojas,
Á nuestro inmortal Quevedo

Y, en fin, al gran Calderón.

COQUÍN.

Pues claro está, no leyéndolos.
¡Quién es capaz de leer!....

COSME.

¿Y el Centenario?

COQUÍN.

Por eso,
Por eso precisamente
Ha nacido el pensamiento.

COSME.

No caigo.

COQUÍN.

Pues sóis muy torpe,
Porque bien claro es el hecho.
Se anuncian estas funciones
Hace seis meses y medio,
Y de mirtos y laureles
Tejen coronas á cientos
Las floristas y los sastres,
Los cómicos, los tenderos,
Las niñas de la enseñanza,
Los niños de los colegios;
Quiénes por hacer negocio,

Quiénes por matar el tiempo.
Anda la prosa por varas,
Andan los versos al peso,
La percalina por leguas,
Por fanegas los letreros.
Y entre toros, luminarias,
Procesiones y cortejos,
Una exposición de flores,
Otra exposición de lienzos,
Otra exposición de trastos,
Otra exposición de perros;
La Batalla de Tetuán,
La Mujer Gorda, el Buey Ciego,
El Gigante Japonés,
La Cabra Azul y.... Miss Zæo,
No hay español que repugne
Así.... después del concierto,
Ó al esperar la comida....
Ó antes de ir al Ateneo....
Para estar en situación,
Leerse de *La vida es sueño*
Una escena.... ó dos.... ó tres;
Y hasta otro siglo, *laus Deo.*

COSME.

Hombre, que usarcé exagera.

COQUÍN.

Por mi honor que no exagero.

COSME.

Pues vuélvome á me Manuel,
Que, aunque aturdido, era espejo
De caballeros galanes.

COQUÍN.

Ý yo á don Gutierre vuelvo,
Que, aunque adusto, era muy hombre,
Y en sus acciones entero.

COSME.

¡Coquín, qué tiempos tan lacios!

COQUÍN.

¡Cosme, qué tiempos los nuestros!

COSME.

¡Mas decidme!.... ¿Y vuestra capa?

COQUÍN.

¡Pardiez! ¿Y vuestro sombrero?

COSME.

Aquí estaban. (Busca.)

COQUÍN.

¡Sí que estaban!

Mas ¿dónde están? (Busca.)

COSME.

¡Volaberunt!

COQUÍN.

¡Voto á tal! ¿Pues hay ladrones
De casa y corte?

COSME.

Y tan diestros,
Que no los nombran ministros [1]
Por no hacer á alguien mal tercio.

COQUÍN.

¡Mal año!.... Vuelvo á morirme;
Llevadme á mi cementerio.

COSME.

No haré tal, que allí hay mudanza.

COQUÍN.

¿También allí? ¡por San Cleto!
¿No habrá paz para un difunto?

COSME.

Moved, hermano, los huesos,
Que el siglo, por lo que cuentan,

[1] Ministro se llamaba en tiempo de Calderón á los dependientes subalternos de la administración de justicia; á éstos sin duda se refiere el buen Cosme.

Es de bulla y movimiento,
Y con Dios quedad, hermano.

COQUÍN.

Id con Él, que con Él quedo.

.....
.....
.....
.....

Y aquí el romance termina;
Perdonad sus muchos yerros.

Madrid 25 de Mayo de 1881.

# EL ÚLTIMO SERMÓN

# EL ÚLTIMO SERMÓN

DÉJAME, hijo; no me des más *boticas*, ni me hagas más remedios; harto confortado estoy con los del alma, que, á Dios gracias, he recibido ayer, santo aniversario de la cena del Señor.... Ni me andes cerrando la ventana ocultándome la vista del cielo.... Así, ábrela más; ¡más!.... Que vea yo un trocito...., un trocito siquiera del hermoso firmamento, y el rayo de sol que ilumina la puerta de mi iglesia.... ¡Así!.... ¡Bien está! Dios te lo pague. ¿Ves? Ya estoy mejor; no con la mejoría de la carne....: en cuanto á eso.... chiquito, tú y tu padre, ese bobalicón de hermano que Dios me ha dado, y al que nunca he podido convencer de que soy su her-

mano y no su padre, habréis de resignaros.... ¡No llores, hombre!.... ¡Vaya! ¡Pues qué! ¿creíais que iba á pasar de viejo?.... ¡Sí!.... ya sé que me lloráis de veras, y es natural; ni nada os di en vida.... ni nada os dejo. Sóis mi sangre, eso sí, y os he querido, y os quiero, y vosotros sentís la separación.... y yo también: ¡es natural!....

Pero, oye, nada más que natural.... lo cual no quiere decir que, además de natural, sea justo, y bueno, y santo, el llanto excesivo y el extremado gimoteo, propio sólo de dolores paganos ó de falsos dolores, que todo viene á ser lo mismo. Digo que estoy mejor; más desembarazado de cuidados terrenos.... más cerca del fin.... ¡Sí, hijo! del fin para que todos nacimos, del fin último, del calvario al que todos hemos de llegar siguiendo de lejos el ejemplo del Divino Maestro.

.....

.....

¡Y mira tú qué bueno es Dios! Yo, que, aunque indigno, soy ministro suyo, no sufro nada en comparación de lo que, moral y ma-

terialmente, sufrió por mí, y por ti, y por todo el linaje humano, aquel divino Hijo suyo, que murió vendido, escarnecido y lacerado en cruz afrentosa. ¡Pobre de mí! Ni siquiera he hecho méritos para el martirio. ¡Ya, ya! confesor, y gracias.... Confesor de Cristo y de su ley, eso sí, hijo mío; confesor de su santísima ley, ante todo y sobre todo, sin despreciar á los hombres, sin escucharlos demasiado, sin grandes luchas, pero también sin grandes complacencias con el mundo y con la carne.

No he sido—¡así Dios por los méritos de su Pasión divina que hoy conmemora la Iglesia me perdone y me salve!—ni sabio eminente, ni orador insigne, ni docto polemista. Mi carga, sin embargo, es pesada, y no ha de valerme la falsa modestia ante la justicia de Aquel que me ungió para su servicio. ¡Ya ves tú! Al fin he gobernado cuarenta años esta parroquia, y he de dar cuenta á Dios de las almas de dos generaciones.

¡Señor! ¡Señor! Vos me las disteis, vos me las quitáis.... ¡Cúmplase vuestra voluntad santísima.... Déjame la cruz, chiquito, déjamela;

¡he de besarla!.... Todavía puedo adorar el santo leño del que aún está pendiente mi vida: luego, muy luego, pasaré.... si Dios me perdona...., y entonces la cruz.... seguirá amparando aquí en la tierra á los que aspiren á la patria celestial.

.....

.....

¡Señor, vos me las dísteis, y ahí las tenéis: ahí están esas pobres almas, en vuestro santo templo, congregadas á una voz que no es la mía, pero que habla mis propias palabras, que son vuestras, ¡Señor!, pues yo no he dicho otras palabras que las vuestras: ahí las tenéis: son almas de hombres, rudas y altivas unas, otras flacas y decaídas; soberbias ó perezosas, según la carne que las viste; pero almas cristianas en quienes vive, á pesar de la carne, encendiendo y purificando el libre albedrío, la gracia bautismal que por vuestra misericordia no han perdido.

Ahí están, Señor, en vuestro templo, que gracias á ellos no se ha derrumbado todavía, postrados ante el altar que su piedad, en con-

sorcio con su pobreza, sostiene; ahí están llorando, no mi enfermedad ni mi muerte, que es poca cosa, sino la muerte del Señor su Dios y vuestro Hijo, los dolores y angustias de su Madre Santísima.

.....

.....

Son los más ancianos como hermanos míos, y quedan ya pocos; los que los siguen son mis hijos, y miro como á nietos y biznietos á los pequeñuelos. Es, Señor, mi familia, mi grey; como padre y pastor he mirado por ella. ¡Dios sea bendito! No falta, á pesar de las borrascas y temporales, ni una sola oveja de las que Vos me disteis.

No los he hecho sabios; nadie da lo que no tiene; ni son los pobres ni muy cultos, ni muy refinados, ni muy industriosos. ¡Pecados no les faltan!, ni trabajos tampoco, ni fe, ni esperanza, ni caridad, que si no lavan los pecados, ayudan á perdonarlos. ¡Perdón, Dios mío, si no he sabido hacer hombres perfectos! Ampáreme vuestra misericordia, si al fin son hombres, esto es, si aún son cristianos.

Ahí están todos: sólo los inútiles y los enfermos se han quedado en casa; ahí están con vos y para vos; pero nadie, ni mi hermano siquiera, se ha dejado en casa, ó en el campo, ó en la feria, su espíritu.

..... ..... .....

.....

No digo yo que todos guarden compostura en los oficios, porque lo que es crianza no he podido metérsela nunca en la cabeza, y estoy por apostar á que los chicos de la escuela andan pegándose pellizcos los unos á los otros: ¡cosas de muchachos!; pero nadie pecará por malicia, y aunque ninguno sabe latín, ni falta que les hace, ni chicos ni grandes ignoran, ¡Señor!, lo que muchos sabios no saben. Honrar vuestro nombre y aplicar á sus culpas los méritos de vuestra Pasión y muerte.

Eso lo saben como si fueran estudiantes de teología, y mejor que algunos estudiantes; ¿no es verdad, chiquito?....—¡Ya lo creo! ¿Quién no sabe en el pueblo de corrido la historia de la Pasión? ¿Quién no conoce sus personajes? Quién ignora su significado? Y siendo la Pa-

sión de Jesús el compendio y resumen de su vida, de su doctrina y de sus ejemplos, ¿quién no es aquí cristiano? Y ¡vaya! que sin gran trabajo lo han aprendido; y cuando los pobres se resistían á aprender la doctrina, ó, mejor dicho, á entenderla, porque, aunque toscos y rudos, ninguno peca de indócil ni soberbio, con los ejemplos de la Pasión, todo se lo he metido en la cabeza.

¡Pobrecillos! —«¿Os acordáis de Judas?»— les decía.—«Sí, señor; el que vendió á Jesús,» solían responderme en coro.—Pues bien: ese es el ejemplo del ambicioso, del avaro y del usurero; empezó por regatear á Jesús el precio del bálsamo que la mujer piadosa derramó sobre su cabeza en casa de Simón el leproso, y concluyó entregándole por treinta dineros en el huerto de las Olivas.

—«¿Queréis saber lo que es un hipócrita? Pues ahí tenéis á Caifás, que rasgaba sus vestiduras en señal de escándalo, oyendo á la calumnia pronunciar un falso testimonio que él la había dictado.»

—«Pilato es la fiel expresión de la pereza,

que por no enterarse condena, y del cobarde escepticismo, más cruel á veces que la misma crueldad.»

—«En el pueblo judío, amotinado y fiero contra su propio Dios, tenéis pintada con colores de eterna verdad á la plebe orgullosa y soberbia, bien distinta, por cierto, del verdadero pueblo, pues éste, bien regido, es el nervio del Estado y la sangre de la república, y aquélla, ó guiada por sus apetitos, ó gobernada por los que explotan sus pasiones, ni obedece á Dios, ni sirve al César, ni se vale á sí misma.»

—«Contemplad, contemplad—les he dicho muchas veces—lo que era aquella multitud injusta y sanguinaria, que pedía la libertad del facineroso y la crucifixión del Salvador; considerad que no era aquel un pueblo ignorante de su ley, sino vano, soberbio y ciego en su interpretación; no un pueblo gentílico, sino una raza disputadora, pleitista, envidiosa y artera; que no les perdió su ignorancia, sino su vanidad; ni fué su corazón, sino su entendimiento, el deicida; y aprended, apren-

ded á ser modestos, prudentes y humildes, á no valeros de vuestro propio juicio, á no enamoraros de vuestras propias obras, á no llamar á Dios en vuestro abono, ni en vuestro auxilio, ni en vuestra ayuda, cuando el orgullo habla por vuestra boca, cuando la soberbia os divide, ó cuando el demonio os amotina y os junta!»

.....

.....

Y también, Señor, les he hablado de las virtudes, de esas altas y sublimes virtudes que, como estrellas en el azul del cielo, esmaltan con brillantez sobrenatural la noche preciosísima de vuestra adorable Pasión.

De la humildad con que os entregasteis á la ley del Padre y al miserable poder de los hombres.

De la mansedumbre con que perdonasteis á vuestros enemigos.

De la fortaleza con que sobrepujasteis el dolor carnal de la muerte.

De la fe con que os encomendasteis al Padre.

De la esperanza que nos dejasteis en vuestra Santa Madre y en vuestro más amado discípulo.

De la caridad con que consolasteis en el buen ladrón á todos los pecadores arrepentidos.

.....

.....

¿Qué dices, chiquillo?.... ¿Que me agito?.... No lo creas.... ¿Que deliro?.... ¡Dios no lo permita! ¿Ves? Estoy tranquilo, y en lo posible.... al fin soy hombre.... contento. He vivido, he hecho algo.... he amado. Muero sin enemigos.... no los conozco al menos.... ó si alguno tengo, le perdono. Así Dios nos perdone á todos.

.....

.....

—¿Qué hora es? ¿Las nueve ya? Debe acabarse ahora la lectura de la Pasión. ¡Pobre, pobre pueblo; no llora más que un día la muerte de su Dios; pero ¡Dios mío! haced al menos que la llore sinceramente....!

—¡Calla!.... ¿no oyes?.... *Sitio!*.... ¡tengo

sed!.... ya concluye.... *Sitio!* ¡qué hermoso grito! ¡Sed de paz, sed de gloria, sed de eterna ventura, de tránsito infinito, de inefables deleites! *Sitio!*... Muchacho....—Yo también la tengo....

.....

.....

—Ya concluyó todo.... no te asustes.... ¡Sí! ¡puede que haya hablado demasiado!....—¡Calla!..... ¡no llames á tu padre! ¡no alarmes al pueblo!.... Deja, deja que oiga de rodillas y con lágrimas de arrepentimiento cómo concluye el drama de nuestra redención.... ¡la Cruz! ¡bendita Cruz!—¡Sí! bésala tú también.—¡Dios mío!—¡Que Él te haga un santo.... y acuérdate de que has oído.... mi último.... ¡sí, hijo mío!.... mi último sermón!

8 de Abril de 1882.

# VARIA

# CALLEJEANDO

INDUDABLEMENTE Madrid no es hermoso. Mírale el cielo con azules y despejados ojos; caliéntale el sol con amorosos y dulcísimos rayos; oréale el viento de Guadarrama con sutiles brisas, pero no corresponden á la majestad y belleza de este fondo los contornos y giros del paisaje, ni la armonía de las figuras, ni la ordenación de las perspectivas.

Todos, ó casi todos los pueblos de España, tienen una fisonomía propia y característica. Toledo es pintoresco; Sevilla es alegre; Valladolid severo; Barcelona grandioso; Cádiz ele-

gante; Burgos sombrío; Pamplona señoril; San Sebastián atildado y pulcro.... ¿Qué es Madrid?

Pues es un pueblo que ha llegado á corte sin haber sido nunca ciudad; es una corte definitiva que no ha dejado nunca de ser provisional; es un proyecto eterno que jamás arriba á su perfecta conclusión; es, en fin, centro y cabeza de un Estado constitucional, que, á fuerza de Constituciones, no concluye nunca de constituirse.

Y ¡caso raro! lo único constituído y armónico es su Plaza de la Constitución, trazada, alineada y concluída precisamente en tiempos de la monarquía absoluta.

*
**

Se llega á Madrid por la estación del Norte; es decir que se llega de Europa; y al subir por la Cuesta de San Vicente, parece que la ciudad debe encontrarse en la meseta central de aque-

lla colosal subida, ó acampada á la derecha en los cerros de las Vistillas, ó recostada á la izquierda en las faldas de la Moncloa, donde el sol ilumina aquel puñado de elegantes palacios, de airosas cúpulas y de graciosos miradores, adonde se dirigen aquellas hermosas vías que cruza el prosaico y nivelador tranvía.

Pues no; la población no está allí, ni tampoco, como antes estaba, mirándose al Oriente en la vega del Manzanares, que á aquella distancia todavía reverbera los rayos del sol, y juega y coquetea como hijo único á quien toda inutilidad y pereza ha de ser perdonada.

Para encontrar la ciudad, la verdadera ciudad, y no los arrabales mal aliñados y añadidos, hay que pasar por varias encrucijadas estrechas, por varios vallecillos sombríos, por muchos callejones oscuros: tropezar con curiosas y entrometidas esquinas, y con edificios descompuestamente alineados; desembarazarse, en fin, de callejuelas laberínticas y de inexplicables é injustificados recodos; y subiendo y bajando, levantando y cayendo, entrar, como garbanzo disparado

:

por cerbatana, en la Puerta del Sol, centro y cabeza, ó, si se quiere, estómago de la ciudad moderna, orgullo municipal de los madrileños, parto laborioso de las imaginaciones concejiles, que empezó por plaza y concluyó por calle, si es concluir en alguna cosa aquel jugar al corro de la mitad de sus casas, mirando correr una fuente, que no está en su centro porque tan desdichado perímetro no puede tenerle, ó aquel alinearse de la otra mitad de sus edificios, abrigando por un lado el ministerio de la Gobernación, y dejando por otro insuficiente entrada á la tortuosa y empinada cuesta de las Carretas.

*
**

Muchas cosas podría preguntarse el curioso viajero colocado en el centro de aquel irregular anfiteatro de casas. Por qué, por ejemplo, son más anchas las aceras del Mediodía que las del Norte, ó por qué la calle de la Mon-

tera no desemboca enfrente de la de Carretas; la Carrera de San Jerónimo no alinea con la calle Mayor, y la del Arenal le hace un quiebro ó regate á la de Alcalá; por qué se separan como amantes reñidos la calle del Cármen y la de Preciados, para juntarse luego á los pocos pasos, y qué planes se propuso la calle de Tetuán al acomodarse con tanta anchura en sus comienzos, para culebrear luego hacia Capellanes por un lado, ó irse por el otro de tapadillo, y casi á oscuras, á hacer la compra en la plaza del Carmen.

De esto y de las vacilaciones y veleidades de la calle de Alcalá, incomprensibles en tan principalísima y elegante dama; de las inconsecuencias de la Mayor, á quien por las plazuelas y puestecillos que la adornan, tanto como por su antigüedad, pudiéramos llamar vieja verde; de las rinconadas y jorobas, mal avenidas con sus pocos años, de la del Arenal; de la angostura de la Carrera de San Jerónimo; de la fatigosa existencia de la de la Montera, y del melancólico adiós que da la de Carretas, á menos de la mitad de su curso,

á los esplendores del centro de la corte, podría ocuparse el viajero, si el cuidado de desembarcar su equipaje, á veinte metros de la puerta del hotel, mojándose si llueve y lleva enfundado el paraguas, ó derritiéndose los sesos si hace sol, se lo permitiera, y si el bullir, el agruparse y el murmurar de los desocupados y cesantes, que literalmente cuajan la acera á todas horas y bajo cualquier presión atmosférica, le dieran lugar á la meditación ó á la crítica.

*
**

Pero descansa el viajero, si es descansar en la mejor fonda de la mejor calle de la mejor ciudad de un reino europeo, bajo un régimen administrativo y económico también europeos, tener el lecho del descanso forzosamente colocado al lado de un balcón ó pegado á la esquina de la plaza ó de la calle más bulliciosa de esa ciudad bulliciosísima; y á la

mañana siguiente sale de su cuarto y de su fonda decidido á explorar el terreno que se extiende á un lado y á otro de la anchurosa y si se quiere risueña plaza que ya conoce.

*
**

Decidle que no suba la calle de la Montera, que, falaz y traidora, se abre á su lado por la izquierda, si no quiere que á los pocos pasos de su desatinada pendiente se los cierre el olfato con el enciclopédico ramillete de perfumes que se escapan de la plazuela del Carmen, allí colocada por la previsora mano de nuestra administración municipal, precisamente por ser el sitio donde la población está más apiñada, donde el espacio escasea más, donde las casas son más altas, y donde la ventilación es más difícil.

No le llevéis tampoco por la calle de Preciados, si no es para demostrarle cómo en el espacio de veinte años, que cuentan á lo sumo la

mayoría de sus casas, puede haber en una calle cuatro ó cinco proyectos distintos de alineaciones diferentes; y si pasáis revista á este singular fenómeno municipal, pasádsela de prisa, antes de que la vertiginosa calle del Postigo os atropelle, y arrimaos con mucho cuidado á la pared para llegar por lo más estrecho de la calle á un páramo extenso, ventilado é inútil, como el que es á un mismo tiempo Plaza, Bajada y Cuesta de Santo Domingo, Costanilla de los Ángeles y no sé cuántas cosas más, como las que resultan de la extraordinaria concurrencia de calles, callejuelas y callejones que allí se dan cita, después de mil trabajos, para no hacer ni concluir cosa ninguna.

Y ya que estáis allí, explicadle, si podéis, el por qué, el cuándo y el cómo de las bajadas y subidas de la calle de Leganitos, que, á lo que parece, debía ser, y no lo es, una de las principales arterias de la población, y la razón filosófico-estratégico-topográfica de haber dejado acaso la mejor calle de Madrid, la ancha de San Bernardo, sin comunicación directa ni decorosa con el centro de la villa, y persua-

didle de que vía tan anchurosa y llana, casi única entre todas las de la corte, sólo conduce á un hospital, no muy bien construído ni muy sólido, mientras que otras más tortuosas y estrechas llevan al transeunte, ó á importantes edificios públicos, ó á centros populosos, ó á barriadas nuevas que allí se han colocado por no encontrar sitio peor en que establecerse.

*
**

Si el viajero, al oir hablar de hospitales, os habla de su orientación y condiciones sanitarias, confesadle que el General está situado en la parte más baja de Madrid, que ayer fué extremo de la población, y hoy es casi centro de un incipiente y populoso barrio que mañana aprovechará sin perder un átomo los miasmas de sus fiebres endémicas, ó de las epidemias que quiera el cielo enviarnos; añadid que el militar ocupa un hermoso edificio, sin otro defecto que el de haberse construído para co-

legio ó Seminario de nobles, y no para hospital de soldados; pero que, aparte de esto, y de estar también en el centro de un barrio importante, y en la orientación más á propósito para que los vientos del Norte, que generalmente reinan en Madrid, extiendan por la villa las emanaciones de sus dormitorios, que se escapan por sus innumerables y rasgadas ventanas, son éstas, y la disposición general del edificio, muy á propósito para que los convalecientes de tercianas tomen el fresco, y los enfermos de viruelas, á la vez que logran una rápida escamación asomados á las susodichas rejas, prolonguen su estancia en el establecimiento, sudando, si pueden, una pulmonía, ó reponiéndose de un reuma.

*
**

Como suponemos que el viajero quiere enterarse de todo, y los edificios públicos forman la más esencial parte de ese todo ambicioso

que se propone reconocer y visitar, enseñadle uno por uno cuantos labró para los usos del progreso (que sólo ha conservado, eso sí, los que podían serle de alguna utilidad próxima ó inmediata) la calumniada mano del oscurantismo: los conventos que son hoy ministerios, ó cuarteles, ó palacios de Justicia; las iglesias que son oficinas; los hospicios y hospitales que están sin rentas; el Palacio Real, empezado en tiempos ominosos, y que estos tiempos de ilustración y progreso no han terminado, y la antigua Aduana, que sería sobrado edificio para las dependencias de Hacienda de una nación cuya Deuda no abultase tanto.... en papel como la nuestra.

*
**

Y si después de esta rápida ojeada por el Madrid moderno, que podéis ampliar con excursiones suburbanas por la Rivera de Curtidores, por los alrededores del puente de To-

ledo, por el camino de los Camposantos, por las odoríferas Peñuelas, por el tétrico y sombrío barrio del Pacífico, y por el campamento provisional de una ciudad sitiada, llamado vulgarmente barrio de Salamanca, os pregunta el viajero por la situación financiera de la municipalidad de Madrid, confesadle llana y sencillamente que todavía, haciendo lo que hace, ó lo que es igual, no haciendo nada, ó haciendo tan poco por el ornato, salubridad y decoro de la corte de España, consume, sin embargo, al año un considerable presupuesto de ingresos, y aumenta anual y gallardamente con unos cuantos millones la cifra ya considerable de su deuda flotante.

Madrid 6 de Noviembre de 1880.

# DE VIAJE

El establecimiento en España de los ferrocarriles ha despertado entre los españoles, y singularmente entre los madrileños, genuinos representantes de nuestra raza, esta singularísima idea, que no sabemos haya acompañado en ningún país del mundo á la introducción de aquel importantísimo adelanto:

«El ferrocarril sólo sirve para trasladarse en el menor tiempo posible á la mayor distancia conocida.»

*
**

Las provincias del extremo Norte de España, los departamentos fronterizos de la na-

ción vecina, Lyón, Marsella, París y hasta Berlín y Londres, están hoy, como quien dice, á las puertas de casa. Entre tanto, ciudades importantes del interior de España, comarcas pintorescas y amenas, poblaciones llenas de recuerdos históricos y de monumentos artísticos, centros agrícolas ó fabriles, que, cuando menos, debían inspirar al madrileño esa curiosidad indulgente que el explotador experimenta alguna vez hacia el explotado, y que lleva al parásito á frecuentar la casa y á enterarse de la organización doméstica de su anfitrión, continúan, á pesar de los ferrocarriles, á la misma distancia en que estaban en tiempo de las diligencias...; á la inmensa y desmedida distancia á que los coloca el injustificado desdén de los viajeros elegantes.

Lejos de ganar bajo este punto de vista, creemos de buena fe que se ha perdido desde el establecimiento de los ferrocarriles.

Antes, era frecuente topar con algún individuo, que, aprovechándose del tiempo que ocupaba un relevo del coche-correo, y previa la aquiescencia del conductor, visitase la ca-

tedral de Burgos, la de León ó la de Palencia, se asomase en Toledo al famoso miradero á contemplar las revueltas aguas del Tajo, entreabriese en Ávila la puerta de la basílica de San Vicente, ó se detuviera en Valladolid á fumar un cigarro delante del palacio de Felipe II; pero como los ferrocarriles *no mudan tiros*, hoy es tan difícil encontrar un español (es decir, un madrileño) que conozca, aunque no sea más que de vista, cualquiera de esos monumentos ó sitios públicos, como tropezar con cualquiera que no se halle perfectamente enterado de las calles y sendas del bosque de Bolonia, de la altura exacta de la cúpula de los Inválidos, y del número de peldaños de la escalera de la columna Vendôme, ó al que no le sean tan familiares como la Fuente Castellana y el Retiro, el paseo horizontal de Aguas Buenas, las *allées marines* de Bayona, la rue Mazagrán de Biarritz, y hasta el Hide-Park de Londrés ó el Prater de Viena.

*
**

Y si estas ambiciosas exploraciones se hiciesen con espíritu investigador y analítico, y tuvieran por objeto el estudio de la administración, de la política ó de las costumbres de esos países, todavía tendría disculpa esa traslación costosísima que durante los meses de Julio y Agosto hace de su persona, familia y penates todo madrileño acomodado; pero ¿á qué estudios ni á qué investigaciones va á dedicarse el conde del Olmo, con la condesa su esposa, cuatro niños menores de diez años, una aya francesa, una *bonne* alemana, dos doncellas andaluzas y seis baules-mundos, que de fonda en fonda, de chalets en casas de huéspedes le acompañan trabajosamente, comprando en cada pueblo un cofre y dejándose en cada hostería un saco de noche?

¿Qué va á hacer á Inglaterra, á Suiza ó á Bruselas el acaudalado Sandiochea, natural de Amurrio, sin saber el inglés, ni el francés, ni el alemán, siquiera como el castellano, y sin más compañía que su hija, recién salida de un convento, su hijo, discípulo de los escolapios, y un ama de gobierno, que *se marea en*

*el tren*, que desde que vino á Madrid de Valmaseda, atravesada en un macho de arriero, no ha hecho más viajes que los precisos desde casa de su amo á la plazuela del Carmen?

*
**

Pero dejemos á estos personajes, que acaso necesitan acrisolar su importancia á los ojos del vulgo con tan remotas expediciones, y vengamos al vulgo de los emigrantes veraniegos. Vengamos á esa masa de viajeros innominados, cuya salida de la corte no merece un suelto especial de *La Correspondencia*, ni un lugar preeminente en las revistas de salones de *La Época;* á ese montón de viajeros que se apiña todos los años en los boulevares de San Sebastián, que se hacina en los establecimientos balnearios de Guipúzcoa, que se fríe en el Cabañal de Valencia, que se codea y se aprieta en el Escorial, ó se fastidia en San Juan de Luz, ó se deja saquear en Biarritz, ó

vuelca de los ómnibus y de los landós en las cuestas de los Pirineos, y preguntémosles, si el apresuramiento de su marcha nos da lugar á colocar esta pregunta:—¿Quieren Vds. hacer el favor de decirnos qué es lo que buscan fuera de Madrid?

*
**

Suponiendo que tengan tiempo para respondernos entre el que necesitan para no perder el tren, ó para facturar el equipaje, ó para engullir en dos bocados la eterna comida del buffet de la estación, seguramente que han de respondernos:

—Buscamos, claro está, un aire más fresco y más puro que el de la corte, un sol menos abrasador y una atmósfera más respirable.

—Buscamos descanso para nuestro espíritu, reposo para nuestro cuerpo: el dulce silencio del campo, la calma refrigerante de la natura-

leza: árboles que den sombra, prados que den frescura, fuentes y arroyos sin aguadores ni lavanderas, noches sin faroles de gas ni luz eléctrica, alboradas sin barrenderos, anocheceres sin gritos, ni confusión, ni tumulto.

—Perfectamente: ¿y á dónde van Vds. á buscar todo eso?

—Pues, verá V.: ahora vamos á San Sebastián, donde nos han buscado casa en la calle de Narrica, núm. 7, cuarto entresuelo de la izquierda.

—¡Muy bien! sobre todo, para gozar de extensos horizontes.

—Luego iremos á Bilbao para las corridas.

—¡Admirable! bajo el punto de vista de la tranquilidad y de la vida campestre.

—Después daremos una vueltecita por Bayona, Biarritz, tres días á Burdeos, quince en Cauterets, otros ocho recorriendo los Pirineos; y más tarde por Pamplona á Zaragoza y vuelta á Madrid, después de tomar en Alhama un setenario de baños.

—Pues, amigos míos, indudablemente han escogido Vds. el mejor itinerario para huir del

calor, de las multitudes, de los apretones y de la confusión de los grandes centros.

—¡Qué! ¿No aprueba V. nuestro proyecto de viaje?

—Al contrario: reciban Vds. mi más cumplida enhorabuena.

# LA INDUSTRIA Y EL AGUA

El ardor estival que, anticipándose lo menos en dos meses á su habitual carrera, caldea este año la atmósfera de nuestro amable planeta, desmintiendo, por ahora al menos, el pronóstico de los sabios que le tienen condenado á morir de una pulmonía, trae involuntariamente á la imaginación, evocadas por la imperiosa ley de los contrastes, ideas de frescura, de blandos temporales, y de suaves y líquidas corrientes.

La humanidad no puede ya consigo misma; la prolongada sequía que la persigue desde hace ocho meses ha consumido sus jugos más preciosos, y predispuesto á desórdenes congestivos sus órganos más importantes; los

cuerpos echan chispas; vemos secarse hasta los corazones más sensibles; en una palabra: la sociedad está con un palmo de lengua fuera.

Todo está seco. Diríase que las nubes, otros años tan pródigas en beneficios, han trasladado en éste su utilísimo ministerio á otras esferas, y regañadas temporalmente con nosotros, se han declarado en huelga, ó abandonado por otra mejor su antigua clientela.

Hasta la lluvia de preguntas, que en más afortunadas estaciones caía en los cuerpos colegisladores sobre los ministros responsables, ha cesado de fecundar el campo de las luchas políticas. Las fuentes de la riqueza pública no dan agua sino para los más precisos enjuagues de la Bolsa y de los agiotistas; se han secado las corrientes de la opinión, y á nadie se le ocurre ¡inútil propósito! el de encauzar las discusiones, ó el de oponer un dique al torrente impetuoso de la oposición parlamentaria.

Así se explica que el ministerio Sagasta, atento á la idea de no desperdiciar ni una sola gota del líquido precioso, navegue entre dos aguas, y que el conde de Toreno, miembro

distinguido del Círculo de Asturianos, y, por lo tanto, peritísimo en fontanería, haya tenido la delicadeza de pronunciar un discurso de cuatro horas, sin menguar ni un solo litro el caudal potable del vecindario de la corte.

*
**

No hay que tomarlo á broma: estamos amenazados seriamente de morir ahogados; pero ahogados de sed: caso mucho más angustioso que el de morir sumergidos en agua.

Los astrónomos y los geólogos darán las explicaciones que quieran de este fenómeno. Ellos, á escribir sobre el asunto, y nosotros á no leerlos; la lucha no puede afectarnos en modo alguno; pero sean cuales fueren sus conclusiones científicas, á nosotros no habrá quien nos quite de la cabeza que el agua se ha retirado de nuestra zona, profunda y justamente ofendida por el abuso que de ella hacíamos, por el empleo afrentoso y poco divertido á que la teníamos condenada.

*
**

En su lucha con la naturaleza, la industria todo se lo permite, y de vez en cuando la naturaleza toma la revancha, recordando á los hombres que ella á su vez dispone de fuerzas y de recursos ignorados para defender sus derechos.

Diariamente nos sorprende el portentoso relato de una de esas batallas gigantescas en que los titanes del arte ó de la ciencia han vencido al monstruo, ora aplanando una montaña, ora rompiendo un continente y comunicando uno con otro dos océanos que no se conocían ni de vista.

Ya se anuncia, como cosa sencilla, que entre uno y otro mundo interrumpe el horrible silencio submarino el rumor bullicioso de una conversación interoceánica, en la que París y Nueva-York cambian diariamente sus impresiones ó se comunican por las noches la cotización oficial de sus respectivos mercados; ya se proyecta, en vez de cable, un camino por tierra firme, encima del cual rujan inútilmente las tormentas, las olas se encrespen unas contra otras, faltas de su ordinaria

presa, y en cuya profundidad misteriosa, allá, más abajo de la triste tumba de los náufragos, corra veloz é indiferente la bulliciosa locomotora, deteniéndose, si es preciso, en fondas bien surtidas, conduciendo entre hileras de reverberos y pintorescas estaciones, á los expedicionarios que tomen para Inglaterra billete de ida y vuelta á precios reducidos.

*
**

Hemos obligado al agua á mover nuestros artefactos, retorciéndose y despedazándose, como en la rueda del potro, en la incansable rueda de una turbina.

Hemos desecado pantanos bajo pretexto de su insalubridad, y hemos obligado á sus aguas á dispersarse por nuestros campos para esponjar la ingrata tierra que nos alimenta, destruir los insectos que la devoran, ó regar la arboleda que nos da sombra.

Hemos apartado á los arroyos de sus padres los ríos, y hemos robado los ríos á sus madres, privándoles en nuestros canales y acueductos

de las caricias del sol, condenando á sus alegres ondas al tormento de la oscuridad, para llevarlas, después de un viaje penosísimo, á nuestras yertas é insoportables ciudades, y hacerlas allí tributarias de nuestras costumbres, testigos de nuestra ociosidad, alivio y descanso de nuestra atareada é incurable pereza; y como si esto no fuera bastante, hemos prodigado locamente su caudal generoso por plazas y calles, las hemos barrido con innoble desprecio por oscuros sumideros, hemos fatigado su curso subiéndolas hasta las buhardillas, y las hemos hecho servir en sótanos y caballerizas á los más pedestres y degradantes usos de nuestras costumbres refinadas.

*
**

No hay quien me lo quite de la cabeza.... hemos abusado de las aguas.... hemos llegado á cansarlas, á fuerza de arte, á fuerza de ciencia, á puros enjuagues, á puros baños, abluciones, gárgaras, pulverizaciones y lavoteos.

Las nubes miran ya con horror los estable-

cimientos hidroterápicos, las termas, las casas de baños y las piscinas. Los grifos, los chorros, los surtidores y las regaderas, considerados desde la altura en que se ciernen, les parecen instrumentos de suplicio, y alejándose, alejándose lenta pero estudiadamente de la tierra, parece como que dicen con irónica melancolía á las jofainas, á las esponjas, á los lavabos, á los fabricantes de paraguas y á los fabricantes de vinos:

«Nos vamos aburridas; no cuenten Vds. más con nosotras.... ahí queda eso. Cúlpense Vds. á sí mismos de su imprudencia, y.... lávese el que pueda.»

Abril de 1882.

# FRASES SUELTAS

DIÁLOGO QUE NECESITA TRADUCIRSE.

*En las carreras de caballos:*

—¿Llevas algo en el *Cosmos?*

—No: hice mi última apuesta en el *Handicap.*

—¿Por cuánto te ganaron?

—Por dos cabezas.

—

Otro en el mismo sitio, apostando dos elegantes por el éxito respectivo de dos caballos.

Un elegante:

«¡Soy Granuja!»

Otro elegante:

«¡Soy Jumento!»

Este diálogo no necesita traducción de ninguna especie.

*
**

En tiempo de baños.

*Un caballero entrando en un establecimiento tipográfico:* ¡Señor regente! Un bañero y ropa.

*El regente, justamente ofendido:* Señor mío, viene V. equivocado: ¡esta es una imprenta!

*El caballero, como quien responde triunfalmente á un argumento poco sólido:* Diga V., amigo mío: ¿y en dónde mejor que en una imprenta puedo tomar un baño de impresión?

*
**

Un amigo mío acostumbraba no beber vino en los establecimientos balnearios que fre-

cuentaba. Cuando alguno se permitía interrogarle sobre el fundamento de esta costumbre, respondía invariablemente:

—El médico me tiene prohibido mezclar aguas.

*
**

En la Carrera de San Jerónimo oí á principios del verano el siguiente diálogo:

—Yo voy á Alhama; ¿y tú?

—Yo á Puertollano.

—Pues yo á Alzola.

—Y yo á Vichy.

—Y tú, ¿á dónde vas? preguntó uno de los futuros viajeros á un joven triste y macilento que no decía una palabra.

—Á mí me han mandado baños sulfurosos.

—Pero, ¿á dónde vas á tomarlos?

—Á casa de mi suegra, que se sulfura dos veces al día.

*
**

Es conocida la máxima de higiene hidroterápica, que aconseja al enfermo pasear un rato entre sorbo y sorbo del elíxir vivificante.

Los comensales del elegante y concurrido balneario de H..... advertían con asombro que uno de los enfermos más asiduos del establecimiento, lejos de acompañarles en sus paseos, se retiraba á su cuarto ó se tumbaba á dormir en uno de los divanes del salón, después de haber absorbido concienzudamente el número de vasos reglamentarios.

—Pero, hombre, se atrevieron á decirle sus compañeros: con ese método logrará V. ponerse malo; ¿por qué no hace V. ejercicio? ¿por qué no pasea el agua?

—¡Ah, señores! respondió el aludido con marcado acento gallego; bastante la he paseado en mis tiempos; ¡ahora me toca descansarla!

El infeliz era un aguador retirado.

*
**

EN UN DÍA DE LLUVIA:

—Diga V., sargento Retuerta: ¿por qué se cuadra V., con el tiempo que hace, delante de ese canalón, como si fuera un oficial ó un jefe?

—Mi capitán, ¿ha leído V. *La Correspondencia?*

—No: pues ¿qué dice?

—Dice lo siguiente: « Las lluvias son generales en toda la Península.»

*
**

EN LA INSTRUCCIÓN DE QUINTOS:

Un sargento:—¿Cuál es el empleo de más graduación que hay en el ejército?

—El capitán general.

—¿Y luego?

—El teniente general.

—¿Y después?

—El mariscal de campo.

—Diga V.: ¿y los ordenanzas?

—¡Animal! Esos forman siempre á la cola.

—Diga V.: y entonces, cuando entra un general en una plaza, ó muere algún personaje, pongo por caso, ó pasa una revista, ¿por qué dicen los papeles públicos que «le han hecho los honores de Ordenanza?»

# ÍNDICE


Págs.

Dedicatoria..... v

PERIÓDICOS Y PERIODISTAS.

Cuadro primero.—El Noticiero..... 9
Cuadro II.—El Redactor de punta..... 19
Cuadro III.—El Redactor teólogo..... 27
Cuadro IV.—El Director..... 37

USOS Y COSTUMBRES.

Modas..... 53
Los ángeles del día..... 61
La caridad en baile..... 67
En coche.—Escena cómica..... 77
La taberna elegante..... 89
La ciencia de no curar..... 99

LA SOCIEDAD Y EL TEATRO.

Los cursis.—Comedia en tres actos y en verso, original de D. Juan José Herranz..... 113
Los bufos..... 125
*El arte cosmopolita.*—En la comedia italiana..... 129
En la comedia francesa..... 135

EL TESTAMENTO DEL INDIANO.

El testamento del indiano.—Cuento inocente..... 143

LA PIEDAD CORRIENTE.

Lo nuevo..... 163
El ayuno y la anemia..... 171
La mujer y el marido..... 181
En familia..... 191

PRESUPUESTO.

Presupuesto.—Capítulo único.—¡No me sale!..... 211

ALGO DE POLÍTICA.

La patria.—Escena de familia..... 223
De la Constitución.—Artículo único..... 233
Los que vuelven y los que se van..... 241
Popularidad é inconsecuencia..... 249
La piqueta..... 257
La mujer-funcionario..... 265
Caracteres..... 277

ENTRE ESCUDEROS DE ANTAÑO.

Entre escuderos de antaño.—Entremés que pudo representarse durante las fiestas del Centenario de D. Pedro Calderón de la Barca..... 289

EL ÚLTIMO SERMÓN.

El último sermón..... 307

VARIA.

Callejeando..... 321
De viaje..... 333
La industria y el agua..... 341
Frases sueltas..... 349

OBRAS

DE

# D. SANTIAGO DE LINIERS.

---

NOVELAS MADRILEÑAS.—Una carambola.—El collar de perlas.—Á caza de un prólogo: un tomo, 12 rs.

TODO EL MUNDO.—Breves apuntes acerca de lo más importante que debe saber y de lo más preciso que debe ignorar el hombre moderno para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia: un tomo, 12 rs.

EL GRITO EN EL CIELO.—Farsa lírica, en dos actos, escrita en colaboración con D. Juan José Herranz: 8 rs.

AL GRAN ORIENTE.—Sainete en un acto, escrito en colaboración con don Juan José Herranz; forma parte de la Biblioteca titulada *La Familia Cristiana:* 4 rs.

LA FILOCALIA, ó arte de distinguir á los cursis de los que no lo son: un folleto, 2 rs.

EN PREPARACIÓN.

TODO EL MUNDO.—Segunda edición, corregida y aumentada.

LOS PARÁSITOS.—Novela.

LA CRUZ DEL TENIENTE.—Novela.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

**Novelas madrileñas.**—Una carambola.—El collar de perlas.—A caza de un prólogo: un tomo, 12 rs.

**Todo el mundo.**—Un tomo, 12 rs.

**El grito en el cielo.**—Farsa lírica en dos actos, escrita en colaboración con D. Juan José Herranz: 8 rs.

**Al gran Oriente.**—Sainete en un acto, escrito en colaboración con D. Juan José Herranz: 4 rs.

---

EN PREPARACIÓN:

**LOS PARÁSITOS.**—Novela.

LINIERS

LÍNEAS
Y
MANCHAS

3 PESETAS

MADRID
1882

8214